

*Lejanías en los ojos; pero ambas
la ocasión propicia del éxito solo
charla perdemos meses y años*



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

¡Yo soy Minerva!

CONFESIONES MÁS ALLÁ DE LA VIDA Y LA MUERTE

Monólogo
Mu-Kien Adriana Sang

“ Mu Kien se fue a la fuente basica y debio de ella y de todos sus afluentes, con la disposicion escudrinadora, inquisidora, arropadora, que no deja detalles a la intemperie, de una verdadera historiadora. Puedo verla: atenta a cada referencia, cuestionando cada parecer, intentando extraer el mayor cumulo de verdades y revelaciones para poder traspasar esos conocimientos al papel en blanco.

“He leído con pasión especial este texto teatral sobre Minerva Mirabal y confieso que al finalizar su lectura quedé impresionado con los logros de la pieza escrita por Mu-Kien Sang. Entre esos logros debo citar tres fundamentales: la forma como la autora vierte las referencias recogidas en su investigación en el texto escrito, sin tener formación de dramaturga y, sin embargo, transfiriendo los hallazgos de esa investigación con singular precisión y dominio de la forma teatral; la adopción que hace, como motor de la pieza que impulsa su desarrollo, del elemento fictivo que la sustenta, en este caso el de la muerte y sus dominios, y la presencia de la heroína desde el mas alla como detonante de la narración teatral; y, a mi juicio, el elemento más descollante del monólogo, la manera como la historiadora hace la dramaturgia visualizando a la heroma en su contorno metafísico sin afectar su imagen personal y sin crear una caricatura de su personalidad que pudiese haber afectado su estatura histórica”.

J.R. Lantigua.







**¡Yo
soy
Minerva!**



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



¡Yo soy Minerva!

CONFESIONES MÁS ALLÁ DE LA VIDA Y LA MUERTE

Monólogo

Mu-Kien Adriana Sang





¡Yo soy Minerva!

CONFESIONES MÁS ALLÁ DE LA VIDA Y LA MUERTE

Monólogo

Mu-Kien Adriana Sang

ISBN: 99934-23-56-4

Portada: Atardecer en noviembre
Fotografía de Yosy Mejía

Diseño y arte final:
Ninón León de Saleme

Impresión:
Amigo del Hogar

Santo Domingo, República Dominicana.
2003



*A Dedé Mirabal,
digna, valiente, alegre y eterna mariposa.*

*A Minou Tavárez Mirabal,
y en ella a toda la descendencia de las
muchachas, por haber llevado
con dignidad y responsabilidad el pesado
fardo de su herencia.*

*A mi sobrina Angélica,
a mi sobrina-abijada, Lucía Isabel, y en
ellas a todas las mujeres jóvenes,
para que busquen en sus vidas un ideal
inspirador.*

*A todas las mujeres
que han luchado con sinceridad y sacrificio
por la libertad.*





*A Rafael Toribio, mi esposo,
por su paciencia eterna*

*A Rafael Ovalles,
por su sueño loco de confiar en mí para
hacer este monólogo.*

*A Edilí,
Por tomar con tanta pasión este ensayo.*

*A la familia Mirabal por su confianza
en este trabajo.*



Contenido

Prólogo	13
José Rafael LANTIGUA	
<i>Este monólogo tiene su historia...</i>	
–El inicio de la experiencia	21
–Las entrevistas	23
<i>Con Dedé</i>	23
<i>Con Minou</i>	26
(Visita al Museo)	28
<i>Con Sina Cabral</i>	29
<i>Con Ambiorix Díaz</i>	32
<i>Con Violeta Martínez, la de San Francisco de Macorís</i>	34
<i>En casa de Tonó</i>	36
<i>Con Ángela Tavárez, la hermana de Manolo</i>	37
<i>Con Norys y Nelson, dos de los hijos de Patria</i>	40
<i>Con Doña Chelito</i>	43
<i>Con "Violetica" Martínez</i>	48
<i>Con Manolito Tavárez Mirabal, en San Francisco de Macorís ...</i>	55
<i>En la casa del doctor Ángel Concepción Lajara</i>	57
<i>Con Binelli Ramirez, Luisa Jorge y Wenceslao Vega,</i> <i>compañeros de Minerva en la universidad</i>	62
<i>Con Thelma Benedicto, la amiga de tiempos felices</i>	67
–El momentum	71
–Minerva Mirabal y sus dimensiones humanas	81



–El estilo, la estructura y la forma del relato	87
–La consulta de materiales	89
–Agradecimientos	93
–Unas palabras finales	97

El monólogo

¡Yo soy Minerva! Confesiones más allá de la vida y la muerte ..	101
–De vuelta al mundo 43 años después	103
–Minerva llega a su tierra: Ojo de Agua	113
–La familia	125
–Minerva llega a Conuco	133
–Minerva-ayer y hoy–mujer enamorada y madre	145
–Minerva-ayer-realidad. El encuentro con la muerte	149
–Minerva-hoy-energía, en Conuco. Pensando en el pasado, presente y futuro de la humanidad	155
–El adiós, el balance final	159
–El regreso a la nada	161
 Bibliografía, documentos, videos y fuentes de información	 165
 Apéndices. Discursos	
–Discurso doctor Ángel Concepción	169
–Discurso de Minou Tavárez Miraval	173



Prólogo

José Rafael LANTIGUA

Mu-Kien Adriana Sang Ben ha inscrito su nombre en el ámbito historiográfico, tradicionalmente manejado por hombres, con ribetes de oro.

Parece un decir, pero no. La historiadora santiaguense se ha insertado en la labor de investigación histórica con altas dosis de riesgo: enfrentar la historiografía al uso, la que trae el sello de lo tradicional y la que se ufana de concebirse bajo una categoría más crítica, para decirlo de alguna manera, mediante la publicación de textos que examinan la personalidad –particular, vital y política– de connotados prohombres de nuestra nacionalidad.

El riesgo estaba sin dudas en el asumir el derrotero evaluativo, desde la base de la documentación, el estudio y la investigación más profundas, contrariando pareceres anteriores y ofertando visiones nuevas sobre los roles protagónicos en nuestro desarrollo socio-político de esas notabilísimas figuras de nuestra historia.

A esta hora, todos sabemos los resultados. Tal vez, muchas veces, a contrapelo de algunas indiferencias o dudas, muy propias de cualquier ámbito intelectual, cuando quien asume el reto se encamina en el oficio en primer intento, la



historiadora asentó su nombre con firmeza de carácter en el examen historiográfico de su interés, con una vigorosa disposición para enfrentar el suceso histórico con visión propia, y con la pasión que exige el oficio.

Probablemente, estos atributos que han de reconocérsele a Mu-Kien en cualquier instancia intelectual, le habrán servido para enfrentar esta vez un reto que se salía de su cauce: la escritura de un monólogo teatral sobre Minerva Mirabal.

El reto tuvo que conmoverla, sin duda alguna. Escribir un monólogo no figuraba en su haber intelectual ni en su saber de historiadora, oficio éste que tiene características expositivas muy diferentes a las del teatro. Empero, lo asumió. Al fin y al cabo, la autora tenía que bregar con el conocimiento histórico, base de cualquier episodio del arte que tenga como sustento a un personaje o hecho de la historia. En lo inmediato pues, supo que debía comenzar por donde comienzan todos los historiadores su labor: investigando. Y eso hizo.

Mu-Kien se fue a la fuente básica y bebió de ella y de todos sus afluentes, con la disposición escudriñadora, inquisidora, arropadora, que no deja detalles a la intemperie, de una verdadera historiadora. Puedo verla: atenta a cada referencia, cuestionando cada parecer, intentando extraer el mayor cúmulo de verdades y revelaciones para poder traspasar esos conocimientos al papel en blanco.

Desde luego, Mu-Kien –ya lo sabemos– debía vérselas con un nuevo oficio. Ya no era simplemente hacer el trasvase de experiencias vivenciales o de testimonios precisos hacia el informe y descripción de un suceso histórico. Se trataba de algo más: de convertir las revelaciones acumuladas durante la investigación en un texto literario, pues no otra cosa es el



monólogo teatral. La literatura se escribe en este terreno de una manera distinta tal vez a la narrativa o al poema. Pero, la presencia de las características descriptivas y ficcionales de la narración, o el lirismo e intimismo del poema deben quedar grabados como esencialidades proyectivas del acto teatral.

Como puede verse, Mu-Kien asumió pues un reto en alguna medida mayor que los que acogió cuando decidió, años atrás, transportar sus conocimientos metodológicos e investigativos como historiadora formada profesionalmente hacia el ensayo interpretativo basado, desde luego, en la documentación más explícita, en torno a capítulos específicos de la historia dominicana, y de cuyo ejercicio salieron a la luz libros que hoy son fundamentales en nuestra andadura historiográfica moderna.

He leído con pasión especial este texto teatral sobre Minerva Mirabal y confieso que al finalizar su lectura quedé impresionado con los logros de la pieza escrita por Mu-Kien Sang. Entre esos logros debo citar tres fundamentales: la forma como la autora vierte las referencias recogidas en su investigación en el texto escrito, sin tener formación de dramaturga y, sin embargo, transfiriendo los hallazgos de esa investigación con singular precisión y dominio de la forma teatral; la adopción que hace, como motor de la pieza que impulsa su desarrollo, del elemento fictivo que la sustenta, en este caso el de la muerte y sus dominios, y la presencia de la heroína desde el más allá como detonante de la narración teatral; y, a mi juicio, el elemento más descollante del monólogo, la manera como la historiadora hace la dramaturgia visualizando a la heroína en su contorno metafísico sin afectar su imagen personal y sin crear una caricatura de su personalidad que pudiese haber afectado su estatura histórica.



El resultado es asombroso. Mu-Kien logra producir una pieza teatral que deberá asentarse en lo inmediato como un logro de la escena dominicana. Ha podido recrear la historia política de los treinta años de la dictadura trujillista, el ambiente epocal de la tenebrosa Era, el suceso central que marca su derrumbe con el trágico asesinato de las tres hijas de Ojo de Agua, y de paso nos revela una Minerva con su personalidad avasallante -valiente, audaz, intelectualmente bien formada- y con su examen, más allá de su paso terrenal (que es el núcleo donde se oferta el drama teatral), sobre la vida del país y las coordenadas de su devenir histórico.

Obviamente, ningún texto teatral, por más bien escrito que esté, como es este caso, puede existir sin la puesta en escena. El teatro se hizo para ser representado. De este modo, la actriz que solicitó a Mu-Kien escribir este monólogo –admiradora ella de la personalidad sin dudas cautivante de Minerva– tiene ante sí un reto igualmente trascendente: el de trabajar en las tablas este singular texto para que la labor emprendida por autora y actriz permita que la pieza complete su obligado ciclo de escritura y proyección.

Hace bien la historiadora, convertida ahora en autora teatral, en publicar el texto de la pieza que ha escrito, sobre todo porque en su exordio ella explica con detalles los movimientos de su investigación, entre los que se cuelan los informes de experiencias vividas por la autora mientras escribía su monólogo, sin duda alguna impresionantes porque nos revelan, tal vez, los caminos del más allá y la presencia de sus ejes ignotos en nuestra andadura humana. De aquí que la amplia explicación que hace la autora del proceso de búsqueda de datos y de acopio de informaciones en torno a la vida y el



martirio de las Hermanas Mirabal, y de Minerva en particular, constituye una pieza aparte que ofrece al conocimiento de la obra en sí un valor añadido que el lector que asuma la misma no puede de ninguna manera desdeñar, para reconocer los valores de esta obra teatral.

No son muchas las piezas teatrales surgidas en el teatro dominicano en torno a personajes históricos. Aparte del Duarte de Franklin Domínguez, y la Salomé Ureña de Chiqui Vicioso, son probablemente escasos los textos que toman a personajes históricos como señuelos de la narración teatral. Mu-Kien se inserta en el género con esta pieza primeriza que es, además, la primera tal vez que recoge la historia de Minerva Mirabal de Tavárez, a través de sus confesiones más allá de la vida y la muerte.

¡Yo soy Minerva! es, por tanto, un texto teatral trascendente que al ponerse en escena inaugura, con toda seguridad, una manera de conocer y examinar la historia dominicana, esta vez con el auxilio de la metafísica, pero más aún, con el sello de la ficción como sustrato de una realidad distinta y duradera que no podemos ignorar.

La historiadora Mu-Kien Adriana Sang Ben cierra por un momento la portezuela del haber científico de la historia que forma parte de su ser humano y profesional, para asumirse como autora teatral, inscribiendo así su nombre en los anales de la historia del teatro dominicano con una pieza que deseamos sinceramente sea representada por todos los confines de la República.

Preparémonos pues, a disfrutar este monólogo de la historia y de la verdad, del ser y su vida múltiple, del dolor y del mito, de la realidad del más acá y de la realidad del más allá.

¡Que se abra el telón!





*Este monólogo
tiene su historia...*



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



El inicio de la experiencia

Estoy consciente de que este trabajo es una de las más grandes osadías que he cometido. Nunca antes había incursionado en teatro, ni había escrito un monólogo. Tuve muchas dudas, temores y aprehensiones, lo confieso hoy sin rubor. Pero lo hice y me siento feliz de haber vivido la experiencia.

La historia de cómo llegué hasta aquí es breve y simple. Una tarde, el buen amigo Rafael Ovalles, me llamó y me dijo que él y Edilí, reconocida actriz y cantante, pero además su esposa, tenían interés de conversar conmigo. Así lo hicimos. Nos dimos cita en una cafetería popular de la ciudad. Conocí ese día a Edilí, y me sorprendió su extrema sencillez. Llegó vestida con ropa muy casual, sin aires de diva ni artista. Nos saludamos, conversamos mucho y después de interactuar por un largo rato, me comunicaron su interés. Deseaban que escribiera un monólogo sobre Minerva Mirabal, pues, decía Ovalles, combinaba el hecho de ser historiadora por un lado, y amante de la poesía por otro. Respondí con sorpresa. Durante la conversación me atormentaba la pregunta, ¿Por qué me habían buscado? No dije nada. Edilí y Ovalles esperaron por mi respuesta. Les respondí que no tenía experiencia de teatro, que era un terreno no sólo nuevo, sino también desconocido. Les



dije que en esos momentos de mi vida estaba muy ocupada, pues era el final del Proyecto para el Apoyo a Iniciativas Democráticas (PID-PUCMM-USAID), y que desde mi posición de Directora Ejecutiva tenía muchas responsabilidades y estaba inmersa en múltiples actividades. Les conté también que la segunda parte de la Investigación sobre política exterior¹ estaba en fase final, y que por lo tanto, debía dedicar tiempo a la revisión de los borradores. Por todas esas razones, expliqué, no podía hacer nada hasta finales de abril del 2002. Aceptaron. Acordamos incluso que no pondríamos fecha, pues lo importante era que se hiciera bien. Salí feliz y preocupada de la reunión.

En los primeros meses del año 2002, en los escasos momentos que el PID y mis otras ocupaciones me dejaban algún tiempo libre, hice un plan de trabajo. Me dispuse a hacer una investigación bibliográfica, para conocer qué y quiénes habían escrito sobre las hermanas Mirabal, y especialmente acerca de Minerva. Después hice una lista de personas que debía entrevistar. Dos nombres encabezaban mi lista: Doña Dedé Mirabal y Minou Tavárez Mirabal.

¹Me refiero al libro de mi autoría “La política exterior dominicana (1961-1974)”. Tomo I “13 años de política exterior. Apuntes para un nuevo enfoque” y Tomo II “La política exterior dominicana: del caos al abandono”. Santo Domingo, Banco de Reservas, 2002.



Las entrevistas

"La sonrisa florece en los labios y las lágrimas en los ojos; pero ambas se elaboran en el corazón.

A veces la ocasión propicia del éxito sólo dura un instante; por desaprovecharla perdemos meses y años".

Pensamientos de Minerva Mirabal

Con Dedé

En enero del 2002, la familia Ovalles (Edilí, Rafael y sus hijos), mi sobrina Angélica Mota y yo nos trasladamos a Ojo de Agua. Allí nos recibió doña Dedé con su contagiosa energía y su amplia y eterna sonrisa. Le hablamos de nuestra intención. Le encantó la idea. Aceptó gustosa contestar nuestras preguntas. Respondía igual que en cientos de ocasiones anteriores, con la misma pasión y las mismas palabras la historia de sus hermanas y su familia. Un recuento que ha repetido una y otra vez por más de 40 años. El esmero de sus palabras me estremeció profundamente. Sentía que se esforzaba en darnos los datos y sus vivencias, como si este encuentro fuera el último, a sabiendas que mañana o cualquier otro día, otras personas, en ese lugar o en otro escenario, le formularían preguntas similares y tendría que revivir una vez más los singulares episodios de su vida.

Dedé contó cosas interesantes sobre sus relaciones con su hermana Minerva. Dijo que en una discusión de hermanas,

"Tomado del libro "Homenaje a las Hermanas Mirabal", textos de Violeta Martínez, Santo Domingo, quinta edición 2001.



terminaron a puñetazos. El balance final fue que Dedé salió arañada y Minerva con una uña rota. Haciendo un recuento de momentos felices en Ojo de Agua, cuenta nuestra entrevistada, que a Minerva le fascinaba subirse a una mata de limoncillo a soñar, leer poesías o mirar el paisaje. Sus ojos le brillaban cuando recreaba los años felices de Ojo de Agua. Como por ejemplo cuando ella y Fefita Garrido se atrevieron a usar pantalones por primera vez, o cuando en 1949 le compraron un carro Ford gris, y aprendió a manejar gracias a José, el chofer de la casa.

Amante de la lectura y la poesía, Dedé rememora con cariño cuando escuchaba a su madre pedir a su hermana Minerva que dejara de leer y se fuera a dormir: “Muchacha apaga esa luz” era, me decía, la frase nocturna cotidiana. Por este amor al conocimiento, Minerva se resistía a la tarea obligatoria asignada por su padre en el negocio, reclamándole constantemente: “¡Padre, padre querido, tú quieres que yo deje mis versos y mis libros por la pesada carga de un comercio!” Le apasionaba, sigue recordando Dedé, los personajes históricos que luchaban por la libertad, como Gandhi, a quien definía como “el hombre que libertó la India, un país tan grande y tan pobre.”

Recuerda como si fuera hoy las palabras premonitorias de Doña Chea, alarmada, veía el derrotero que había tomado su vida. “Minerva, te van a matar” o “El que ama el peligro en él perece”, le decía a cada instante a su hija, como advertencia y consejo. Tal parece que su madre se imaginó desde un principio el final trágico de su hija. Lo que nunca imaginaba, y así lo confirma Dedé, es que Patria y María Teresa, serían arrasadas por esa espiral de violencia y estarían envueltas en la tragedia.



Pero así como en su memoria permanecen intactos los hermosos recuerdos de los años vividos en su casa natal, Dedé también atesora, para no olvidar y repetir hasta el cansancio, los detalles de los días de dolor y tragedia. En el hospital, alcanzó a ver los cadáveres de sus hermanas y, rememora, sacó fuerzas de donde no sabe, para tomarlos. Pidió a gritos una tijera, y cuando se la alcanzaron, le cortó la trenza de María Teresa y le quitó los aretes. Los guardó con celo. También atinó a quitar el anillo de graduación de Minerva, que hoy conserva Minou. Dice que cuando le entregó los cadáveres de sus hermanas a su madre le dijo "Aquí están tus hijas, Madre". Luego atinó a decir "Salcedo, aquí también están tus hijas que han muerto por la libertad."

Doña Chea no fue al entierro de sus hijas en el cementerio de Salcedo. Nunca las visitó. Le decía siempre a Dedé, "No me llesves al cementerio. Tú me llevas el día que yo muera." Así lo hizo. Veintiún años después, en 1981, Doña Chea fue a descansar junto a sus hijas, cuando sus ojos se cerraron para siempre.

Dedé recuerda con tristeza la inmensa y terrible soledad de los años posteriores. Durante los 5 años después de la muerte de Trujillo y los 12 años de Balaguer, no dejó nunca de celebrar la misa cada 25 de noviembre, ni de visitar el cementerio. Sólo asistían los verdaderos amigos, los que no temían a las consecuencias de su solidaridad con esa familia golpeada por la violencia. Los allanamientos a las propiedades de los Mirabal eran eventos consuetudinarios, hechos que todavía lastiman a nuestra mariposa viviente.

Caminamos por el pequeño sendero que conduce al jardín; el mismo que hizo Minerva, pisamos las mismas piedras



que ella colocó y que se ocupaba de limpiar personalmente para asegurarse de su nitidez. Nos enseñó las flores cultivadas por ella y sus ayudantes, un lugar paradisíaco, propicio para recitar poesías de amor y desamor, como hacían ellas en los tiempos felices, cuando sus vidas no se habían marcado por la tragedia. Terminamos el encuentro horas después, nos dimos cuenta que la tarde se ocultaba para dar paso a la noche. Salimos satisfechos de la visita. La imagen de esta hermosa mujer ya entrada en años, con su característico mechón blanco, con su poderosa energía vital, se fue haciendo pequeña, mientras el vehículo adelantaba su marcha.

Con Minou

La segunda entrevista fue con Minou. A diferencia de la anterior, la de "mamá," como le llaman cariñosamente a Doña Dedé, estuvo caracterizada por los avatares de la cotidianidad capitalina, en un espacio buscado forzosamente en agendas complicadas, especialmente de alguien que además de sus responsabilidades como madre, esposa y profesional, se había lanzado al ruedo de una campaña electoral para ganar primero la nominación de su partido y someterse luego al escrutinio real el 16 de mayo a fin de salir electa diputada por la circunscripción No. 1. La reunión se produjo en una cafetería de la ciudad muy visitada por los que tienen la necesidad de verse a toda prisa con amigos, resolver una transacción y rápidamente marcharse. Estuvimos presentes, Edilí, Ovalles, Minou y yo. Disfruté mucho la velada. Nuestra entrevistada al principio puso poca atención, pues estaba preocupada porque Manolito, su pequeño hijo, salía de unas clases de deportes. Vi cómo se iluminaron sus ojos cuando su hijo apareció



sonriente por la puerta, se sentó junto a nosotros, y sin ninguna timidez nos saludó y pidió de manera insistente algo de comer. Lo presencié maravillada. Es un hermoso niño que a pesar de tener conciencia de la responsabilidad histórica de sus abuelos, y quizás sin percatarse plenamente, es capaz no sólo de sonreír a la vida, sino de mirar el pasado con conciencia y respeto, para asumir el futuro con optimismo. La llegada de Manolito nos ofreció la paz que necesitábamos. Iniciamos nuestro diálogo. Hice muchas preguntas a Minou. Me contó algunas hermosas experiencias personales. Le pregunté si tenía algunos recuerdos de su madre, y me contestó: "Lo único que recuerdo de mamá es cómo se echaba el pelo al lado, como lo hace mamá Dedé". De su padre tampoco guarda demasiados recuerdos. Dice que se parece a él en la expresión un poco ausente de sus ojos.

Me prometió darme las cartas que sus padres se escribieron cuando novios, esposos y desde la cárcel. Tiempo después, y con más ocupaciones que nunca, pues estaba inmersa en el batallar de su campaña política, Minou cumplió con su promesa. Cuando las cartas llegaron a mis manos, las devoré enseguida. Me enternecí mucho con estas lecturas. Descubrí las dificultades de esta pareja que por encima del amor tenía su compromiso con la libertad.

El PID terminó formalmente el martes 12 de marzo del 2002; sin embargo, después del acto formal de clausura, teníamos la tarea de ordenar y clasificar los archivos, así como preparar la auditoría. Los días que quedaron de marzo y todo el mes de abril lo dediqué por entero a cerrar esa hermosa etapa de mi vida profesional. *Pero como una forma de escapar, hice algunas cosas para este monólogo. Programé algunas visitas y lecturas.*



Me dediqué a leer todo lo que pude sobre las Hermanas Mirabal; incluso busqué en el Internet, y para sorpresa mía, encontré bastante información. Hice un rastreo en las bibliotecas principales del país y encontré muy poco.

(Visita al Museo)

En abril del 2002 volví al Museo de las Hermanas Mirabal, acompañada de Lucía Isabel Suárez y Angélica Mota, dos sobrinas –aspirantes a historiadoras, investigadoras y escritoras, según sus declaraciones–, con el propósito de dar una mirada distinta al lugar de estas valiosas mujeres y quizás analizar mejor sus vidas cotidianas, recreándome con sus cosas para ubicarme mejor en su mundo. Entré a la biblioteca del museo. Está organizada con esmero, aunque tiene vacíos muchos anaqueles esperando por almas caritativas que hagan donaciones. Me detuve en los libros de la pequeña biblioteca que sirve a la comunidad de Co-nuco y zonas aledañas. Pedí un permiso especial para conocer la zona prohibida donde está el inmenso librero que guarda parte de los libros de la biblioteca personal de Minerva. Me sorprendió la diversidad y la calidad de sus obras. He aquí algunas cosas que anoté porque me llamaron la atención:

LIBROS DE DERECHO: Derecho Procesal Penal en cuatro tomos; Derecho Civil de José Rand; Derecho Penal Dominicano. Tratado Elemental de Derecho Civil de Marcel Planiol, Droit Penal; Biología Criminal; La Jurisprudencia Dominicana en la Era de Trujillo; Guía de la Prueba Civil y Comercial.

LITERATURA UNIVERSAL: Obras de Moliere, Anatole France, La Iliada de Homero, Spencer, Cervantes, Humme, Dumas.



AUTORES DOMINICANOS: Franklin Mieses Burgos, Emiliano Tejera, Freddy Gatón Arce,...

Observé con atención los óleos de Minerva, los carboncillos de Patria, las esculturas de Minerva, especialmente los rostros de Minou y Sina creados con sus propias manos en la cárcel. La expresión de la pequeña Minou es la misma de hoy. El rostro de Sina no pude reconocerlo. Desde el propio museo llamé a doña Dedé, quien me prestó, no a mí, sino a la “Hija de Miguelito”, mi padre, una serie de videos y entrevistas muy interesantes. Debía devolver el material de inmediato. Cumplí mi promesa. No hice más que llegar a mi casa, cuando me dispuse a ver los videos. Observé con esmerado respeto la grabación del acto solemne “De vuelta a casa”, que recoge con detalles impresionantes el acto en que fueron depositados los restos de las hermanas y de Manolo en su jardín de Conuco. Las lágrimas de los niños, los nietos que no conocieron a ninguna de las tres hermanas, me conmovieron sobremanera. Vi a Minou y a su hermano de sangre y a los otros hermanos de vida, llorar silenciosamente. Me sentí orgullosa de haber aceptado el reto de escribir este monólogo sobre Minerva Mirabal, una mujer verdaderamente excepcional.

Con Sina Cabral

En abril, gracias a los buenos oficios de mi querida amiga Argelia Tejada, hermana de Dulce Tejada, militante del 14 de Junio, otra más de las valientes mujeres anti- trujillistas, pude entrevistarme con Tomasina (Sina) Cabral, amiga entrañable de Minerva y quien estuvo tres meses presa junto a ella y María Teresa. Me impresionó su belleza y su pose distinguida.



Vestía impecablemente, su cabellera, hermosamente blanca, estaba recogida en un moño discreto que le daba un aire de cierta altivez. Segura de sí misma, se mostró amable y sincera conmigo. Me dijo que casi no daba entrevistas, porque sobre “las muchachas” se hablaba mucha mentira; pero sobre todo, porque ahora cuando ellas se han convertido en heroínas, todo el mundo dice que estuvo a su lado. Me comentaba que cuando escuchaba a tanta gente hablando y tejiendo fantasías y falsedades, pensaba en ellas y en su sacrificio. Me contó de su experiencia, de sus vejaciones en la cárcel, de los escasos momentos de alegría en esos largos días de encierro. Cuenta Sina que en uno de esos momentos de intimidación, le preguntó a Minerva y a María Teresa si habían pensado en la muerte. La primera que reaccionó, según cuenta fue la menor, cariñosamente nombrada como Maite, quien dijo: “Quizás no he pensado en la muerte por joven”. Dice que Minerva se quedó pensativa, pues en verdad su arrojo le había impedido medir las verdaderas y graves consecuencias de sus acciones políticas. Sina respondió que las tres estaban cerca de la muerte, y que lo mejor era asilarse. Ambas le respondieron: “No podemos hacerlo, pues no podemos dejar a los muchachos (sus maridos)”. Entonces Sina respondió, “me voy a asilar, no tenemos más salida para salvar nuestras vidas”. Las condiciones terribles de la cárcel, provocaron diferentes estados de ánimo en las tres. Por ejemplo, Minerva en una oportunidad le dijo: “Sina, yo creo que nosotras, más que heroínas somos mártires, pues lo único que hacemos es sufrir”.

Cuenta Sina que al salir de la cárcel hizo todos sus amarres para el asilo. No comunicó su decisión ni siquiera a sus padres. Supieron de sus planes pocos minutos antes de emprender el



viaje : Santo Domingo. Sabía que sus compañeros buscaban la mejor forma de que la acción se produjese sin problemas. Nunca supo dónde iba, cuando salió como a las 4:00 de la mañana de Salcedo, acompañada de René Sánchez Córdoba y Darío Echeverría. La dejaron frente a la Embajada Argentina. En ese momento supo dónde sería su exilio. Ya en Buenos Aires recibió ayuda de Evangelina Leroux y Manuel del Cabral. Los días en Argentina fueron largos y tristes. En cada momento evocaba el peligro de los suyos, principalmente de sus amigas-hermanas entrañables, las Mirabal.

Volvió al país desde el exilio en enero de 1962, cuando el tiranicidio se había perpetrado. Al regresar a Salcedo, una de las primeras cosas que hizo fue visitar a Doña Chea, quien la recibió con alegría y tristeza, y al abrazarla le dijo: "Ay, Sina, mi querido espíritu blanco, por lo menos tú has regresado, pero mis muchachas no vienen más".

Mientras Sina me hablaba, la observaba con atención. Su mirada se perdía en el infinito cuando evocaba sus recuerdos. Hasta llegaba a reír cuando me contaba las pequeñas travesuras de los días en la cárcel, los juegos tontos que hacían para no sucumbir al tedio, a la tristeza o al miedo. En medio de la tristeza que le provocaba la evocación de los días como prisioneras, Sina se reía a carcajadas cuando recordaba que en una ocasión, las tres se dieron cuenta de lo mucho que hedían. "Minerva, decía, se puso a llorar porque hedíamos". "No nos bañábamos. ¡Imagínate!" Por el busto que Minerva le hizo a Sina en la cárcel, que hoy está en el Museo de Conuco, hubo una discusión entre las amigas-hermanas. Sina recuerda con cariño el incidente. "Le dije a Minerva cuando lo terminó, que no se parecía a mí". A Minerva no le gustó la opinión de su



amiga, discutieron y se enojaron, pero la cosa no pasó de una simple discusión. Estaban solas en medio de esa celda mugrosa y mal oliente. Se fortalecieron en su amistad y los lazos que las unían. Otra de las anécdotas graciosas de sus días de encierro, fue el enredo espectacular del pelo de María Teresa, quien durante sus largos días de enfermedad con altas fiebres, no tenía ánimos ni tiempo para peinarse. Cuando terminaron los malestares y los síntomas, el problema fue desenredar ese pelo. “Tuvimos días completos Minerva y yo con dos peines para desenredar aquella maraña”.

De Minou, Sina tiene recuerdos muy hermosos. Dice que de niña era preguntona, hasta la desesperación. “¿Por qué la luna es redonda?” era una de las tantas preguntas que le hacía. Las horas pasaron sin darme cuenta. Nos despedimos como viejas amigas, con la promesa de que leería el monólogo cuando lo tuviera listo. Al final del encuentro, le pregunté: “Sina ¿Cómo definirías a Minerva?” Me respondió: “Aguerrida hasta la imprudencia”.

Con Ambiorix Díaz

Días después, en el mismo mes de abril, Ovalles y yo nos trasladamos a Santiago para entrevistarnos con Ambiorix Díaz Estrella, quien pasó a la historia porque al momento de la muerte era Juez de Instrucción de la Segunda Circunscripción del Distrito Judicial de Santiago, y en esa condición tuvo la terrible tarea de recuperar los cadáveres de las muchachas, una vez se produjo el terrible “accidente” en la vieja carretera de Puerto Plata. Ambiorix y su esposa nos recibieron con suma alegría. Los conocía desde niña. Cuando entré a la casa que habitan desde hace más de 40 años, recordé cuánto me



impresionaba de niña, viviendo en mi Santiago natal. Cuando pasaba frente a su casa no podía dejar de mirarla, atractiva e imponentemente pintada de rojo, con decenas de matas de plátanos bordeando la verja. Cuatro décadas después, la casa sigue igual, aunque ya se nota el golpeo sistemático del tiempo. Hacía tiempo que no los veía. Nos recibieron en el refugio preferido de Don Ambiorix, una pequeña biblioteca-estar en un segundo piso con entrada independiente. Nos mostraron las fotos de los viajes oficiales del viejo roble perredeísta. Lo vi dar la mano, sonreír o posar junto a Fidel Castro, Felipe González, Joaquín Balaguer, Antonio Guzmán... entre otros muchos. Nos enseñaron la muestra grande de álbumes de fotografías de sus múltiples viajes en su calidad de congresista o funcionario estatal. Finalmente nos sentamos alrededor de una mesa y comenzamos la entrevista.

Nos narró que cuando lo llamaron tarde en la noche del 25 de noviembre y le dijeron que había ocurrido un terrible accidente en la cumbre, camino a Puerto Plata, no se imaginaba nada, cumplía simplemente con un deber profesional. Al llegar y comenzar a recoger los cadáveres, se percató de quiénes eran. Entonces se puso tenso y apresuró el trabajo. Al llegar a Santiago y depositar los cadáveres, y después de disponer todos los arreglos, se dirigió donde su padre y le dijo: "Viejo, mataron a las Mirabal". Cuando su padre escuchó el relato, nos cuenta que sólo atinó a decir "Coño, se jodió Trujillo". Y así, siguió narrando sobre el proceso judicial que se llevó a cabo contra los asesinos materiales de las hermanas. Le pregunté por qué había asumido la posición tan firme de llevar los asesinos a la cárcel, me dijo con toda sinceridad: "Mu-Kien, no creas que soy tan guapo, hice lo que tenía que



hacer, pero recuerda que ya Trujillo estaba muerto. No soy tan guapo, no". Finalizamos la entrevista, no sin antes entregarme una publicación de la Revista Ahora,² en la cual aparece una amplia entrevista suya de hace más de 20 años. Me entregó también una copia del expediente judicial. Al final nos invitaron a mí y a Ovalles a almorzar. Disfrutamos mucho el almuerzo. Fue un agradable encuentro. Partimos rápidamente hacia San Francisco de Macorís, donde nos esperaba Violeta Martínez, una de las amigas más cercanas de Minerva durante sus años en el Colegio Inmaculada Concepción de La Vega.

Con Violeta Martínez, la de San Francisco de Macorís

En el trayecto hacia la ciudad norteña, Ovalles y yo comentábamos la entrevista que habíamos tenido con Ambiorix. Nos costó encontrar la comunidad de La Joya, pero finalmente llegamos, después de preguntar a varios transeúntes. Nos encontramos con una casa muy singular, bordeaba de jardines espectaculares. A la derecha del lugar, aparece un monumento especial, la tumba de los padres de Violeta, Francisco Martínez Bosch y Amalia Valor. En la parte trasera de la casa, en medio de flores y plantas ornamentales, hay varias tarjas dedicadas a los poetas-amigos muertos que han visitado su casa: destaco la de Franklin Mises Burgos. Doña Violeta, una mujer altísima, con una energía sorprendente a sus 77 años, nos recibió desde que el vehículo hizo su entrada. Al escuchar sus primeras palabras, la describí en mis adentros como enérgica, poseedora de una personalidad imponente, culta hasta sorprender, pícara, risueña, fuerte, muy realista y hasta

²Yo levanté los cadáveres de las Mirabal" por Bonaparte Gautreaux P., Revista Ahora, Año XVI, No. 711 del 27 de junio del 1977.



un poco misteriosa. Hablando de manera espontánea antes de la entrevista, vi fotos familiares que me hicieron caer en la cuenta de que conocía bien a su hijo Emery y a su esposa Clidia. Concluí que verdaderamente un país tan pequeño como el nuestro es un vecindario en el que todo el mundo se conoce. Nos sentamos en una mesa redonda que está colocada en la terraza trasera, adornada con objetos diversos, extraños y dispersos, cuyo único vínculo es el alma contagiosa y especial de su dueña. Tomamos café, hablamos de todo. Me enseñó fotos inéditas donde aparece Minerva Mirabal. Nos dijo cuan amante de la poesía era su amiga Minerva. De las largas noches que en Ojo de Agua, siendo las dos adolescentes soñadoras, se sentaban en el jardín, alumbradas sólo por la luna para recitar poesías. Me mostró también su libro de despedida cuando dejaba el colegio Inmaculada. Vi el autógrafo de Minerva firmado el 14 de julio de 1945, acompañado de un hermoso pensamiento, en el cual ratificaba su amistad.

“Julio 14 de 1945

¡Cuán agradable es ver reflejados la pureza y la sencillez en los ojos de una mujer. ¡Espejos de un alma transparente! Que irradies siempre querida amiga esa dulce luz que cautiva los sentimientos y enamora el corazón. Quien te recordará siempre al través de los años”

Minerva

Recuerdo de tu despedida (Salida del colegio)

Durante toda la entrevista me percaté de la existencia de un velo que ocultaba algo. Pues descubrimos que a partir de



1947 la amistad con Minerva, tan larga, cercana y profunda durante años, se quebró. Ovalles, que es más perspicaz que yo, se dio cuenta, y descubrió el enigma. Durante la juventud, Rafael Ortega González, el esposo de Violeta, estaba perdidamente enamorado de Minerva, pero ésta nunca correspondió a ese amor. Tiempo después, las aguas tomaron su cauce y Violeta retomó los vínculos con la familia Mirabal, tanto así que en 1961 Doña Chea le bautizó a uno de sus hijos. La entrevista no terminó ahí, pues en el camino de regreso, Ovalles y yo decidimos que volveríamos. Así lo hicimos casi un mes después. El 25 de mayo regresamos a la casa, esta vez acompañados por toda la familia Ovalles.

En casa de Tonó

El mismo día de mayo que volvimos donde Violeta, hicimos cita en Ojo de Agua para visitar a Antonia Rosario Rodríguez, Tonó, la fiel compañera de Doña Chea, de Doña Dedé y de toda la familia Mirabal, quien de jovencita pasó a vivir a la casa de Don Enrique y doña Chea, para ayudar con las tareas de la casa. Estuvo con ellos por más de 50 años, abandonando su segundo hogar cuando las fuerzas comenzaron a fallarle. Nos contó que mantiene relaciones muy estrechas con todos, tanto así que es la madrina de Manolito, el hijo de Minerva, y de Raulito, el hijo de Patria. Para esos dos "muchachos", como les dice ella, hombres hoy para nosotros, ella es Tonina. Con orgullo nos dio una lista de países visitados; por ejemplo, los 15 días que estuvo en Italia cuando Jaime David estudiaba por allá, o los 21 días que pasó junto a Dedé en los Estados Unidos. Me sorprendió su casa, cuidadosamente arreglada, con un jardín pequeño que le sirve de entrada, bien



acogedor y lleno de flores. La imaginaba vieja y gorda, no sé por qué, pero lo cierto es que me sorprendió ver una mujer bastante bien conservada para sus 74 años, delgada y muy bien puesta. Nos habló del fatídico día como si hubiera sido ayer. Recordaba detalles tan precisos, que sólo podían haber permanecido en la memoria de alguien que había vivido una experiencia muy singular.

Con Ángela Tavárez, la hermana de Manolo

Días antes de estas dos entrevistas, Edilí, Ovalles y yo fuimos a visitar a Ángela Tavárez, hermana de Manolo. Nos recibió en su apartamento de La Castellana. En esos días los apagones golpeaban duramente. La zona tenía casi 36 horas sin energía eléctrica. Doña Ángela tuvo que solicitar ayuda a una vecina para que nos suministrara luz de su pequeña planta de emergencia. Nos sentamos y empezamos la entrevista. Nos ubicó sobre su propia existencia. Nos dijo que su esposo era el Ingeniero Jaime Ricardo Socías, sobrino de Bienvenida Ricardo, la segunda esposa de Trujillo. Ricardo Socías, a pesar de su parentesco, fue un reconocido luchador antitrujillista, militante del 14 de Junio, que murió junto a Manolo en la fracasada guerrilla después del golpe. Como lo fue su cuñada Minerva, doña Ángela es una amante de la poesía. Gracias a un cuaderno hermoso donde ella transcribe sus poemas favoritos, pudimos copiar "Nocturno", de José Asunción Silva, uno de los grandes favoritos de Minerva. Recuerda que en Montecristi, ella y Minerva se sentaban de noche en el patio a recitar poesías. Minerva recitaba muchos poemas, pero siempre incluía "Nocturno" en su "repertorio". Doña Ángela en cambio, no dejaba nunca de recitar "Penas y alegrías del amor" de Rafael de León.



Recuerda ahora con cariño las divergencias que tuvo con Minerva. En enero de 1954, Minerva, mientras visitaba a su tío Fello Mirabal en Jarabacoa, como forma de encontrar consuelo luego de la muerte de su padre, conoció a Manuel Aurelio Tavárez Justo y se enamoraron. Ángela recuerda que Manolo estaba comprometido con Ana Matilde Cuesta, hija de Don Pelayo Cuesta. Confirma Ángela la versión socorrida de que Minerva no conocía de esa relación, pero que Manolo al enamorarse de Minerva, rompió su compromiso, hecho éste que disgustó mucho a su hermana. Este disgusto provocó que durante los primeros años guardara rencor a Minerva, por haber sido la causante de la ruptura.

Me cuenta que el 13 de enero de 1960 apresaron a Manolo. Minerva entonces decidió tirar el colchón de su cama al piso, porque no podía pensar que ella estuviera durmiendo en una cama, mientras su esposo dormía en el suelo. Además, dice Ángela, Minerva para justificarse decía "no me molesta el suelo". Días después la detuvieron, el 22 de enero de 1960, para llevarla luego a la cárcel La 40. Dice que cuando la fueron a buscar, estaba tranquila y se dejó llevar por los gendarmes. Ángela y su mamá le introdujeron mentas y chocolates en el bolso, así como ropa interior. Minerva vestía un pantalón y una blusa. Sólo pidió que cuidaran a sus hijos. Cuando salía, Minou, que era una niña, se aferró a sus piernas llorando. Dice que ella y su madre insultaron a los gorilas, mientras Minerva seguía tranquila sin llorar. Cuando la entraron al carro gritó "¡Cúídenme a Minou!"

En la tarde del 24 de noviembre, un día antes del asesinato, Doña Fefita, madre de Manolo y Ángela, estaban sentadas



conversando, cuando de repente una de las espadas que estaba en la pared se cayó, provocando un estruendo en la casa. Su madre sólo dijo “¡Qué barbaridad! ¡Algo muy grande va a pasar! ¡Algo terrible!” Al otro día recibieron la noticia del asesinato de las muchachas. Ángela recuerda que el día que la mataron, Minerva llevaba puesto un vestido que ella le había confeccionado.

Casi al final del encuentro, llegó Ángela Ricardo, su hija, la exquisita diseñadora de joyas, algo que pudimos notar desde que entramos al apartamento. Los vistosos collares adornan un espacio arreglado para atraer una clientela exigente. Se integró a la conversación como si la conociéramos de toda la vida. Al principio nos habló de las características de algunas piedras, del arte del diseño y de la gran demanda que ha tenido su trabajo. Después, ya más en la intimidad, nos confesó la gran soledad que sintió cuando era niña debido a la falta de su padre y a su manera trágica de morir. Nos contó que cuando sus restos fueron exhumados junto a los de las muchachas y a los de Manolo, para ella fue un momento de mucho dolor. Recuerda que recogió de los bolsillos de los pantalones del cadáver de su padre unas cuantas monedas, que guarda en su monedero como un talismán. Cuando nos enseñó las monedas, mugrientas y golpeadas por el abandono, sus ojos se llenaron de lágrimas. Se produjo un silencio que me pareció eterno. Su voz se quebró al proseguir la conversación. No supe qué decir. Sólo la abracé con cariño al despedirla. Demasiado dolor hay en esa hermosa mujer, quien a pesar de ser una exitosa artista y empresaria y de hacer esfuerzos por vivir y

Los restos de Ricardo Sacias fueron trasladados al cementerio de Montecristi.



asumir los estragos y las pruebas de su vida, mantiene abierta una herida que quizás no cicatrizará nunca.

Con Norys y Nelson, dos de los hijos de Patria

Casi a finales de junio, Ovalles y yo logramos entrevistarnos con Norys y Nelson González, los hijos mayores de Patria. Dos hermanos unidos por el amor y la tragedia. Hoy ya adultos, con hijos y nietos, a más de cuatro décadas de los hechos, pudimos conversar con tranquilidad, dolor, nostalgia y alegría. Norys es un cascabel: abierta, simpática, espontánea y dispuesta a contarnos sus experiencias. Nelson, por el contrario, a pesar de ser un hombre amable, es tímido e introvertido. Al principio el diálogo fue un poco ligero, informal y digamos precario. Creo que nos medíamos mutuamente. Habría de esperar un largo rato para que entráramos en confianza. Unos minutos después, se integró, sólo para escuchar, uno de los hijos de Norys, un hermoso joven, con cara de niño bueno, que luce mucho menor de sus 22 años.

Norys y Nelson eran adolescentes cuando ocurrió la tragedia, por eso quizás el impacto de la muerte de su madre y sus tías fue muy fuerte y traumático. Ella tenía 16 años y estaba interna en el Colegio Inmaculada Concepción cuando supo del “accidente”. Me dice que al otro día temprano fueron a buscarla, y que le extrañó mucho que las monjas la sacaran por la puerta trasera. Cuenta Norys que cinco días antes su mamá había ido a La Vega a visitarla, y le había comunicado lo feliz que estaba de poder organizar un viaje a Puerto Plata para ir a ver a los esposos de sus hermanas. Recuerda con cariño cómo se aferró a la imagen de un pequeño Niño Jesús que se encontraba en el Colegio, pidiéndole que la cuidara.



Parece ser que el pequeño niño Dios no escuchó sus súplicas. Dice Norys que ella hace un ejercicio cotidiano para recordar los detalles de la vida junto a su madre: ls flores que adornaban el jardín, los viajes a Santo Domingo y la visita obligada al Vivero Inmaculada, propiedad de los Bobea Di Franco, las visitas dominicales después de misa, para terminar todos en Conuco, en casa de la abuela Doña Chea, y almorzar junto a los demás miembros de la familia. Nelson y Norys recuerdan a Minerva como una mujer alegre, estricta, perfeccionista, a quien cariñosamente llamaban "Titi".

Le pregunté a Norys si había tenido algún tipo de "contacto con su mamá o sus tías". Sonrió para responder. Me confesó que durante largos años intentó soñarse con su mamá, "mami" según sus palabras, pero no lo lograba, hasta que una noche, tuvo el sueño más hermoso de su vida. Cuenta Norys que vio a las tres hermanas hermosamente vestidas en tul. Se veían bellas, felices y tranquilas, entonces ella les preguntó "¿Cómo están?". "Bien" les respondieron las tres a coro, y a seguidas le dijeron: "Ven para que veas dónde y cómo vivimos". Dice que en el sueño les siguió los pasos y se encontró con una casa suspendida en una nube, hecha como de dulce, rodeada de rosas de color té. Entonces despertó feliz, al saber que su madre y sus tías estaban felices viviendo la vida eterna. ¡Por fin! Tiempo después Norys se soñó con su "mami". En el sueño Patria le dijo dulcemente que no se preocupara, pues la cuidaría siempre.

Nelson desde principio estuvo tímido. Cuando tomaba la palabra, Norys callaba para dejarlo hablar. Se preparó. Recuerdo que cuando hice la introducción, me miraba directo a los ojos, como escudriñándome. Se había preparado para la



entrevista. Me entregó una lista de personas importantes en la vida de las hermanas. Introverso por naturaleza, golpeado duramente por la vida, pues a sus escasos 18 años estuvo preso, fue testigo de los apresamientos de su padre, sus tíos y sus dos tías. Cuenta que a finales de 1960, perseguido por los calieses, tuvo que refugiarse junto a su padre en los cacaotales de la familia y que, impotente, fue testigo del apresamiento de su tía María Teresa. Uno de sus recuerdos más tristes fue escuchar, sin poder hacer nada, los gritos de Mamá Chea cuando se llevaban presa a su hija más pequeña. A Minerva la recuerda activa, lectora voraz y cariñosa. Dice que siempre le repetía, “Nelson, tienes que estudiar, pues el futuro es del que estudia y se supera”.

El diálogo prosiguió, Nelson escuchaba con atención mientras Norys y nosotros hablábamos de detalles de alguna entrevista. Nos dijo que prefería no saber para no sufrir más. Le pregunté sobre los recuerdos que tenía del día del asesinato. Recuerda con precisión que en esos días estaba quedándose en casa de Dedé y Jaimito, que cuando fue Pedro, uno de los trabajadores de la casa, a avisarle que las muchachas no habían llegado, se fueron inmediatamente a Conuco. Al llegar a la casa materna, partieron de inmediato junto a Doña Chea hacia Salcedo. Allí les confirmaron que las tres hermanas habían muerto en un aparatoso “accidente”. Recuerda con detalles la reacción de Dedé, quien comenzó a gritar y a decir, “las asesinaron”, “las mataron”, “asesinos”. Nelson emprendió junto a su abuela el camino de regreso a Conuco, mientras que Dedé y Jaimito, siguieron hacia Santiago a buscar los cuerpos.

Dice Nelson que durante el velorio se mantuvo como en vilo. No quiso ver los cadáveres. “Preferí recordarlas vivas, tal



como eran.” Norys, al contrario vio cada féretro con atención. “Mami tenía una lágrima de sangre que le salía de un ojo, Minerva tenía señales de moratones, marcas de dedos que sin duda apretaron su cuello. María Teresa parecía estar durmiendo, sin signos visibles de violencia”.

Terminamos el encuentro siendo amigos. Al final Nelson dijo unas palabras que me conmovieron profundamente. Confieso sin temores, que tanto Ovalles como yo, nos vimos acosados por lágrimas que querían delatarnos. Se preguntaba Nelson por qué alguna gente le envidia el hecho de que el destino, Dios o la vida, le hayan regalado el haber sido hijo de Patria Mirabal, una heroína de la libertad, amada por todos; esta gente, decía tristemente nuestro entrevistado, no saben que ese “honor” es el producto de un gran y profundo dolor. “Yo hubiera preferido, vivir feliz con mi madre en casa. No veo cómo y por qué el sufrimiento pueda despertar esas pasiones humanas. Yo hubiera preferido tener a mi mamá”

Meses después de la entrevista Nelson me llamó por teléfono y me dijo que se había recordado de otras cosas. Por su timidez y lo difícil que resulta para él hablar de estos temas, sé que le costó mucho llamarme. Me dijo algunas cosas más. Agradecí mucho su gesto.

Con Doña Chelito

La entrevista siguiente se produjo meses después, el 22 de septiembre del 2002, con Doña Chelito, Mercedes Conde. Nos recibió a Ovalles y a mí con una amplia sonrisa y con una simpatía verdaderamente contagiosa. Reconoció la voz de Ovalles por teléfono, le dijo que lo veía siempre por la televisión y que sabía que era el esposo de Edilí. A mí me dijo que



también me conocía, sabía que soy historiadora. Y que ha vivido conmigo, algunas angustias existenciales que he expresado por escrito y oral.

A sus 81 años es una mujer activa hasta sorprender. Nos enseñó la casa, cada rincón tiene un significado muy especial. Observé maravillada las canastas que fabrica, utilizando sólo papel de periódico. Cuando exclamé mi admiración, me llevó entonces a una vitrina, donde me mostró otras maravillas hechas con sus manos: cerámicas y flores de organdí. Me mostró sus pinturas en óleo. Luego también los potes de cerámica con culantrillos, “era una planta muy amada por Minerva”, así como una hermosa planta de “anturios de terciopelo”, una variedad que Minerva le trajo de regalo. En lo alto de la vitrina de su comedor, hay una hermosa canasta redonda de madera, “un regalo de Minerva”, recuerda con cariño. “Me la llevó un día a la casa, con unas flores blancas preciosas”.

Doña Chelito es la madre de los muy reconocidos Narciso y Tony Isa Conde, dos personajes que han estado en la vida pública dominicana por décadas. Descendiente de catalanes, oriunda de San Francisco de Macorís, Doña Chelito se hizo ingeniera-arquitecta después de estar casada con Aris Isa y haber procreado sus dos hijos. Cuando finalizó la carrera se convirtió en la primera mujer arquitecta de su Macorís natal.

Se define a sí misma como una anti-trujillista radical y natural. Cuenta que finalizó sus estudios en 1958, pero que no quiso presentar su tesis, porque había que dedicarla a Trujillo. Prefirió trabajar y que algún amigo le firmara los proyectos. En 1960, pudo presentar la tesis, y Manolín Jiménez, a pesar de que se percató de la ausencia de la dedicatoria al sátrapa, no la delató.



Su familia conocía muy bien a la familia Mirabal porque su esposo le vendía cacao al papá de Minerva. La necesidad de Doña Chelito de ganar un poco más de dinero para mantener la familia, porque “lo que ganaba Aris no era suficiente”, la motivó a hacer una pensión en su casa. Al principio tuvo dos pensionadas: Sina Cabral e Isaura Ventura. Así su casa, ubicada en la calle Santo Tomás de Aquino esquina Ramón Santana, se convirtió en un lugar visitado por Minerva. Doña Chelito no recuerda si fue en 1954 o 1955, pero poco tiempo después, Minerva le pidió que la dejara vivir allí. Su respuesta no fue afirmativa de inmediato, recuerda la hermosa y encantadora anciana. Había un problema real de espacio, sólo habían tres habitaciones. Una era ocupada por ella y su esposo cuando venía a la casa, pues Aris seguía trabajando en el interior y visitaba quincenalmente a la familia; la otra era ocupada por sus dos pequeños hijos; y la tercera por Sina e Isaura. Ante la súplica insistente, aceptó. Entonces, como pudo, colocó las tres camas y nunca se arrepintió.

El tiempo que Minerva estuvo en su casa fue maravilloso. Hicieron una amistad extraordinaria, pues además del sentimiento anti-trujillista, ambas eran amantes de la lectura, las flores, la música romántica, la clásica y la poesía, especialmente la de Amado Nervo y Héctor J. Díaz. Rememora el regalo del disco con la ópera Carmen que Minerva le llevó, y los momentos en que ambas la escuchaban. Su narración era entrecortada y alegre. Su espontaneidad la hacía saltar de un tema a otro. Pero de manera insistente decía que lo que más le impresionó de Minerva fue su gran cultura, su amor por la lectura, su sencillez y su alegría. En una oportunidad, nos cuenta, su hermano Narciso Conde, “un verdadero come libros”, le



dijo sorprendido y admirado, “Chelito, ¿Cómo es posible que una muchacha nacida en Ojo de Agua y educada en La Vega sea tan culta?”. Una vez, sigue diciéndonos Doña Chelito, Minerva le dijo que los libros que ella leía estaban obsoletos, por eso le llevó de regalo un libro de psicología escrito por Sigmund Freud, “para que aprendiera lo último que sobre esa materia se había escrito”.

Una escena cotidiana en la vida de la pensión, era que las demás “pensionadas” estudiaban en silencio y se quedaban en el comedor de la casa, pero Minerva nunca pudo estudiar en silencio, tenía que hacerlo en voz alta. Por eso se iba al patio a leer sus cátedras. El más pequeño de los hijos de Doña Chelito, Narciso, el hoy muy reconocido dirigente comunista, se iba con ella, se sentaba en una pequeña silla a leer cualquier cosa y Minerva a recitar sus cátedras. Cuenta que Narciso, vivía admirado con la belleza de María Teresa, pero sobre todo con sus trenzas, y cada vez que podía acariciaba esa cabellera que tanto le impresionaba.

La pensión era una especie de santuario, según sus palabras. Por el hecho de que su marido no estaba en la casa, no aceptaba las visitas de amigos. Recuerda que sólo una vez aceptó que “Virgilito,” el hijo de Virgilio Díaz Ordóñez, visitara a Minerva, porque insistió mucho en conocerla y saludarla”. Cuenta que Manolo y Minerva se conocieron allá, porque él se hospedaba en la pensión de Isabel viuda Lithgow, que estaba en la calle Ramón Santana.

Los días felices de la pensión terminaron cuando el Coronel Rodríguez Reyes, por demás primo hermano de Doña

¹Se refiere al muy reconocido literato Don Virgilio Díaz Grullón.



Chea, le dijo a su hermano Narciso Conde que en la casa de su hermana vivían dos mujeres “comunistas”. Cuando Minerva se enteró se fue inmediatamente de la casa. Dice que fue un momento muy doloroso.

Recuerda que la última vez que vio a Minerva fue casi inmediatamente después que había salido de la cárcel. Estaba en su casa situada en la calle Madame Curie, pues se había mudado de la vivienda que tenía en la calle Santo Tomás de Aquino, haciendo quehaceres domésticos, cuando de repente escuchó un murmullo de gente que decía: “Cierren las puertas que ahí vienen las Mirabal”. Al escuchar aquel insulto, salió corriendo y abrazó a Minerva. Estaba muy cambiada, recuerda, con ojos tristes. Al abrazarla le dijo, “Minerva, cuídate y cuida a tus hermanas”. Ella le respondió: “Doña Chelito no se preocupe, que a las muchachas no les va a pasar nada. A mí sí me pueden matar. Pero si Trujillo me mata, sacaré el brazo de la tumba (dice que levantó alto el puño para terminar la frase), entonces sí me lo llevo, así seré más fuerte”.

Cuenta también que su hermana Anita Conde, que vivía en San Francisco de Macorís, visitó poco antes del asesinato a Dedé y le dijo que le dijera a las muchachas que tuvieran cuidado, pues en el pueblo se decía que el hecho de que trasladaran a sus maridos era para hacerles daño a ellas, pues “la voz del pueblo es la voz de Dios”. Cuando se enteró del asesinato de las hermanas, dice que sintió un profundo dolor al escuchar la noticia que le comunicaba su hermano Narciso.

Terminamos la conversación horas después, con la promesa de que si tenía necesidad me comunicaría de nuevo con ella. Se despidió varias veces de nosotros. Salió al balcón a despedirse, agitando con alegría sus manos.



Con "Violetica" Martínez

El día de las Mercedes, el 24 de septiembre del 2002 visité a la otra Violeta Martínez Bosch, oriunda de Moca, Violetica, como le decía Minerva, o Violeta la prieta como la distinguían de su prima, bautizada con el mismo nombre también Violeta Martínez Bosch, la de San Francisco de Macorís, a quien llamaban Violeta la blanca, y de quien hablamos en páginas anteriores.

Era una tarde lluviosa, la tormenta Lily amenazaba con azotarnos. La población estaba pendiente al fenómeno atmosférico, nosotras también nos preocupamos, pero decidimos continuar con nuestro plan de encontrarnos. Llegué a su residencia ubicada en los altos del Museo de la Porcelana. Es un hermoso edificio inspirado en la arquitectura del medio oriente. Las piezas que conforman la colección de este pequeño y especial museo son hermosas y guardan en sus vitrinas muchos años de culturas diversas provenientes de China, Alemania o Francia, cuyo punto en común es el amor por la porcelana de su progenitora: Violeta Martínez Bosch López.

Haciendo honor a su apellido Bosch y a su raza, esta Violeta Martínez, como la de San Francisco de Macorís y como su prima Milagros Ortiz Bosch, se distingue por su cabellera blanca cortada en capas, su energía, su seguridad ante lo que dice y cree, y su verbo florido y culto. A sus 70 años, es sorprendentemente activa. La encontré terminando un libro de investigación sobre su pasión: la porcelana. Tiene en sus planes inmediatos escribir otro libro sobre el pensamiento de Minerva Mirabal. En su biblioteca me mostró una gran riqueza documental de su vida en el exilio newyorkino. Le rogué que escribiera sus memorias, que no dejara en el olvido tantas vivencias y experiencias. Sonrió y me dijo, "quizás tú puedas escribirla, pues con todo lo que



me falta (terminar el libro de la porcelana y el de Minerva) no voy a tener tiempo de hacerlo". No respondí, simplemente sonreí. Me vi yo misma reflejada en su vida. Pasadas las siete décadas, hurgando entre libros, notas, documentos y recuerdos, intentando transcribir pasiones y reflexiones en blanco y negro, a sabiendas de que las palabras nunca serán tan poderosas como los sentimientos.

Después de ver el salón me llevó hacia su casa. La electricidad, como siempre, hizo de las suyas, y a la luz de velas y lámparas de gas, pudimos iniciar nuestra conversación. Al principio creo que nos medíamos mutuamente. Era nuestro primer encuentro. La primera vez que la vi fue durante el paseo al Museo de las Hermanas organizado por las Damas Amigas de la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra, y apenas pudimos presentarnos. Una vez iniciamos el diálogo, el hielo fue desapareciendo. Al final ni cuenta nos dimos del tiempo. Hice conciencia de la hora, cuando mi esposo Rafael me llamó desde nuestro hogar para preguntarme cuándo pensaba regresar.. ¡Habían pasado más de cuatro horas!

Supe que Violeta había sido miembro del Movimiento Juventud Democrática. Fue parte de la primera célula mocana del grupo, la cual estaba integrada por Lourdes y Federico Pichardo, Ruth Fernández y ella. Recuerda que esa célula tenía relaciones con la de Santiago, la cual contaba con miembros como José Cordero Michel, Gilda Pérez y Amiro Cordero.

La conversación con esta nueva fuente de información fue muy rica. Le pregunté cómo había conocido a Minerva Mirabal. Me respondió con mucha soltura y seguridad que en San Francisco de Macorís en casa de su prima Violeta, compañera inseparable de Minerva en el Colegio Inmaculada Concepción de



La Vega. Parece ser que la Violeta Martínez mocana visitaba a su tocaya y prima francomacorisanana en las vacaciones: las de semana santa, las de verano y las de navidad. En ese ambiente familiar inició su larga amistad con Minerva, con quien mantuvo una estrecha relación a través de encuentros esporádicos y sobre todo mediante un largo, interesante y profundo intercambio epistolar. Tuve el privilegio de conocer parte de ese tesoro documental que Violeta Martínez guarda con celo. Las correspondencias manuscritas de Minerva están plastificadas, prevención correcta de Violeta para evitar que el tiempo las deteriore. Me enseñó el paquete de correspondencia, pero sólo tuve acceso a algunas. Las otras, me dijo, son muy personales. Respeté y comprendí sus razones. Minerva Mirabal es para mí un personaje apasionante de la historia reciente. Para ella la amiga entrañable y compañera de aventuras y desventuras, vilmente asesinada.

Leí con fruición, avidez, ternura y alegría las cartas que Minerva Mirabal, desde “su exilio dorado”, como denominaba Minerva los días en Ojo de Agua, le escribía a Violeta. La letra de Minerva es redonda y clara, en su caligrafía se nota inmediatamente que su formación escolar se produjo en un colegio de monjas. Las primeras cartas, pertenecientes a la primera juventud de ambas mujeres amantes de la lectura, denotan claramente el deseo de estas mujeres de:

“Qué feliz me harías si me consigues ese manjar a mi ávida vida intelectual. De los libros, he sacado tantos... que no sé cuales te enviaré ni de cual hablarte... Dime si leíste “El Filo de la Navaja”...

(Carta de Minerva a Violeta Martínez en 1949)



Las misivas no se detuvieron ni si quiera en el exilio. Cuenta mi entrevistada que al llegar a Nueva York tuvo que trabajar en lo que apareciese para poder subsistir. Un tiempo duro, después de haber vivido una vida intelectual, de haberse convertido muy joven en maestra y de ser reconocida en su Moca natal, llegar a una gran ciudad y ser una desconocida, una más en la urbe, constituyó una etapa difícil en su vida. Estos sentimientos fueron expresados a su amiga de Ojo de Agua, a quien le contestó con palabras de ánimo:

“Cuánto no daría yo por ser vulgar obrerita que solo obedece las leyes de la Real Gana. Tu sabes que primero yo quería estudiar aquí en la Universidad, después quería estudiar en un Colegio de Canadá... Me preguntas de libros y te digo que son como siempre mis inseparables compañeros y mis más consoladores amigos; gracias a ellos conservo mi ligero barniz de civilización...”

(Carta de Minerva Mirabal en 1952)

Vi en Violeta, a pesar de la oscuridad, cómo se aguaban sus ojos al recordar sus cartas y discusiones intelectuales con Minerva. A pesar de su juventud, ella y Minerva leían de todo. Desde Tolstoi hasta Oscar Wilde, de Rousseau a Stendhall. Minerva intentó que Violeta amara las novelas de Víctor Hugo, pero fue en vano. Para su amiga, el novelista francés era excelente, para Violeta era escritor que utilizaba un lenguaje extremadamente barroco, una trama simplista y en sus textos se notaba una gran falta de contenido teórico. Cuenta que le devolvió la novela Los Miserables a Minerva porque “no podía fajarse con semejante libro”.



Me dijo Violeta que junto a Minerva y Tobías Emilio Cabral, a quien ellas denominaban “Larry”, el hermano de Sina, constituían un trío entrañable de amigos, unidos por la amistad y la pasión por la lectura y las discusiones teóricas. Larry era también un militante anti-trujillista que se vio obligado a partir al exilio:

“¿Recuerdas a Larry? Es uno de mis más queridos personajes, que hablamos con él y de él en el “Filo de la Navaja”... Te hablo de Larry, quiero que lo veas, está allá en casa de una señora... dile que me hace mucha falta y que le recuerdo...”

(Ojo de Agua 1952).

En sus correspondencias Minerva también desnudaba su alma. Su amiga le escribe en 1952, después de haber vivido algunas experiencias difíciles en su vida, como la prisión de su padre y su deterioro físico, su propia detención junto a su Madre, Minerva expresa sus dudas y preocupaciones, pero ante todo, su determinación de seguir luchando por sus convicciones:

“Alguien me dijo una vez que yo soy un libro abierto ¿Lo soy todavía? Pero tú que habías leído mis cartas dices “ha perdido su jovialidad (o su espontaneidad) pues no querida amiga mía, podrás sentirme triste, pero amargada nunca! Y mi espíritu no quiere inclinarse hacia delante, mejor se parte hacia atrás... Adiós Viola, gracias por todo. Te quiere siempre Minerva”

(Ojo de Agua 1952)



Confirma Violeta el amor que tenía Minerva por la poesía. No olvida las poesías de Osvaldo Bazil, que su amiga recitaba constantemente (“¡Pobre tristeza mía que no se cansa de ser triste...!”); así como las de Rubén Darío. Pude ver la transcripción a máquina del poema Invernal que hizo Minerva en 1949, y que Violeta guarda como un preciado tesoro.

Uno de los episodios más interesantes que rememora con cariño esta pequeña Violeta morena, es la visita que ambas hicieron a La Vega para ver el espectáculo de la singular declamadora argentina Berta Singerman. Cuenta nuestra entrevistada, que no olvida la llegada de Minerva, montada en la parte trasera del Ford, guiado por su chofer.

Violeta me mostró una foto suya de su juventud, en la cual mostraba una abundante y larga melena negra. Me cuenta que un día Minerva tomó unas tijeras y se la cortó “porque ya no se usaba ese pelo tan largo”, ¿Te imaginas, me dice? En ese momento me molesté, ahora recuerdo el incidente con cariño y nostalgia, se respondió.

En 1949 estuvo detenida junto a Minerva. A ella la llevaron a la pensión de Celia Pérez en calidad de detenida, mientras que a su amiga la detuvieron en el Hotel Presidente. No olvida Violeta los duros interrogatorios de que fue objeto, ni los rostros toscos y duros de Manuel de Moya Alonso y del General Caamaño, el padre de Francisco Alberto. En 1950 viendo cómo se agudizaba la represión y que su vida podría correr peligro decidió asilarse. Instó a Minerva a hacer lo mismo, pero ésta no quiso. Argumentó que su padre, Don Enrique, estaba enfermo y no podía dejarlo. Según Violeta, Minerva se sentía culpable de la situación de Don Enrique, quien estaba notablemente enfermo. Esa fue la última vez que las amigas pudieron verse.



Cuenta que se enteró del asesinato en casa de los Bannett, una familia norteamericana que ayudó mucho al exilio dominicano en Nueva York. En ese momento se encontraban con ella Fifi Bannett y Larry (Tobías Emilio Cabral). Los tres intentaban descifrar un papelito que éste último acababa de recibir, que en su encabezado decía “Querido Toby”. La letra, se preguntaban los tres, era muy parecida a la de Minerva, pero ella nunca lo llamaba así, pues Larry era el apodo que ella y Violeta utilizaban siempre. Mucho tiempo después supieron que el famoso papel lo había enviado Dulce Tejada. Mientras elucubraban, recibieron una llamada a media noche dándole la terrible noticia. Dice que nunca había recibido un impacto tan grande en su vida. El dolor fue parte de su existencia a partir de entonces.

Le pregunté cómo había podido preservar tantos recuerdos durante tanto tiempo, y sobre todo habiendo vivido tantos años en el exilio. Me sonrió antes de responderme y me dijo que cuando decidió salir del país porque su vida peligraba, se aseguró de llevarse consigo sus “tesoros”. Las cartas de Minerva, las fotos y los demás recuerdos constituyeron su equipaje. Al regresar, aumentó su valioso equipaje, pues se agregaron nuevas cartas y documentos, sobre todo de su activa vida política luchando en contra del régimen.

Sostiene Violeta que el pensamiento político y las ideas de libertad que defendía con pasión Minerva fueron las principales razones para que Trujillo la atacara y luego la asesinara vilmente junto a dos de sus hermanas. Para ella, sin dudas, estas motivaciones pesaron más en el sátrapa que su deseo de poseerla sexualmente, como hizo a tantas jóvenes hermosas de la sociedad dominicana.



Nos despedimos como viejas amigas. El tiempo pasó sin percatarme. La lluvia se había detenido. Salí reconfortada de su casa, un tesoro arquitectónico que guarece una valiosísima colección de porcelana, documentos inéditos de una mujer que jugó un papel importante en un trozo de nuestra historia, pero que sobre todo sirve de espacio para conservar muchos y valiosos recuerdos.

Con Manolito Tavárez Mirabal, en San Francisco de Macorís

El sábado 5 de octubre, luego de una larga e intensa semana de trabajo, Ovalles y yo salimos hacia San Francisco de Macorís como a las 10:00 am., una vez él terminó su labor en el programa de televisión sabatino "Despierta en fin de semana". El trayecto fue relativamente corto. El tiempo pasó sin darnos cuenta, escuchando música romántica y boleros de la vieja generación. Durante el trayecto recibimos una llamada, era Manolito, confirmando nuestra cita y asegurándose de que almorzaríamos en su casa con su familia.

Al llegar a San Francisco de Macorís, palpamos el crecimiento de esta ciudad norteña. Negocios por doquier, hacen que este viejo pueblo comercial, tenga apariencia de gran ciudad. Llegamos a la casa, después de preguntar a varios transeúntes. Nos recibió la esposa de Manolito, pues éste había salido por un momento. Nos sentaron en una grande y hermosa terraza, adornada por sonajeros de todos los colores, los cuales con el viento nos ofrecían pequeñas canciones de paz que aligeraban un poco el inmenso y terrible calor del día. Cuando "Manolito" entró a la casa, me percaté de su imponente anatomía. No sé por qué insisten en llamar "Manolito", a



este hombre cuya figura dista mucho de su apelativo. Lo conocía de referencia, pero nunca habíamos interactuado.

Nos sentamos y comenzamos a conversar. Fue un diálogo abierto, pero no pudo darnos muchos datos, pues contaba con 2 años cuando ocurrió la tragedia. Nos dijo que una de las cosas que más admiraba de su madre era su diversidad como mujer. La gente sólo conoce su faceta como política, pero olvida a la Minerva romántica, pintora, escultora, amante de las flores y por demás gran jardinera. Esta multiplicidad de facetas de su madre, dice también existen en mamá Dedé. Se sorprende cómo esta mujer entrada en sus setenta años es capaz de doblarse sin cansarse para arreglar su jardín, para luego atender con sonrisa a la gente que visita el Museo, o a los asuntos de sus negocios de cacao.

De las obras que se han escrito sobre las Mirabal, considera que la de Miguel Aquino García es buena, porque está sustentada en la verdad histórica. La de Willian Galván la evalúa como objetiva, pero se circunscribe a los aspectos políticos. La novela de Julia Álvarez tiene el valor de que hizo de las Mirabal un patrimonio universal, pero a su juicio los 4 personajes principales están muy segmentados. Cuenta que vio la película de Salma Hayek y considera que el personaje mejor logrado es el de María Teresa.

En la conversación hizo referencia a que debido a los terribles hechos ocurridos en la vida de sus padres, él y Minou fueron declarados tardíamente, a los 10 y 12 años respectivamente; razón por la cual su hermana está bautizada como Minerva Josefina, y no como Minou.

Mientras conversábamos, sus tres hijas entraron a saludar. Son adolescentes muy hermosas, portadoras de nombres muy



simbólicos: Minerva, Minou y Talía; ésta última bautizada y declarada antes de que la cantante mexicana fuera tan famosa. Una vez terminamos de almorzar, Ovalles y yo nos trasladamos rápidamente para nuestra otra entrevista.

En la casa del doctor Ángel Concepción Lajara

Nos esperaba, de eso no cabe duda. Estaba bien vestido, con una chacabana de lino crema manga larga, muy bien planchada, y un pantalón gris oscuro. A sus 88 años es un hombre muy lúcido y bien conservado. Al entrar a su casa me sorprendió su extrema austeridad. Me llamó la atención un velón encendido al lado de una vieja foto de una mujer entrada en los cuarenta. Al notar mi curiosidad, se acercó y me dijo “Es mi esposa durante su juventud. Murió de repente hace dos meses.” Prosiguió explicándonos: “Visitaba a una hermana enferma de un cáncer que la mantiene hace meses en cama, cuando de repente se sintió mal. La llevamos al médico y no se pudo hacer nada.” “Al velatorio fueron todos los hijos de las muchachas a darme el pésame.” Le pregunté si mantenía relación con la familia Mirabal, me respondió que Dedé, siempre que puede, le da la vuelta. Confesó que su lazo más fuerte con la familia era con Doña Chea, pero que al morir, los muchachos al crecer, “se han alejado un poco.” Mientras hablaba, observé bien la casa. En la pared principal abundan las placas y los diplomas de reconocimientos otorgados por diferentes organizaciones de su natal San Francisco y de otras ciudades. Estas placas contrastan con la sencillez del mobiliario y los escasos adornos de sus mesas y paredes. Sin titubear nos dijo que aceptó la invitación, pues había averiguado quiénes éramos. Confiesa que se han dicho muchas mentiras y falsedades sobre las muchachas.



El Dr. Concepción es primo de Horacio Vásquez, fue alumno privilegiado del Dr. Moscoso Puello, médico del San Francisco rural de los años cincuenta y padrino de casi todos los hijos de las muchachas: Manolito, Minou, Raulín y Jacqueline. Fue un militante activo del IJ4, pero, aclara, del movimiento patriótico, no de la organización que se fue radicalizando y perdió su esencia inicial. Era amigo muy cercano de Manolo Tavárez. Rememora y valora tanto esa amistad, que hasta nos hizo referencia del pacto-juramento que hizo con Manolo. Cuenta que en una oportunidad ambos amigos juraron que si uno moría, el otro moriría también. Cuando el dirigente político organizaba su expedición, le hizo prometerle que él (Dr. Concepción) sería el médico del grupo. Recuerda que poco antes de la partida, se encontró con Manolo en casa de Doña Chea, y que le había reclamado que debían partir para las montañas. La mamá de Minerva, los llamó a ambos y les dijo que aquella acción era una aventura, que morirían y que la acción guerrillera era un fracaso. Fue, dice el Doctor, como “una premonición de Doña Chea”. Esta valiosa mujer, más que amiga, como una madre para él, les dijo “Si tú caes Manolo y cae también Ángel, ¿quién velará por mí y los muchachos?” Recuerda, y vi sus ojos humedecerse, que Doña Chea lo abrazó y exclamó “Usted no va”. Luego se dirigió a Manolo, “No vayas, te van a matar”. Los sucesos posteriores, ya sabemos, confirmaron los temores de esa sufrida mujer.

Le pregunté cómo definía a Minerva y me contestó “Ella era la más todo”, frase que describe muy bien su percepción de la heroína. Dice que se sorprendía de su amplia cultura. Recuerda cuánto amaba las novelas de Víctor Hugo y las obras de Ling Yutang, especialmente la novela “Una Hoja en la Tormenta”.



Contrario a la opinión de Violetica Martínez, la de Moca, piensa que Trujillo sentenció a muerte a Minerva, porque fue la única mujer que no pudo doblegar y hacerla suya. La primera oportunidad que Trujillo tuvo de fijarse en Minerva fue en julio de 1949 en la fiesta de Santiago. La segunda fue un mes después durante la inauguración del Hotel Montana, donde Minerva bailó con Trujillo y con Ramfis. Y la tercera, donde se produjo el detonante, fue en octubre de ese mismo año, en una fiesta en Villa Borinquen, San Cristóbal. Para esa ocasión, el dictador preparó una especie de “emboscada sexual”, pues todo estaba listo para satisfacer sus apetencias. Dice el Dr. Concepción que cuando esto ocurrió Minerva le dijo al hombre fuerte del país: “Siénteme, creí que estaba bailando con un caballero.” Recuerda que después de ese incidente, en el que la familia Mirabal salió rápidamente del lugar, en el carro de la familia, manejado por Jaimito, el esposo de Dedé, comenzó el hostigamiento hacia la familia. Días después fue apresada Minerva junto a su padre, y dos años después, en 1951, su padre fue hecho preso injustamente y llevado a la fortaleza Ozama, mientras ella y su madre eran detenidas en el Hotel Presidente. No descarta ni minimiza tampoco el Dr. Concepción el mérito político de Minerva, al contrario, le confiere un valor extraordinario.

Respecto al asesinato y a sus incidencias, la historia que nos contó el Dr. Concepción fue muy interesante. Cuando trasladaron a los esposos a la cárcel de Puerto Plata, la voz más socorrida era que habían hecho este cambio para “provoacar un accidente”, por lo cual le aconsejaban que no hicieran los viajes de visita a esta cárcel. La opinión se apoyaba en el suceso que días antes había ocurrido con Marrero Aristy,



“muerto en un accidente de carretera”, versión que por supuesto nadie creía. Cuando el Dr. Concepción le dijo a Minerva que desistiera del viaje, haciéndole referencia al caso del intelectual, dice que ésta le contestó: *“Marrero Aristy, que sólo se quedan los muertos. Pero tú no estás sólo, pronto estaremos juntos...”* De todas maneras, el Dr. Concepción insistió, entonces las palabras de su amiga fueron más fuertes: *“¿Usted sabe las condiciones en que están nuestros maridos? ¿Qué pensaría usted como esposo si su esposa no lo va a ver por temor a la muerte?”*

Por azar de la vida, el día fijado para la visita a la cárcel de Puerto Plata, el chofer Nano Castillo dijo que no haría el viaje. Parece ser que le habían advertido del peligro que corría. Minerva, cuando Castillo le comunicó su decisión, le contestó: *“Se metió en miedo”*. Entonces despachó al chofer, y le dijo al Dr. Concepción, *“Váyase a su casa y dejamos el viaje”*. Así lo hizo el doctor. Horas después, estando Minerva conversando con René Bournigal, llegó su chofer Rufino Martínez, para traerle las llaves del jeep, propiedad de Bournigal, que utilizaba para transportar pasajeros de un lugar a otro, ya que ese día el negocio estaba flojo *“pues no habían pasajeros.”* Minerva, al oír aquello le dijo, *“Usted tiene ahora 3 pasajeras. Nos vamos a Puerto Plata. Tenga esos 20 pesos para echar gasolina y venga a buscarnos”*. Así lo hizo, y los cuatro, el chofer Rufino Martínez, Patria, María Teresa y Minerva emprendieron el último viaje de su vida.

Respecto a los detalles del asesinato, afirma el Dr. Concepción que ha podido, después de muchas indagatorias, reconstruir el hecho. He aquí su versión:



—Cuando llegaron a la cárcel de Puerto Plata, todo transcurrió normal. Incluso les permitieron durar más tiempo del estipulado.

—De regreso, en el puente de Marapicá, los apresaron y llevaron a la Casa de Trujillo de la Cumbre. Debían ser aproximadamente las 5:30 pm. Al momento que los apresaban, pasó un camión del seguro social, las muchachas le gritaron: “Somos las Hermanas Mirabal, dígame a nuestra familia que nos hicieron presas y que nos van a matar.”

—Los entraron por una puerta lateral hacia el norte, ubicada después del portón. Este lugar hacía de garaje. Allí los torturaron y asesinaron. Cuando se produjo el juicio, el Dr. Concepción y el Abogado de la parte Civil fueron al lugar y vieron una mancha blanca. Al quitarla, se encontraron con la huella de una mano llena de sangre.

—Por una de las ventanas de la habitación, Patria logró escapar. Cerca de la casa existía una factoría de café propiedad de un italiano, quien la ayudó. Pero los verdugos lograron atraparla de nuevo. Al otro día, el italiano “se suicidó” en su factoría. Apareció ahorcado, y la versión oficial de su muerte fue calificada como suicidio.

—Los mataron en la casa de la Cumbre. En el vehículo se dieron cuenta que Minerva todavía vivía, por eso la ahorcaron. Llevaron los cadáveres a donde habían dejado el jeep. Colocaron de nuevo los cuerpos en el jeep, y los lanzaron por un precipicio.”

Su opinión sobre Dedé y Doña Chea es muy positiva, “al margen, dice, de la amistad firme que me une a esa familia”. La madre de las muchachas, considerada por él también como



una madre, nunca les falló a sus hijas, ni siquiera en los momentos más difíciles de la represión política. De Dedé, la hermana que quedó viva para contar la historia, piensa que ha jugado un papel fundamental en la vida de los 9 niños que quedaron bajo su responsabilidad. Se pregunta, “si ella no hubiera estado ahí ¿que habría sido de los muchachos? ¿Quién hubiera dado la cara por ellos?”

Cuando terminó la entrevista, estábamos los tres bañados en sudor. El vaso de refresco que nos ofreció alivió un poco la pesada carga ambiental. Al despedirnos, nos contó algunas de sus hazañas como médico. Nos facilitó varios de sus escritos y poemas sobre las hermanas Mirabal. Cuando entré al vehículo le dije a Ovalles, “fíjate cómo paga nuestro pueblo a gente tan noble y sacrificada, que dieron sus mejores años por la libertad.” Confieso que la soledad, el aislamiento y la precariedad de su vida me lastimaron en lo más profundo. Como me dijo el propio Dr. Concepción: *“después de más de 50 años de ejercicio, subsisto porque mi padre me dejó esta casa y tengo una pequeña pensión del Estado. Es todo lo que tengo. Y me conformo.”*

***Con Binelli Ramírez, Luisa Jorge y Wenceslao Vega,
compañeros de Minerva en la universidad***

Conversando una noche cualquiera con el buen amigo Wenceslao Vega, Wences, le comuniqué sobre mi nuevo proyecto: Minerva Mirabal. Le veía los ojos asombrados mientras le relataba las cosas que estaba haciendo. Me preguntó si había conversado con alguna persona que conociera la faceta de estudiante universitaria de Minerva. Le dije que todavía no. Con su habitual desenvoltura se dispuso a ayudarme. Esa



noche me enteré de que el amigo Wences había sido compañero de Minerva en algunas clases.

Hicimos los arreglos y coordinamos un encuentro con Luisa Jorge, Binelli Ramírez y el propio Wences el 23 de octubre del 2002. Al llegar a la oficina profesional de mi amigo, me di cuenta que conocía a Luisa, pues su familia y la mía habían sido vecinas por más de dos décadas en Santiago. A pesar de tener tantos años sin verla, la reconocí. Le pregunté por sus sobrinos, que eran mis amigos, y rápidamente nos pusimos al día.

Los tres iniciaron los estudios de derecho en 1952 y terminaron en 1957; es decir, al mismo tiempo que Minerva. El grupo de estudiantes era amplio. Comenzaron unos 100 y terminaron como 70. Durante esos 5 años compartieron mucho con ella. Cuenta Wences que Minerva siempre iba bien vestida, algo que le llamaba mucho la atención. Recuerda que normalmente usaba conjuntos de falda estrecha, casi siempre bajo las rodillas, y chaqueta corta. Dice que cuando ella caminaba por los pasillos con su pelo suelto, tenía un paso felino, pero suave, con un aire distinguido. Cuando entraba al aula, se sentaba, cruzaba las piernas y se le veían sus bien formadas pantorrillas. Cuando se estaba en clases junto a Minerva, perdía a veces la concentración, embelesado con sus piernas. Al recordar esos detalles, Luisa Jorge dijo: “Mu-Kien, es que Minerva vestía bien. Compraba ropa buena. A pesar de su sencillez, ella y María Teresa compraban sus ropas nada más y nada menos que en la Casa Virginia.”

Los tres recuerdan con ternura que a pesar de que en la lista de la universidad se le había colocado una calificación de “desafecta al régimen”, los profesores la trataban con



mucho respeto, principalmente porque era una mujer no solo inteligente, sino también muy buena estudiante. Tomaron juntos clases con Hipólito Herrera Billini, Carlos Sánchez y Sánchez, Rafael F. Bonnelly, Damián Báez, Joaquín Balaguer y con el Padre Robles Toledano. Los tres coinciden en la gran cultura de Minerva, así como en su amor por los libros. Wences recuerda que le hablaba siempre de las poesías de Pablo Neruda.

De los tres, la más cercana a Minerva era Luisa, aunque reconoce que la verdadera compañera de Minerva fue Hortensia Marcial, hermana del padre Marcial Silva, fallecida hace unos pocos años. Cuando afirmaron esto corroboré la información, pues en las cartas que Minou me prestó el nombre de Hortensia aparecía con mucha frecuencia. Otra compañera cercana a Minerva fue Yolanda Vallejo, a quien tratamos de localizar en ese momento pero fue imposible.

Luisa y Binelli recuerdan con nostalgia la conversación que sostuvieron con Minerva en 1953. Para el segundo año de la Universidad, Minerva tuvo que escribir una especie de proclama con laudos a Trujillo para poder obtener de nuevo la inscripción. Dicen que Minerva misma les contó y que al final les dijo “Oh! ¿Y yo voy a dejar de estudiar porque Trujillo no quiera?”

Una anécdota graciosa que recuerda Luisa ocurrió un día por el año 1953, ella y un grupo de amigas habían ido a la casa de Clarita Báez (la que luego se casara con el profesor Carlos Sánchez y Sánchez) para celebrar su cumpleaños, y parece que el ponche que le brindaron tenía un poco de alcohol. Al terminar la fiesta temprana la noche dijeron “Vamos a visitar a Minerva”. Cuando llegaron a la pensión, Minerva las recibió con cariño, y las invitó a sentarse, entonces



Luisa tomó una silla de guano, cuando se sentó el asiento cedió y la pobre Luisa fue a parar al suelo. La risa del grupo le hizo olvidar el dolor de la caída. Recuerda que Minerva rió hasta dolerle el estómago.

Luisa recuerda como si fuera hoy, cuando en septiembre de 1956 fue a visitar a Minerva a casa de Doña Isabel Justo viuda Litghow Ceara, por el nacimiento de Minou. Dice que la casa fue acomodada para recibir a Minerva, a su marido y a su pequeña hija, para lo cual transformaron la marquesina en una comfortable habitación. “Le llevé un regalito a la niña y esa tarde pude conversar mucho con ella”, recuerda Luisa.

Después de 1957, ambas graduadas, Luisa rememora los encuentros con Minerva en Santiago. Colaboraba con ella, buscando dinero para el movimiento. Dice que Minerva fue a visitarla varias veces a su casa, ubicada en la calle Máximo Gómez. Una de las tareas que le asignó Minerva a Luisa fue la transcripción en esténcil del libro “La Historia me Absolverá” de Fidel Castro. La vieja máquina que sirvió a este grupo de jóvenes soñadores estuvo mucho tiempo después guardada en la vieja zapatería de los Llenas.

La última vez que Luisa vio a Minerva fue en 1960, cuando fue a visitarla a Conuco con su amiga Mireya Lora. Al concluir la visita, detuvieron un carro público. El chofer le dijo: “Ustedes son valientes. A esa familia, y en especial a esa mujer, las están vigilando siempre. El carro que viene atrás de nosotros es un carro de los calieses.”

Cuando ocurrió el asesinato, Binelli se enteró por la prensa. Wences ya estaba en el exilio, pero Luisa, que vivía en Santiago, se enteró de inmediato y fue al Hospital. Allí estuvo varias horas junto a Dedé, esperando que sacaran los cuerpos.



Aproveché el encuentro para hablar con Wences sobre su experiencia en el movimiento anti-trujillista. A final de 1959, Wences fue reclutado por Ramón Cáceres. Según estaba establecido, cada militante debía conseguir dos personas más. Wences pudo reclutar a Marcos Troncoso y a Pepe Viñas. Cuando lo invitaron a participar en el movimiento, le dijeron que ya estaba a nivel nacional y que los líderes eran Manolo Tavárez y Minerva Mirabal. Su misión era buscar gomas nuevas para los carros. A principios de enero de 1960, los llevaron presos, primero a la 40 donde estuvieron 10 días y luego a La Victoria, lugar en el que estuvieron por casi tres meses. Compartía la celda con Marcos Troncoso, Leandro Guzmán, Cayeyo Grisanti, Freddy Bonnelly y el chofer de Manolo a quien le decían "La Cuca".

Recuerda que los golpeaban y luego les echaban agua salada. "Quizás por eso no enfermamos más", dijo. Ya en La Victoria, una noche, después que se habían ido los guardias, escuchó una voz femenina que le dijo: "Wenceslao Vega, ¿te acuerdas de mí?" Reconoció la voz. Era Minerva Mirabal. Sin decir su nombre, la voz femenina siguió hablando con él. Fue una conversación esperanzadora en medio de ese ambiente lugubre y triste. Recuerda que en la cárcel debían haber más de 600 presos. El grupo, con excepción de las mujeres, quienes fueron liberadas poco tiempo antes, fue "juzgado" y condenado a 30 años de prisión. Más tarde, después que la OEA visitó el país para evaluar los casos de los presos, fueron juzgados de nuevo y "absueltos por falta de pruebas".

Le pregunté sobre un episodio que había escuchado más de una vez: Minerva cantando el himno nacional cuando el grupo fue llevado al Palacio de Justicia. Me confirmó la versión.



Cuenta Wences que llevaron al grupo a ese lugar por la parte de atrás. Se había corrido la voz del juicio, por eso cuando llegaron se encontraron con mucha gente conocida: amigos, familiares y otros que estaban allí sólo por solidaridad. Cuando los bajaron de la guagua, los policías no pudieron impedir que la gente les dijera palabras de aliento. Pero cuando se acercaban al lugar donde serían juzgados se produjo un silencio sepulcral. De repente se escuchó una voz de mujer que cantaba bajito el himno nacional. Levantó la mirada y vio a Minerva, quien bajo la cabeza en signo de reconocimiento. El público completo siguió cantando el himno. Aquella melodía, en aquel momento no sólo era dulce y reconfortante, sino el signo de protesta y de resistencia de un pueblo que se había cansado de la opresión trujillista.

Finalizamos el encuentro con alegría. Esas horas compartidas entre los cuatro nos ayudó a todos. A mí, a confirmar algunas informaciones que había recibido, a ellos, a recordar hermosos, tristes y emocionantes momentos.

Con Thelma Benedicto, la amiga de tiempos felices

Aprovechando el feriado dedicado a la Constitución, viajé a Santiago acompañada de mi sobrina Angélica para visitar a Thelma Benedicto. Esta agradable señora de 72 años, no estaba en mi agenda de entrevistas, pero lo hice por insistencia de Doña Dedé. Y reconozco que valió la pena.

Me cuenta dona Thelma que conoció a Minerva en los años 1943-44 durante las vacaciones de secundaria, cuando su madre la enviaba a casa de su tía María Guzmán viuda Brache. Era tan delgada, que las vacaciones en Salcedo tenían como propósito "que tomara algunas libritas". Era amiga de



Olga Fernández, la hermana de Jaimito, el esposo de Dedé. A través de ella conoció a Minerva, y entonces se inició una larga y sólida amistad que se fue desvaneciendo cuando Thelma se casó con Silvino Pichardo en 1953. No lo dijo, pero estaba implícito en sus palabras, para entonces Minerva había estado presa y era una desafecta al gobierno. Cuenta que visitó a Minerva en Montecristi para conocer a Minou, cuando nació.

Durante los años de amistad, Thelma y Minerva intercambiaron mucho. En los períodos de vacaciones, ella iba a Ojo de Agua a pasarse las vacaciones, o Minerva iba a Santiago. Recuerda Thelma que a Minerva le encantaba su casa, porque había muchos árboles. Estaba situada en la Avenida 27 de Febrero, conocida como la calla de la Barranca, muy cerca de la Fortaleza San Luis y de la Tabacalera.

De los tiempos felices de Minerva, especialmente la época de carnaval, Thelma ha guardado en su memoria momentos muy lindos. Dice que al final de la temporada adornaban con flores los coches tirados por caballos, entonces paseaban por toda la ciudad. Otros años lo hicieron en una camioneta de Erasmo Bermúdez. No olvida la comparsa de rumbera que hizo estragos en el Centro de Recreo de Santiago. Ella, Minerva, Gilda Bonnelly y Adalgisa Nicolás, entre otras, se vistieron de bailarinas de rumba, cuyos trajes, rojos con vuelos blancos, estaban inspirados en los músicos cubanos que tocaban esa música. Dice que otro año Minerva causó sensación cuando se vistió de reina Egiptia. "¡Se veía hermosa!", dice, rememorando los viejos tiempos. Thelma sonríe cuando afirma que a Minerva le fascinaba bailar, pero que no lo hacía bien, pues era un poco pesada y no se dejaba llevar.



Los muchachos que las cortejaban eran muchos. Evoca el nombre del apuesto joven que era Poppy Bermúdez, uno de los más fervientes enamorados de Minerva, pero que ella siempre lo aceptó solamente como amigo. Otro de los admiradores-enamorados de Minerva era Sully Eduardo Bonnelly, el hermano de Gilda.

Dice que a Minerva le encantaba comprar y vestir bien. Su gusto era exquisito, por eso compraba cosas buenas. La ropa se la encargaba a María Hernández, una señora que traía trajes importados desde New York. Cuando Minerva visitaba Santiago no faltaba a su cita en el salón de Tina Vargas, pues le gustaba como le recortaban el pelo. Minerva y sus hermanas eran asiduas clientas de El Gallo. Recuerda que cuando Minerva entraba a la tienda llamaba la atención por su elegancia y simpatía. En esos tiempos se pusieron de moda las boinas. Se compraron de todos los colores para combinarlas con los vestidos.

Un día un grupo de amigas, entre las que estaban, además de Thelma, Camelia Bonnelly, Irma Paniagua y Filita Castellanos, organizó un viaje a Ojo de Agua para pasarse el día con las Hermanas Mirabal. Este encuentro se perpetuó con fotos del grupo, todas sentadas en el jardín de la casa.

Cuando terminamos de conversar, doña Thelma me enseñó su álbum de fotos. Muchas de ellas, la gran mayoría, son desconocidas, pues sólo ella las tiene. Me permití verlas con detenimiento. Confirmé la belleza de Minerva. Le dije que debía cederlas a Doña Dedé para que las copiara y las llevaran al Museo. Me dijo que lo haría.

Nos despedimos con un fuerte abrazo. Ella me expresó su deseo de ver el monólogo cuando fuera a presentarse en el teatro.





El *momentum*

“Todos los seres humanos, al margen de nuestra nacionalidad, riqueza o pobreza, tenemos necesidades, deseos y preocupaciones. En realidad, nunca he conocido a nadie cuya mayor necesidad no sea el amor. El verdadero amor incondicional... No hay forma de confundir el amor, se siente en el corazón; es la fibra común de la vida, la llama que nos calienta el alma, que da energía a nuestro espíritu y da pasión a nuestra vida... Toda persona pasa por dificultades en su vida. Algunas son grandes y otras no parecen tan importantes. Pero son las lecciones que hemos de aprender. Eso lo hacemos eligiendo... La vida es una responsabilidad... cada persona elige si sale de la dificultad aplastada o perfeccionada...”

Elisabeth Kubler Ross

Una cosa que me atormentaba desde el mismo momento que contesté afirmativamente a la petición de Ovalles y Edilí, era el punto de partida, el “*momentum*”, como me comentó muy atinadamente el escritor Manuel Mora Serrano, por demás muy amigo de Violeta Martínez. No quería hacer una biografía más, cuando ya hay muchos trabajos escritos, algunos muy buenos y completos. Tampoco podría ser una historia de su vida contada por la propia Minerva, representada por Edilí. Recuerdo que en esa cafetería donde nos encontramos por primera vez, se me ocurrió la idea de presentar a Minerva en la llamada “Cuarta dimensión”, es decir, ella hoy a sus 77 años, sólo en su realidad de cuerpo astral-no físico, evaluando su propia vida y el mito en que se ha convertido. La cuarta dimensión, dicen los



esotéricos, es ese estadio en el que los seres humanos, convertidos en energía, pueden presenciar, sin intervenir directamente, el mundo material de los vivos. Al escribir esto, sigo mirando las caras de sorpresa de Ovalles y Edilí. Pero les gustó la idea.

Quería saber si mi ocurrencia tenía fundamento en el mundo de los esotéricos, por eso le pedí al amigo César Fañas que nos hablara sobre el tema. Organizamos un encuentro en mi casa. Con su formalidad habitual, Fañas nos preparó a los tres una conferencia. Así, según los esotéricos, existe el mundo real y tridimensional, que es el que nosotros vivimos; y un mundo inmaterial, pero real, que se divide en cuarta, quinta, sexta y séptima dimensión, que es el mundo del espíritu o de la energía. Según nuestro “Gurú” esa dimensionalidad diferente no es comprensible para las personas que sólo viven el ahora, y la realidad de lo material. Incluso nos llegó a decir que en el espacio donde nos encontrábamos, pululaban y nos observaban decenas de espíritus interesados en nuestra conversación.

La verdad es que cuando hice la observación, no tenía todo el convencimiento, sino una intuición, producto de experiencias personales muy singulares a raíz de la muerte de mis padres. Papá murió después de una larga enfermedad terminal, y el mismo instante en que se había resignado a no seguir luchando, mi hermano menor, Peng Bian, que estudiaba en Boston, sintió la necesidad de llamar a la casa paterna, en ese momento preciso papá acabada de morir. Cuando vino al país, le pregunté por qué había llamado y me dijo que una fuerza externa lo impulsó. Hace tres años mi madre murió, y me dejó con la tristeza de no haber podido despedirme de ella, por la forma repentina de su deceso. Meses después de su muerte, tuve un sueño tan hermoso, en el que las dos pudimos



decirnos todo aquello que con la rapidez de su partida no nos dijimos. Luego nos despedimos abrazadas. Ella desapareció en mi presencia, convirtiéndose sólo en energía. Desperté feliz, con la firme convicción de que había estado un largo rato con mamá.. Algo similar le sucedió a otros de mis hermanos.

La intuición se fue confirmando a medida que proseguía con la investigación; mientras hacía las entrevistas y leía sobre el tema, más me convencía de la novedad de ese “momentum” para el monólogo. Busqué información. Lecturas nuevas sobre ese tema y algunos relatos. Indagué un poco sobre lo que los hinduistas piensan sobre la muerte, pero no quise seguir profundizando porque no me interesaban los temas del karma y la reencarnación. Frida de Villamil, una educadora nata e innata, pero ante todo amiga entrañable, me hizo llegar el libro “El hombre y sus cuerpos” de Annie Besant,¹ cuando supo de mis andanzas con el monólogo de Minerva Mirabal. La autora, sostiene, basándose en muchas teorías hinduistas, que pueden definirse tres cuerpos en los seres humanos:

1. **El cuerpo físico.** Bajo este término, dice la autora, se incluyen los dos principios inferiores del hombre, que en el lenguaje teosófico se denominan Sthula Sharira y Linga Sharira. Ambos elementos están compuestos de materia física y son abandonados al momento de la muerte. Se desintegran juntos en el mundo físico.

2. **El cuerpo astral.** Convencidos los defensores de las teorías teosóficas, que el ser humano es algo más allá que su cuerpo físico, sostienen que también cuenta con el llamado plano astral. “En primer término, debe entenderse bien lo que significan las

¹Annie Besant, *El hombre y sus cuerpos*, Barcelona, Editorial Humanitas, segunda edición, 1997.



palabras mundo astral... El mundo astral es una región definida de universo que rodea y penetra el mundo físico, pero que es imperceptible a la observación ordinaria, por estar constituida en una clase distinta de materia... la materia astral sirve de vehículo a Jiva, la Vida Una que todo lo anima, y por conducto de la materia astral... sostienen y alimentan cada partícula de materia física...". Este plano, según los esotéricos, es tan real como el físico. Apoyándose en esta teoría, Besant sostiene que mucha gente que muere y que despierta en la región inferior del mundo astral, se encuentra a menudo y se cree que continúa viviendo en el mundo físico, pululando, sin tiempo, entre dos planos.

3. El cuerpo mental. Este vehículo de conciencia, sostiene Besant, pertenece a los cuatro niveles inferiores del Devehán, de cuya materia está formado. El cuerpo mental, sigue diciendo, es el vehículo del Ego, del Pensador, de la inteligencia. "Está formado de materia sutil; en cuanto a sus funciones, es el vehículo inmediato, en el cual el Yo se manifiesta como inteligencia; respecto a su crecimiento, crece vida tras vida en proporción del desarrollo intelectual...

Gracias a Argelia Tejada, conocí los trabajos de una gran investigadora sobre la muerte, la siquiatria Elizabeth Kubler-Ross, quien dedicó toda su vida profesional a estudiarla: el tránsito de la vida a la muerte, la despedida de los moribundos del mundo real y sobre todo, la posibilidad de que en la otra vida, los muertos, transformados en otra esencia, pudieran tener señales y contactos con sus seres queridos desde las otras dimensiones.

La autora cuenta en el libro "La rueda de la vida",² el caso de Manny, su ex marido y padre de sus hijos, otro reconocido

²Elisabeth Kubler-Ross, La rueda de la vida, Barcelona, Ediciones B, SA, 2000.



médico y científico, quien en desacuerdo con su non ortodoxa visión de la ciencia, rompió profesional y sentimentalmente con ella. Después de una larga enfermedad, Manny sucumbe. En su lecho de moribundo, Elisabeth le rogó a su ex compañero sentimental que le diera una señal cuando estuviese en el mundo de los muertos. Días después de enterrado, su hija, el ser que más amaba, encontró un ramo de rosas rojas, sus flores favoritas, sembrado en la nieve, señal inequívoca del amor de su padre fallecido.

En este libro, "La rueda de la vida", una impresionante autobiografía, la intrépida siquiatria nos relata las diferentes etapas que el ser humano tiene que vivir para pasar del mundo material, lo que denominamos vida, al mundo inmaterial, que llamamos muerte. En sus palabras:

*"Esos extraordinarios hallazgos condujeron a la conclusión científica aún más extraordinaria de que la muerte no existe en el sentido de su definición tradicional. Pensé que cualquier definición nueva debía trascender la muerte del cuerpo físico; debía tomar en cuenta las pruebas que teníamos de que el hombre posee también alma y espíritu, un motivo superior para vivir, una poesía, algo más que la mera existencia y supervivencia física, algo que continúa."*⁵

Dice la siquiatria Kubler Ross que la muerte nos llega cuando "hemos hecho todo el trabajo que nos ha sido encomendado al enviarnos a la Tierra", entonces, sigue reflexionando, "se nos permite desprendernos del cuerpo, que nos

⁵Ibid., p. 255.



aprisiona el alma como el capullo envuelve a la mariposa..."⁴ Afirma que no importa la forma de morir, violenta o por enfermedad, en la muerte no hay dolor ni miedo, ansiedad ni pena, sólo existe el agrado y la serenidad de una transformación en mariposa. En sus investigaciones la doctora Kubler Ross llegó a la conclusión de que cuando llega la muerte se suceden cuatro fases, veamos:

Primera fase: En esta fase, la persona que acaba de morir, sin importar las causas (suicidio, accidente, enfermedad o asesinato) sale flotando de su cuerpo, como la mariposa que sale del capullo, pero adopta una forma etérea. Sabe lo que ocurre y observa como espectadora, el escenario donde ella misma es el centro de la escena.

Segunda fase: Aquellas personas que salen de sus cuerpos se encuentran en un estado después de la muerte en que todo es espíritu y energía. Dice la investigadora, que fuera cual fuera el lugar o la forma en que se muere, las personas son capaces de ir a cualquier parte a la velocidad del pensamiento; aunque sus seres queridos estuviesen al otro lado del mundo. "Esta fase es la más consoladora para las personas que lloran la muerte de un ser querido, sobre todo cuando éste ha tenido una muerte trágica y repentina."

Tercera fase: Es el momento, según la investigadora, en que los muertos, entran en un túnel o una puerta de paso, y detrás de ella o al final de este túnel se ve una luz brillante que es la fuente de la energía del universo.

Cuarta fase: Lo define como el Encuentro con la Fuente Suprema, lo que algunos llaman Dios. En ese estado la persona

⁴Ibid., p. 256.



haría una revisión de su vida, un proceso en el que ve todos los actos, palabras y pensamientos de su existencia.

Durante los meses que estuve entrevistándome con las diferentes personas que conocieron a Minerva, les comenté mi intención de escribir el monólogo en la cuarta dimensión, y me sorprendió no sólo la aceptación, sino que me contaron experiencias vividas, que a la luz de estas teorías no podían ser otra cosa que señales de Minerva desde el mundo inmaterial. Minou por ejemplo, tuvo la confianza de narrarme un sueño que le pareció tan real cuando apenas era una niña, que todavía lo recuerda como si hubiese sido ayer. Más aún, me dice, las palabras de su madre en ese sueño han sido un importante aliciente durante toda su vida. Por su parte, Sina Cabral me contó dos historias similares; una vivida la misma noche del asesinato, estando ella en el exilio en Buenos Aires. Narra Sina con impresionante realismo que esa noche sintió cerca a Minerva pidiendo auxilio. Asimismo, en otra oportunidad me dijo que tuvo un sueño con las tres hermanas, las cuales habían ido a visitarlas sólo para despedirse y darle un abrazo. La narración de Tonó fue de las más interesantes, pues ella también vivió una experiencia similar el día del asesinato, cuando cansada de esperar se fue a dormir, y entonces sintió a Patria a su lado que le agarraba las manos y le pedía por su pequeño hijo Raúl. Todas estas historias me hicieron confirmar mi intuición inicial, lo cual me llenó de alegría.

Escribir este monólogo ha sido una experiencia singular. Me ha llevado por caminos desconocidos. Siempre he tenido un profundo respeto por la muerte. Cuando era niña el tema me atormentaba y me aterraba, tenía miedo de ese mundo desconocido, extraño y lejano. Al morir mis padres, especialmente



mamá, me he obligado a replantearme el tema como un signo vital indiscutible, a sabiendas de que la única certeza que tengo por estar viva es que mi muerte y la de los míos es un hecho futuro innegable.

Conocer a Minerva Mirabal a través de este monólogo, sumergirme en los detalles de su vida, contactar a la gente que la amó, a los suyos que lloraron su partida tan trágica e injusta, me ha obligado a replantearme el tema de la muerte. Morir es un designio de la vida, pero matar es atribuirse para sí una función que sólo Dios, en el caso de los creyentes, o la existencia misma, para aquellos que no creen en la trascendencia, puede hacer. La historia ha demostrado que muchos hombres y mujeres, errando en su propia percepción, se han creído poseedores de un designio especial para arrancar la vida a otros seres. Dice Elisabeth Kubler Ross que estamos en el mundo con un tiempo determinado, para terminar tareas que nos fueron asignadas. Yo me pregunto siempre ¿es posible aceptar la muerte de un ser querido, cuya vida ha sido violenta e injustamente interrumpida? ¿Existe alguna diferencia de morir? ¿Significa que las tareas asignadas por el destino se cumplen de todas maneras aun en los casos en que se ha arrebatado la vida? No tengo respuesta a esas ni a otras preguntas. La complejidad de la vida y de la muerte escapan a mi limitada capacidad de pensar y razonar.

No tengo seguridad alguna de que la cuarta y las dimensiones siguientes existan. Creo que la muerte, además de imperativo ha sido, es y será siempre un enigma. ¿Existe la vida después de la muerte? Tengo la confianza de que así sea. Mis convicciones religiosas, mi profunda fe cristiana, mi certeza de que existe Dios, mi deseo infinito de reencontrarme con



los seres queridos, me hacen creer que sí existe. Pero esta afirmación es estrictamente personal.

Las lecturas que hice sobre la muerte, me permitieron construir un discurso, un manojó de reflexiones y pensamientos de una mujer, Minerva Mirabal, quien desde la cuarta dimensión, analiza, escudriña, interpreta, juzga y recuerda su vida y el mito en que se ha transformado.





Minerva Mirabal y sus dimensiones humanas

*¿Estaba Minerva? Estaba
¿Estaba Patria? Estaba
¿Estaba María Teresa? Estaba
Estaban las Mirabal.
Encendido en cada pecho
El dolor / la cruz
Cborro de sangre los ojos
Lágrimas de tantos buesos...
Las tres amaban la Patria
El tambor / la libertad
Las tres rodaron / cada una
Era bandera
Una bandera muy grande
Que aprisionaba sus cuerpos
Con la carne destrozada.
Donde flotan las banderas
Lloran por la libertad
Minerva / Patria / María Teresa
Que bellas en el tope están
Las hijas de Doña Chea
Madre de las Mirabal."*

Aida Cartagena Portalatín,
Cantan las Mirabal

Conocía de manera general y por qué no, también superficial, la vida de las hermanas Mirabal. Minerva, la más intrépida y comprometida de las cuatro (¿Dedé por qué siempre te dejamos fuera?). Era uno de mis personajes favoritos y admirados, pero claramente desconocido. Durante muchos años viví inmersa buscando los vericuetos existenciales y políticos de Lilís, Báez y Espaillat; para luego dedicarme, en los últimos cinco años de mi vida a estudiar la política exterior dominicana. Concentrada como estaba en mis investigaciones anteriores, había dejado para después el conocimiento de Minerva Mirabal.



Confieso que me he quedado maravillada ante la Minerva que se ha desnudado ante mis ojos. He visto con detenimiento sus fotos; las publicadas en los libros y reportajes sobre las hermanas, las que engalanan las paredes del museo, pero también imágenes inéditas de Minerva, gracias a la cortesía de algunas de las personas que entrevisté. En todos estos testimonios gráficos me he encontrado con una mujer segura de sí, poderosa, por su capacidad de influir en las personas que la rodeaban. Durante estos meses de lecturas, entrevistas, visitas y anotaciones, he tenido ante mí a una mujer valiente, aguerrida, comprometida, romántica, alegre y poderosamente atractiva.

Los diversos instrumentos de investigación han permitido que me acercara tanto a ella, que casi siento que la conocí personalmente. A sabiendas de que disfrutaba profundamente con las flores, he llegado a imaginármela arreglando el jardín en Ojo de Agua; vi el camino de piedras que construyó y que todavía permanece intacto, en el santuario de Dedé, y la imagino, tozuda como dicen que fue, colocando animosamente cada piedra. Todo el mundo ha confirmado su amor por la poesía y de las largas noches dedicadas a memorizar y recitar los versos de sus poetas favoritos. Releyendo los poemas que memorizó y recitó una y otra vez con Violeta, Sina o Ángela, casi la escucho recitando el Nocturno de José Asunción Silva; o aquella triste historia, según me relató Violeta Martínez, la amiga de infancia, de San Francisco de Macorís, que siempre aparecía en las noches de romanticismo. Cuenta Violeta que esta historia desgarradora y triste se refiere a una pareja de esposos quienes producto de su pobreza, deciden entregar a uno de sus hijos.



Desconsolados por el hecho, se paran delante de las dos cunas, para decidir a cuál entregarán; al final, los esposos no regalan a ninguno de sus hijos. Minerva terminaba la historia y recitaba siempre el mismo trozo del poema: *"Querido Juan que me amas todavía, con la misma ternura de aquel día en que el cielo bendijo nuestra unión... ¿Cuál ha de ser Dios mío? Yo al esposo miré y él me miró... Querido Juan..."*

A través de las lecturas, entrevistas y visitas; de las palabras expresadas, de los gestos, las miradas, las lágrimas contenidas; he conocido el drama de esta familia, pero sobre todo, la dimensión humana de la historia. He estado vinculada al relato histórico y a la reconstrucción del pasado por algo más de dos décadas. Mis relaciones con los personajes de mis historias eran extremadamente frías. Los conocí a través de los documentos consultados en impersonales archivos. Fui feliz mientras descubría hechos y sucesos. Me dediqué por años en cuerpo y alma a esas tareas. Hoy descubro que sólo pude llegar al umbral de la interpretación intelectual. Mi alma fue celosamente resguardada para dar paso a una escritura científica, con intentos de objetividad. La dimensión humana no estaba presente en mis relatos, a pesar de mis intentos por conocer todas las intrínquilis en la vida de mis personajes. Lilis, U'lises Heureaux,¹ por ejemplo, ya lo he dicho en varias ocasiones, reconociendo su condición de dictador y todas las secuelas que esta denominación implica, su personalidad me sedujo.

¹Me refiero a mi libro "U'lises Heureaux: Biografía de un dictador", Santo Domingo, Intec, 1987.



por su inteligencia y arrojo. Buenaventura Báez,² por ejemplo, no me produjo ninguna seducción ni embrujo. Su figura y personalidad, a pesar de haber sido un “bon vivant”, no me resultaron atractivas. Mi relación con Espailat, por ejemplo, fue diferente a la que tuve con los otros dos personajes. Su vínculo con la historia no fue por su participación en la vida política dominicana, sino por la profundidad de su pensamiento y su actitud ética ante la vida y la participación política; por eso amé y disfruté profundamente hacer esa investigación.³

Este monólogo fue una nueva experiencia de investigación. Tuve que hacer uso, como antes, de los recursos aprendidos durante los procesos investigativos. A diferencia de los trabajos anteriores, no tenía la preocupación de hacer reconstrucciones exactas de los hechos históricos, los datos recolectados pasaban a una fuente importante para elaborar un discurso, en el cual, apegado a la verdad histórica, podía hacer uso de la imaginación creadora. Y esa nueva dimensión de mi vida de escritora me resultó extremadamente atractiva.

La idea de escribir este monólogo a partir de la cuarta dimensión, es decir, una Minerva hablando desde su nueva realidad, una nueva esencia, configurada a partir de la energía vital, que ha visto el discurrir de la vida durante 41 años, de la historia que ella misma escribió con su sangre, que ha sido testigo silente, pero siempre presente de la vida de sus

²Aquí estoy hablando de mi segundo libro, Buenaventura Báez. El caudillo del Sur, Santo Domingo, Intec, 1990.

³Esta investigación fue mi tercer libro: Una utopía inconclusa. Espailat y el liberalismo dominicano del siglo XIX, Santo Domingo, INTEC, 1997.



hijos, de los hijos de sus hijos, de sus sobrinos, de su hermana, sus amigos y enemigos, es el producto de mi imaginación. La investigación sólo me permitió conocer, con cuatro décadas de distancia, a la Minerva Mirabal niña, a la adolescente llena de una energía vital extraordinaria y a la joven mujer, que apenas al iniciarse en el mundo adulto, el vil sátrapa se llevó.





El estilo, la estructura y la forma del relato

Mientras hacía las entrevistas, me atormentaban muchas cosas. Cada información nueva, cada idea nacida de las conversaciones, me obligaban a hacerme nuevas preguntas: ¿Cómo desdoblarme para escribir asumiendo la vida, el estilo y la forma de mi personaje? ¿Debo ser crítica o complaciente? ¿A qué darle prioridad a la Minerva mujer, la Minerva hija convertida luego en madre, o a la Minerva política? ¿Dejarme llevar y hacer una apología más de esta gran mujer? ¿Cómo evaluar la Minerva histórica?

Lo primero que hice fue leer algunos monólogos que Edilí y Ovalles me facilitaron. Uno de ellos me impactó sobremedida. Leí con verdadero deleite “Diatribas de Amor Contra un Hombre Sentado”, escrito nada más y nada menos que por Gabriel García Márquez. En ese trabajo se evidencia la extraordinaria imaginación de este gran escritor y sobre todo su dominio del lenguaje escrito. Me cuentan que la puesta en escena de esta obra tuvo un extraordinario éxito en la persona de Edilí, consolidándose como actriz no sólo de comedia, sino también de drama.

Durante días enteros estuve pensando cómo debía iniciar y terminar este trabajo. En varias oportunidades conversé con



Ovalles sobre algunas de mis ideas, compartimos y nos entusiasmos juntos, mientras le daba forma concreta a mi imaginación. Antes de sentarme a escribir este monólogo, tomé varias decisiones:

–El personaje de Minerva Mirabal sería tratado fundamentalmente en su dimensión humana. El personaje histórico ha sido ya muy estudiado y difundido.

–El relato tendría dos grandes partes. La primera se centraría en los detalles de la vida de Minerva, para lo cual tuve que recurrir a los instrumentos que me ha dado la investigación histórica. Qué hizo, qué no hizo, qué pensaba, cómo caminaba, cómo vestía, qué le gustaba, sus amigos, su actividad política, su amor por Manolo, sus hijos, etc.

–La segunda parte, sería a partir de 1960, es decir 41 años después. ¿Cómo evalúa la Minerva –energía, el desarrollo de la historia que ella ayudó a construir? ¿Estaría conforme con los resultados? ¿Estaría de acuerdo con haber pagado el precio que pagó para hacer lo que consideraba correcto como mujer comprometida? ¿Sabía ella que se convertiría, junto a sus hermanas, en heroínas nacionales y en símbolos de las luchas de las mujeres de todos los tiempos?



La consulta de materiales

Mis reflexiones y decisiones estuvieron acompañadas de lecturas sobre Minerva Mirabal. Busqué por donde pude, y lo cierto es que encontré muy pocos libros. Algunos incluso no son lo suficientemente profundos como para llamarlos investigaciones. Creo que mi instrumento más útil fue sin duda la investigación de William Galván, siendo hasta el momento la biografía más completa, científica y objetiva sobre esa gran líder política que fue Minerva Mirabal. Indagué por Internet también. Me encontré con la página electrónica de la Fundación, imprimí alguna información. Compré en el museo los pocos libros que tienen sobre las muchachas, incluyendo el de Leandro Guzmán, “De espigas y fuegos”, quien además de haber sido un militante activo del 1J4 era el esposo de María Teresa y padre de Jacqueline, la única descendiente de la menor de las Mirabal. Este relato no me impresionó mucho, sin embargo me aportó algunos detalles interesantes sobre la época y especialmente sobre la vida de las muchachas.

Julia Álvarez y su notable novela “En el tiempo de las Mariposas”, fue una inspiración. Había leído la novela y me había encantado. Cuando empecé a escribir, decidí no volver a abrir el libro, pues no quería sentir su influencia en mi



trabajo. La literatura de Julia Álvarez es muy poderosa y debía evitarla a toda costa en el momento crítico de escribir. A pesar de la inexistencia de una amplia bibliografía sobre las Mirabal, lo poco que encontré me ayudó mucho, unos como información, otros para convencerme que debía hacer algo diferente.

José Rafael Lantigua, un amigo siempre dispuesto a colaborar, me ayudó mucho en el proceso. Me localizó muchas, casi todas, las poesías que Minerva amaba recitar. Luego me obsequió la obra "Yo, Rubén Darío" de Ian Gibson, un gran literato español de origen inglés. Cuando recibí el libro me emocioné. La obra llegó a mis manos cuando el monólogo había sido escrito y su título seleccionado. Coincidencias de la vida. El autor, Ian Gibson, escribió las memorias póstumas de Rubén Darío, al que calificó como "un Rey de la Poesía", también en la cuarta dimensión. Inicia la lectura con el relato en primera persona del poeta nicaragüense: "Yo me morí en la ciudad de León a las diez y dieciocho minutos de la noche del 6 de febrero de 1916...". El relato se inicia con la sorpresa que provocó su muerte, y a partir de entonces, el propio Rubén Darío habla de su nacimiento, de los avatares de su vida, de sus primeros versos, de su éxito como poeta, de su pasión por las mujeres y el alcohol... Al final, el propio poeta hace un balance de su vida. Se arrepiente de algunas cosas, valora otras tantas: "Fui comprendiendo poco a poco que, sin el sufrimiento, compañero mío inseparable desde que naciera, no existiría mi poesía, ni la de ningún poeta auténtico. Ello me consolaba y nunca dejé de agradecer a Dios y a los dioses el alto don que se me había concedido..."

Finaliza como comenzó, hablando de su muerte física y de la superación de su estilo poético: "Cuando yo me morí, en



medio de la más obscena contienda bélica..., el modernismo ya no tenía nada más que decir, e intuí que, una vez apagadas las llamas devastadoras, la nueva poesía española e hispanoamericana reaccionaría contra la mía. Y así sería, por ley irreversible...”

Como lo hizo Ian Gibson con Rubén Darío, la Minerva de mi relato también habla de su vida, de sus tiempos felices, de su familia, de su vida política, de su amor y de sus hijos, pero sobre todo pone en una balanza para evaluar los principales hechos de su vida. Contado también en primera persona, Minerva reafirma su convicción de mujer comprometida, llega al mundo de los vivos, observa, valora, evalúa y juzga... al final, acepta con resignación lo que encontró y parte de nuevo a la dimensión que le pertenece.

Esta hermosa coincidencia me sorprendió, pero me tranquilizó enormemente el saber que mi idea de una Minerva energía que regresa al presente, para evaluar el pasado, no era algo descabellado.





Agradecimientos

Convencida de que la vida se hace más fácil si cuenta con la ayuda de los demás, este monólogo es el resultado de las observaciones de muchas personas. De manera generosa, un grupo de amigos y amigas leyeron con interés el borrador que les presté. Incorporé lo mejor que pude sus observaciones.

Mi familia fue un testigo activo de este trabajo. Arancha y Rafelito, mis hijos, acompañaron el proceso, leyendo conmigo algunas de sus partes. Mi esposo Rafael, fue un observador y lector muy crítico, que me hizo incluso eliminar algunas páginas.

Mi amiga Amparo de Mejía fue una lectora concienzuda y cuidadosa. Frida de Villamil y César Fañas, leyeron el texto y le pusieron el ingrediente esotérico. Sus observaciones fueron muy valiosas, por cuanto me introduje en un tema que no dominaba. Wenceslao Vega fue el historiador elegido. Su formación y sobre todo su participación activa en la lucha anti-trujillista me fueron muy útiles para evaluar críticamente algunas descripciones que hago de los sucesos. Juana Hernández, mi fiel asistente de investigación, me ayudó mucho en la localización de fuentes y la transcripción de notas. Mientras



escribía, Rafael Ovalles acompañó el proceso, no sólo participando activamente en las entrevistas, sino leyendo cada página que escribía.

Agradezco de manera especial a Minou Tavárez Mirabal y a Doña Dedé. Siempre quise que el monólogo fuera fiel a la realidad, y quién mejor que la familia para hacer este juicio. Cuando conversé con Doña Dedé, días después de que se lo enviara, me dijo que había llorado mucho. Se sorprendió con algunas escenas del relato, pues según ella, eran fieles a la realidad. Con Minou fue más especial. Me interesaba mucho su opinión, no sólo como hija de Minerva y Manolo, sino también por su formación profesional. Filóloga al fin, me hizo una serie de concienzudas observaciones y críticas, que acepté con la mayor humildad posible.

Giovanny Cruz, el reconocido director teatral, también hizo sus aportes al texto. Le gustó mucho el estilo y la novedad utilizada: Minerva hablando desde la cuarta dimensión. En la conversación figuró algunas escenas y todo los presentes nos entusiasmos mucho con su energía y entusiasmo. Dijo, sin embargo, que a algunas escenas, se le debía dar el lenguaje teatral.

El último lector de este texto fue José Rafael Lantigua. Ovalles y yo lo elegimos por muchas razones. Le pedí el favor de leer el texto, por sus conocimientos como literato, pero también por su amor al teatro y a la actuación, pues como él mismo me confesó en su carta de observaciones al monólogo, hubiese sido actor. "Siempre he dicho que si me hubiese criado en Santo Domingo hubiese sido actor y hoy, tal vez, dramaturgo..."

Esperé un tiempo para que pudiese leer el trabajo con la paz de espíritu necesaria. Un día, recibí una carta, un libro y



los borradores corregidos. Leí con fruición y avidez la misiva, pues me interesaba mucho su opinión. Le gustó, pero me hizo una serie de observaciones importantes. Creo que las tomé en cuenta, tanto, que me obligó a sentarme de nuevo en la computadora, a releer de nuevo el texto en base a sus críticas y a incorporar las sugerencias.

De todas maneras, todos estos amigos y amigas que sólo por amistad, dedicaron un tiempo valioso a leer y sugerir, no son responsables del texto. Lo que de aquí ha resultado es de mi responsabilidad absoluta.





Unas palabras finales

Consciente de que escribía un monólogo para teatro, puedo jugar un poco con mi imaginación. Basándome en las verdades históricas recogidas durante las entrevistas, en documentos e investigaciones, construí mi propia Minerva Mirabal.

La Minerva Mirabal que sale en estas páginas siguió siendo la aguerrida, hermosa, valiente, romántica y espontánea mujer que todos recordamos, pero quizás puse en sus labios consideraciones muy mías, al querer hacer una reflexión sobre los mitos que construyen los pueblos. Imágenes que a fuerza de elogios casi sobrenaturales, olvidan su condición humana, haciendo del mito un dios o una diosa que a ojos de todos debe llegar casi a la perfección, modificando la propia realidad.

Creo también que la historia de las Mirabal debe volver a escribirse. Minerva fue una mujer extraordinaria, afirmación que escribo con absoluto convencimiento. Sin embargo, no hemos sido justos en el análisis de María Teresa, como dice Sina Cabral. Ella no fue la hermana pequeña que siguió a la mayor o al esposo revolucionario, sino una mujer de profundas convicciones que se entregó en cuerpo y alma a una causa por la que creía. Patria Mirabal, se vinculó quizás por accidente, pero ella y su esposo Pedro, fueron víctimas de la



represión y la rabia del dictador; sufriendo en carne viva los horrores de la violencia estatal.

Todo el mundo habla de “Las tres hermanas Mirabal”, pero hay una cuarta hermana. Dedé Mirabal es esa cuarta, la que vivió para contar la historia. Es reconocida como la mujer que luchó para tener en alto el valor y el heroísmo de sus hermanas asesinadas. Sin embargo, yo creo que Dedé, ha sido, es y será siempre, como sus hermanas, una verdadera mariposa. Asumir el compromiso, junto a su madre de criar unos niños huérfanos, educarlos con una visión positiva de la vida, sin olvidar el pasado y en medio de un ambiente hostil, no fue tarea fácil. Y más aún, luchar para situar la memoria de sus hermanas en el corazón del pueblo, recordar que su sacrificio no fue en vano y lograr que hoy sean las Mirabal un ícono de la lucha de las mujeres, sólo puede ser el producto de un ser extraordinario. Las mujeres de hoy tenemos una gran deuda con Doña Dedé. Imitar su optimismo vital, debe constituirse en un objetivo. Trabajar tanto como ella, como las hormigas de su jardín, debe ser motivo de orgullo y de ejemplo a seguir por nuestro género. Pero lo que más me impresiona de Dedé es su disposición permanente de contar una y otra vez, ad infinitum, la historia de sus hermanas. Recibir a todos los que quieren conocerla con la misma sonrisa. Abrir su casa a gente extraña, para mostrarle sus recuerdos, y poner a la disposición de quien quiera su pequeño espacio vital, sólo puede ser realizado por alguien verdaderamente excepcional. Creo que vivir como ella, es sencillamente un canto a la esperanza. Minerva Mirabal y sus hermanas, fueron mujeres de su tiempo, que asumieron los retos de ese tiempo con valor y sacrificio.



Finalizo estas reflexiones asumiendo como mías las palabras de Minou en el acto en que los restos de las hermanas y de Manolo, fueron llevados a descansar ¡por fin! a Conuco:

“Los verdaderos héroes, dice la periodista española Rosa Montero, son seres normales que en circunstancias excepcionales son capaces de crecerse hasta dar el máximo. Luego pasados los momentos críticos y los años del frío, los verdaderos héroes se sumergen de nuevo en el anonimato, en esa cotidianidad sensata y sustancial de la que son paladines. Con este acto debemos hacer reverencia a muchos otros héroes, luchadores por la libertad que durante más de tres décadas se involucraron en la resistencia, poniendo con ello en peligro no sólo sus propias vidas sino los de los todos los miembros de sus familias.”



¹Discurso de Minou Tavárez Mirabal en el acto “De vuelta a casa” noviembre del 2000.



El monólogo...



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

¡Yo soy Minerva!

CONFESIONES MÁS ALLÁ DE LA VIDA Y LA MUERTE



De vuelta al mundo 43 años después

No sé cómo ni por qué he vuelto a este mundo y a esta tierra que me obligaron a abandonar. Regreso desde la nada, procedente de donde no existe el día ni la noche ni los minutos ni las horas ni la distancia. ¡He vuelto! ¡He vuelto! ¡Hace tanto tiempo! ¿Cuántos años hará? ¿Qué día es hoy? Debo saber. Necesito alguien que me ayude. Un señor lee la prensa. Iré a ver. ¡Dios mío estoy en el 2003! ¡Cuarenta y tres años! ¡Cuatro décadas de dolores, lágrimas, recuerdos, olvidos, ironías, rencores! ¡Cuatro décadas también de perdón! He dicho perdón. ¿Acaso no debemos aprender a perdonar? Yo aprendí a perdonar. A pesar de los atropellos y los golpes, he perdonado.

¡Qué extraño me parece este lugar! ¡Todo es tan distinto! ¿Dónde estoy? ¿Qué lugar es este? Unos carteles me indican que estoy en el Distrito Nacional. Avenida John F. Kennedy. Una flecha blanca señala la ruta hacia Santiago ¡Santiago! Momentos inolvidables viví allí!. ¡Cuántas alegrías, en aquellos tiempos en que sólo me rodeaba felicidad!

Los recuerdos me agitan. Intento los olores y los colores de esta ciudad que una vez fue parte de mi vida. Corro, corro, corro apresurada. Tal vez así puedo encontrar la vía de volver a la nada. Es inútil, no puedo. Sigo aquí, detenida en este



mundo que ya no es mío. Detengo la marcha. Me pregunto: Minerva ¿pero qué haces? Camino entonces buscando reconocer las cosas. Calles arriba, calles abajo, avenidas, puentes... No encuentro nada familiar. ¡Todo es tan distinto! Esas grandes avenidas con sus puentes colgantes y los subterráneos me sorprenden y aterran. ¡Cuánta gente! ¡Cuántos carros! ¡Qué edificios tan altos! La gente camina con pequeños teléfonos en sus oídos. Caminan y hablan. ¿Escuchan? ¿Cómo lograrán hacerlo?

¿Habrá alguna cara familiar entre la muchedumbre? Busco los rostros. ¡Nada! No conozco nada. No conozco a nadie. Trato de tocarlos y no puedo. Quiero hablarles y no me escuchaban. Trato de detenerlos y siguen sobre mí, sin atropellarme, sin herirme, atravesando mi cuerpo... me ignoran. ¿Será que no pueden verme? ¿Será que no me escuchan? ¡Hola! ¡Hola! ¡Señor, señor! ¿Me escucha? ¡Joven! ¡Joven! ¿Me puede decir dónde estoy? Siguen todos su marcha, sin percatarse de mi presencia...

Estoy entre ellos sin estar. ¿Qué hacer? ¿Seguir así? ¿Haciendo que? Ya está, debo aprovechar este regreso. Debo reiniciar el recorrido. Minerva, tienes que buscar las cosas que conocías. Así no te sentirás tan sola. Además, ¿por qué no recordar? Apresuro el paso. Iré en dirección de las calles conocidas ¡Que pocas quedan! Esta ha de ser la calle El Conde. Ahora es peatonal. Una multitud camina sin prisas, parece que no va a ninguna parte, pasea sin comprar. Voy a la Catedral. Necesito verla de nuevo. Permanece igual que en mis recuerdos. Oscura, iluminada sólo con las escasas luces que penetran los vitrales. Siguen reposando allí los llamados "personajes importantes" de la historia ¿Por qué importantes? Hay gente extraña, parecen extranjeros, hablan inglés y francés.



Entran y salen. Un guía les explica cosas que a todas luces a ellos no les interesa. Miran, algunos lo hacen con atención. ¡Que extraña sensación! Ahora parece que mucha gente se gana la vida trayendo visitantes para que conozcan el país.

Debo volver afuera. Caminaré por mis calles conocidas. Aquí está la José Reyes, la misma que termina o comienza, ya no recuerdo bien, por la Padre Billini. Casi al llegar a la intersección, veo de nuevo esa hermosa edificación inspirada en la arquitectura árabe. Arcos de medio punto, cerámicas de motivos distintos adornan su frente y hacen más veraz su mirada al Medio Oriente. Me detengo. Un pequeño letrado llama mi atención: "Museo de la Porcelana". Entro de inmediato. Observo todas las piezas. ¿Quién habrá tenido la idea y el cuidado de preservar esta hermosa colección? Subo las escaleras. Parece una vivienda que bien podría ser la continuación del museo. Nuevas piezas de porcelana china, francesa... dibujos... objetos de arte, recuerdos de alguien que vive en el presente, manteniendo vivo el pasado. Entro a un pequeño cuarto, parece ser un estudio. Hay tres fotos: dos hermosas mujeres y un guapo hombre, todavía muy joven, me impactan al entrar. ¡Dios mío! ¡Pero esa soy yo cuando la juventud era mi signo y no conocía el sufrimiento! ¿Quién es la otra? ¡Santo Cielo! ¡Es Violeta, Violetica, Violetica Martínez! El hombre de la foto también lo reconozco. ¡Es Tobías Emilio Cabral. ¡Larry, nuestro Larry!. De su vida ya sé su destino. Nos encontramos en la nada.

Debo seguir indagando por esta vieja casa. Vuelvo sobre mis pies. Hay alguien sentado en una máquina de escribir. Es una diminuta mujer entrada en años. ¡Que aparato tan diferente a mi vieja máquina de escribir! ¡Cuánto ha cambiado ese pequeño artefacto! Parece que es eléctrico. No usa



hojas. Lo que escribe se refleja en la pantalla. Impactada por el nuevo aparato, olvido examinar al rostro. ¡Es Violetica! ¡Oh, Dios si pudiera abrazarla!

Le hago preguntas, a sabiendas de que no puede escucharme. ¿Todo el tiempo que estuviste en New York te dedicaste, para vivir y sobrevivir, a la reparación de la porcelana, bajo la tutela de la Familia Bannett? ¿Habrá sido este Museo tu sueño Pequeña Violeta, Violetica? ¿Querías ser eso, especialista en porcelana? ¿Qué ha sido de tu vida? ¿Con quien hablas de libros? ¿Sigues detestando a Víctor Hugo? ¿Has perdonado su estilo rebuscado y predecible, como decías en nuestras largas pláticas y disquisiciones? ¿Sigues soñando con un mundo mejor? ¿Y la poesía todavía forma parte de tus días? Hay un montón de papeles amarillos, reposando en un viejo librero. ¿Tendrás todavía guardadas las cartas que te enviaba desde mi exilio dorado en Ojo de Agua? ¿Dónde estarán las que me mandaste desde el tuyo, desesperantemente triste de New York, cuando saliste huyendo de la mano asesina del tirano? ¿Quien las habrá guardado? ¿Cuántas lágrimas derramé al leerte, pensando la soledad y la tristeza que sentías! ¡Allí cuando tuviste que abandonar tu vida, tejida en el pequeño e inmenso mundo mocano! ¡La profesora Violeta! ¡Que orgullosa te sentías! ¡Cuánto te envidié sabiendo que disfrutabas, en medio del dolor, de una gran urbe, mientras yo seguía obligada y sumergida en mi lejano Ojo de Agua! ¡Yo que soñaba viajar! ¡Yo que ansiaba recorrer el mundo!

Te hablo y no escuchas. Sigues escribiendo. Veo que escribes un libro sobre la porcelana: "Estudio sobre el arte cerámico. La porcelana". Decido entonces observarte, ver cómo trabajas. Un pensamiento de Voltaire encabeza tu reflexión: "La historia de la cerámica es la historia de toda la humanidad". Sigues tan



activa como cuando éramos jóvenes, cuando la poesía nos arropaba y envolvía, haciéndonos olvidar del mundo. Te veo envuelta en esa montaña de papeles. Continúas tan menuda como antes, un poco encorvada ya. Tu rostro refleja el indetenible paso de los años. ¡Qué blanco está tu pelo! ¡Cuánto ha perdido de su brillo y frondosidad! ¿Recuerdas Violetica el día en que consideré que tu cabellera ya no se veía tan bella y sin preguntarte nada, tomé una tijera y la corté? ¡Me parece estar viendo tu cara de sorpresa y enojo! ¡Qué tiempos aquellos Violetica!

Al verte me pregunto ¿Tendrá también mi figura el paso inclemente de los años? ¿Estará blanco mi pelo? ¿Tendré arrugas en el rostro? ¿Habrá cambiado mi cuerpo? ¿Me habré disminuido con el paso de los años? Me miro al espejo. Sólo encuentro una luz que refleja desde lejos un rostro detenido en el tiempo, como envuelto en un extraño velo. Se me parece a la mujer que recuerdo que era, pero no soy la misma de antes. Mis ojos han perdido su brillo, mis labios su frescura, mi pelo su vida y su movimiento. Mi cuerpo sigue siendo el de una mujer joven, en la plenitud de sus 34 años. Hago de nuevo conciencia de que volví de la nada y ya no soy, no puedo ni podré jamás, ser humana, como eres tú, pequeña Violeta.

Me coloco detrás de ti. Te observaré sin tiempo. Te acompañaré en tus ir y venir. Sales de una habitación y entras en otra, abres tu pequeña nevera buscando calmar tu sed, contemplas de vez en cuando tu patiecito lleno de sol... Observas el mundo, desde tu rincón de recuerdos. ¿Hace cuánto estoy aquí? ¿Acaso importa? Debo partir, continuar mi recorrido. Adiós Violetica.

¿Qué habrá sido de la calle Santo Tomás de Aquino? ¿Y de la casa de Doña Chelito Conde, allí donde viví momentos de alegría en mis tiempos de estudiante? ¿Qué apariencia tendrá



ahora la calle Ramón Santana donde estaba la pensión donde vivió Manolo, mi Manolette? ¡Cuantos recuerdos! Las casas siguen siendo las mismas, pero con un aire diferente. El tiempo todo lo borra. Y me doy cuenta y me convenzo de que las cosas se preservan únicamente en la memoria de aquellos para quienes su existencia tiene algún significado. ¿Qué habrá sido de Doña Chelito y sus hijitos, Tony y Narciso? ¿hijitos? ¡Si han pasado 43 años! ¡El pequeño Narciso! ¿Qué habrá sido de él?

Debo seguir rondando. Parece que estoy en la zona universitaria. No puedo reconocer la vieja casa de la tía Isabel Justo, la buena mujer que nos acogió a Manolo y a mí. Estoy en la universidad, mi universidad. “Universidad Autónoma de Santo Domingo”, pero si han cambiado su nombre. Tiene muchas y nuevas edificaciones. Una pared que la bordea y aprisiona. ¿Por qué la habrán amurallado así? Veo caminar a muchos jóvenes apresurados. ¡Que diferente está! Se respira libertad. No hay miedo de hablar. ¡Cuánto terror sentíamos en mis tiempos de estudiante universitaria! Los jóvenes de hoy discuten de política sin temor a ser escuchados. Uno comenta que Milagros Ortiz Bosch, la Vicepresidenta fue a visitar una escuela. ¿Una mujer vicepresidenta? ¿Será verdad? ¿Será esa Milagros la prima de las Violeta? ¿Será mi amiga, la misma que solía servirme de mensajera en mis días de encierro en la cárcel?

Levanto la vista frente al edificio donde pasé mis años universitarios. ¡Oh divina sorpresa! ¡Lleva mi nombre! “Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas Minerva Mirabal de Tavárez”. ¡Cuánto tuve que luchar para poder estudiar derecho! Libré miles de batallas. Papá se negaba a dejarme venir a Santo Domingo. ¡Al fin pude lograrlo!. Ingresé en 1952. ¡Estudiar! ¡Estudiar! Pero el sátrapa, tirano y villano de Trujillo no podía perdonarme ni el



descén, ni mis ideas de libertad. Cuando quise inscribirme al año siguiente, recibí un fuerte golpe. Las notas sobresalientes no significaron nada. El problema no era académico, sino político. Buscaba humillarme. Si quería seguir estudiando, debía pronunciar un discurso de desagravio a Trujillo. ¡Yo, Minerva, la que reclamaba y gritaba que jamás se inclinaría hacia delante, que prefería quebrarse hacia atrás, antes que doblegarme, tuve que leer, mordiéndome la lengua y con dolor profundo en las entrañas, un discurso laudatorio al Jefe! No olvidaré nunca el maldito día del 24 de octubre de 1953, la fecha natalicia de ese demonio a quien llamaban El Jefe. Cuando pronuncié estas palabras, lloré sin clemencia y en silencio en lo más profundo de mi adolorida alma. Recuerdo cada momento y cada palabra pronunciada. ¿Cómo olvidarlo?:

Nos hemos reunido aquí para testimoniar al Benefactor de la Patria un homenaje de justicia y amor, como síntesis de gratitud por las mil y una obras con que ha dado fama a las ideas de su bien colectivo, un boy floreciente de realidades y en un mañana prodigo en conquistas. Salcedo confundido en la vibración resonante de este jubiloso palpitar de corazones, respondiendo a un bondoso grito de consigna, viene a reciprocarnos con afecto, con lealtad y con el más acendrado trujillismo, los inmemorables beneficios que el noble patricio de sus conciudadanos, ha sembrado en esta fértil sementera que bajo su amparo crece la planta al beso de la lluvia bienbechora..."

Fui actriz de esta comedia trágica, es cierto, pero pude seguir estudiando. Cuatro años más tarde terminé la universidad



en 1957. Presenté mi tesis. ¡Qué título tan largo y rimbombante me busqué: “El principio de la Irretroactividad de las Leyes y la Jurisprudencia Dominicana”. A pesar de que obtuve las mejores notas con felicitaciones del jurado, el dictador siguió con su venganza. No me permitió ejercer. Nunca me concedió el permiso ¡Maldito, maldito! ¡Ojalá te pudras en el infierno!

Salgo de las murallas universitarias. Tomé la ruta de siempre. ¡Cómo olvidar las largas caminatas que hacía con mi inseparable Hortensia Marcial!. En verdad que disfrutábamos mucho juntas, querida amiga, que estás hoy en el cielo. Quiero, necesito más bien, ver de nuevo el mar, sentir la brisa y el sol. ¡Que grandioso sigue siendo Mar Caribe! Olvido que soy sólo energía vital, sin existencia física. No puedo detener con mi cuerpo la brisa calurosa que se pasea sin rumbo a lo largo de esta avenida. Existo sin existir. Sigo paseando por la larga avenida que acompaña un trozo del mar en su travesía. Me conformo con ver la danza del pelo de los transeúntes que hacen lo mismo que yo. Sus cuerpos están humedecidos por el calor. Algunos llevan prisa. Otros, me doy cuenta por sus rostros tristes y sus ropas, no tienen otro modo de hacer su trayecto por la ciudad. ¡Pobre de los pobres! ¡Siempre lo mismo!

Hay una enorme estatua que representa a un sacerdote gritando o pronunciando un sermón desde su púlpito. Por sus rasgos y posición deduzco que es Fray Antón de Montesinos, aquel valiente sacerdote que denunció ante los propios españoles encomenderos la violación de los derechos humanos de los indios. El llamado Sermón de Advientos ¿Cómo decía?

“Decid con que derecho y con que justicia tenéis en tan cruel y horrible servidumbre a estos indios? ¿Con que



autoridad habéis hecho tan detestables guerras a estas gentes que están en sus tierras mansos y pacíficos...? ¿Cómo los tenéis tan oprimos y fatigados, sin dadles de comer...? ¿Estos no son bombres? ¿No sois obligados a amadllos como a vosotros mismos? ¿Esto no entendéis, esto no sentís?"

El cielo azul compite con el mar. Hay vehículos recorriendo las calles a toda velocidad, sin importarles nada, sintiéndose dueños. El obelisco, otrora homenaje al tirano, está decorado con una impresionante pintura de colores. Representa a tres jóvenes y hermosas mujeres. ¿A quién estará dedicada esta pintura? ¿Qué habrán hecho estas mujeres para merecer este homenaje?

Voy a llegar hasta el final del sendero, acompañar el mar se ha convertido hoy en mi mejor compañía. ¡Qué triste es la soledad! Hay otro monumento. Hay mezcla de expresiones plásticas en su diseño; escultura y pintura. Simboliza la muerte o el ajusticiamiento de alguien. Asusta verlo. ¿Será un símbolo de la desaparición del tirano, del sátrapa, del asesino, del dictador Trujillo? ¡Sí, sí es un monumento de celebración! ¡De adiós, hasta nunca, Trujillo, figura del mal! ¡Qué suerte tuvieron los que organizaron y triunfaron! Nuestro grupo no pudo, pero luchamos. ¡Vamos que si luchamos! En medio del dolor resistimos. ¡Qué jóvenes éramos! ¡Qué poco miedo le teníamos al peligro!

Estoy en el final del camino. El mar sigue su rumbo por otra parte. La avenida termina en la bifurcación de dos carreteras. ¿Cuánto tiempo hace que estoy aquí, decidiendo qué hacer de nuevo en esta hora en que he vuelto al mundo de los vivos? ¿Qué puedo hacer? ¿Buscar a los demás que fueron míos? Mis hijos, mi hermana, mis sobrinos, mis amigas. ¿Qué



hacen, qué sueñan, qué les preocupa? ¿Dónde estará Minou? ¿Manolito? ¿Dedé? ¿Y los hijos de mis hermanas? ¿Norys? ¿Nelson, Raulito, Jacqueline? ¿Y los tres Jaime de Dedé? ¿Qué habrá sido de ellos? Piensa Minerva, piensa. Decide, Minerva, decide. Si viniste de la nada, si te han enviado es para que hagas algo. Tienes todo el tiempo del mundo, recuerda que la eternidad es para ti un simple y fugaz rayo de luz. ¡Qué bueno hubiera sido haber vuelto acompañada de Patria y María Teresa! Escucha, escucha, a ti, a ti, a ti, VOLUNTAD SUPREMA QUE ME TRAJISTE, DEVUÉLVEME, DEVUÉLVEME... ¡VAMOS, VAMOS! ¡DEVUÉLVEME OTRA VEZ A LA ETERNIDAD!. NO HAGO NADA AQUÍ. NO PUEDO HACER NADA. NADIE ME ESCUCHA. NADIE ME VE. NO PUEDO HABLARLES. SI NO PUEDO ABRAZAR A LOS MÍOS ¿PARA QUÉ ESTOY AQUÍ? ¿PARA QUÉ ME ENVIASTE? ¿POR QUÉ NO ME DEJASTE EN MI REINO DE PAZ? ¿POR QUÉ ME ENVIASTE SOLA? ¿POR QUÉ? ¡DÍMELO! ¡DÍMELO! ¿ME ESCUCHAS? ¿ME ESCUCHAS? SÓLO SILENCIO. SÓLO VACÍO, HE ENCONTRADO COMO ÚNICA RESPUESTA. VACÍO, SILENCIO, SOLEDAD... HE DE HACER ALGO. PIENSA, PIENSA MINERVA. TAL VEZ VOLVISTE PARA REENCONTRARTE CON TU PASADO, CON TU PROPIA VIDA. QUIZÁS TE TRAJERON AQUÍ, PARA ESTAR SIN ESTAR, PORQUE TE HACÍA FALTA SABER QUÉ HA PASADO DESPUÉS QUE PARTISTE.

Ya está. Lo tengo decidido. Si me enviaron sin preguntarme, así como nacemos y nadie nos preguntó si deseábamos nacer para vivir en este mundo. Hoy he elegido aprovechar de este regreso sin tiempo. Visitaré los lugares amados, los odiados también. Conversaré en monólogo extraño con los míos y observaré el curso que ha tomado este país que tanto he amado. Indagaré como pueda para saber el destino de nuestros viejos sueños de libertad.



Minerva llega a su tierra: Ojo de Agua

Aquí estoy en mi terruño amado ¡salcedo! Sigue siendo un pueblo. La transformación ha sido poca. Sus calles siguen siendo estrechos senderos astillados. Un poco más de movimiento comercial, con más gente y más carros. ¡Qué distintos son a mi Ford! Veo caras nuevas. No conozco a nadie. ¿Qué habrá sido de la gente que compartía con nosotros?

Voy a tomar la ruta que conduce a Ojo de Agua. Quiero volver a ver la primera casa que me sirvió de morada. La tierra sigue partiendo frutos. Hermosos sembrados adornan la ruta. Las pequeñas casas campesinas tienen las mismas características de antaño. Parece que hoy es domingo, la gente está caminando por los bordes del camino. Viste sus mejores galas. Los árboles han crecido, mitigan la fuerza de los rayos del sol, ofreciendo un interesante ambiente claro-oscuro.

Entro por el sendero que conduce a la casa. Las curvas me impiden divisarla. La veo, la veo, la veo, la veo, la veo, la veo, la veo. Han construido una pared que la protege. En el frente hay un monumento. Tengo la impresión de que su base representa la muerte. La parte superior tiene un simbolismo que podría significar liberación. Está interesante, no hay duda.

¡Oh Dios!, a la derecha veo el chasis de un jepp. ¿Será el que manejaba Rufino el día en que los buitres del tirano nos despojaron la vida? ¿Quién habrá tenido esa idea? ¡Es una Plazoleta en honor a nosotras! ¡Plazoleta Hermanas Mirabal! El monumento es un homenaje a nosotras tres: a Patria, a María Teresa y a mi ¿Habrás sido tú, Dedé, hermana querida, la que tuvo esta idea? Debió ser de alguien que verdaderamente nos ama y nos extraña.

Tengo que entrar a la casa. Necesito verla. Hay un pórtico que conduce al patio. ¡Mi patio! ¡El árbol de Anacahuitas! ¡Mis flores! ¡Mis lirios, mis mantequillas, mis orquídeas! ¡Este es el caminito de piedra que conduce al jardín! ¡Está casi igual! ¡Cómo recuerdo aquellos días en que tomé piedra a piedra y las fui colocando una a una para construirlo! Y para mantenerlas blancas y nítidas, me obsesionaba limpiándolas. Están impecables. Veo flores, casi las mismas que cultivé hace ya tanto tiempo. Sólo una mano amorosa puede mantener tan hermoso un jardín. ¿Serás tu Dedé la que has dado amor y cuidado a estas plantas? Debo entrar. La terraza mantiene su mismo aire. Han hecho pequeños cambios. Las fotos familiares siguen adornando sus paredes. Ahí estamos todos. ¡Mira a papá qué gallardo se ve! Aquí estamos tres de las cuatro hermanas Patria, Dedé y yo. En esta otra aparece María Teresa. Hay retratos nuevos, parecen más recientes. Niños de ahora. ¿Serán nuestros hijos cuando eran pequeños? ¿Serán nuestros nietos?

Escucho unos pasos. Me detengo. Es una señora en los setenta, coqueta sin proponérselo, hablando sin cesar, vestida con pantalones oscuros, blusa floreada de mangas largas, pelo negro y un extraño y pintoresco mechón blanco que le cubre



la frente. Conversa con alguien que se ha quedado en el patio. Entra a la habitación, sigue hablando, toma su cartera, saca un dinero, sale de nuevo. Escucho las voces a lo lejos. Termina la conversación. La señora entra de nuevo. La observo. La misma manera de caminar, entrando un poco los pies. La misma voz ronca que susurra. El mismo hablar atropellado. La sonrisa, la vivacidad de su mirada, a pesar de que los párpados han caído con el peso de los años. No cabe duda. ¡Es Dedé! ¡Hermana, hermana, hermana! ¿Cómo estás? ¿Dime Voluntad Divina, por qué no me dejas un instante para que Dedé pueda escucharme? ¿Por qué no permites decirnos las cosas que quisimos y no pudimos?

Alguien ha tocado la puerta. Es una niña con su madre. Escucho. Preguntan por tí, hermana. No las conoces. La madre se presenta. Es de la capital, ha venido con su hija a Ojo de Agua sólo para conocerte. Su niña leyó una novela de Julia Álvarez “En el tiempo de las mariposas”. Le ha pedido venir porque quería conocer a la hermana que vivió para “contar la historia”. Escuchas y sonríes. Las invitas a pasar. Ofreces refrescos. Aceptan. La niña pregunta, pregunta mucho. Respondes con alegría. Cuentas nuestra historia. Hablas con amor de tus hermanas. Retratas con dulzura los tiempos amargos y tristes. No siento rencor en tus palabras. Terminas la plática. Preguntas si han ido a Conuco, responden que sí. ¿Qué habrá en Conuco Dedé? Te despides. La niña te abraza emocionada. La madre observa y sonríe.

Cuando se marchan, vuelves a tus faenas. Te diriges al patio. Recoges hojas secas. Podas las plantas que han crecido salvajemente. Ya veo hermana querida por qué sigue siendo bello nuestro jardín encantado. Tocan de nuevo a la puerta.



Unos señores, cámara en mano, preguntan por ti. Dicen que vienen de lejos, necesitan saber acerca de la historia de Las Mirabal. Dejas lo que hacías. Les invitas a pasar y a sentarse. Preparas café. Lo sirves. Hablan de cualquier cosa. Comienza entonces la entrevista. Vuelves a contar ¡otra vez! los acontecimientos, uno a uno. Ellos preguntan de nosotras, y tú respondes. Las mismas respuestas, las mismas palabras, no te cansas Dedé. Cuentas la historia una y otra vez, como si tu tarea vital fuera mantener viva la memoria de tus hermanas. Te toman fotos, posas y sonríes. Muestras la casa. Identificas a los personajes que estamos en cada fotografía que cuelga en la pared. Aprovecho para conocer a los nuevos miembros de la familia. Finaliza la entrevista. Regresas a tus tareas. Parece que terminaste con el jardín por ese día. Mañana volverán a caer hojas secas, nueva tarea para ti, hermana. Alguien de los alrededores pregunta algo que no alcanzo a escuchar, respondes y sin transición alguna, vuelves a lo tuyo, a tus miles de cosas pendientes. Sin pausa ni sosiego te atrapó la noche. Veo que no descansas. Trabajas siempre. ¡Cuanta energía tienes a tus 78 años!

Llegó la noche. La pasaré contigo. Deseo ardientemente acompañarte en silencio. Decirte cosas que no te he dicho. Observarte en tus movimientos y reflejarme en ti y en tus cosas. Los tenues rayos de la luna penetraron al patio, un lugar paradisíaco, propicio para escuchar nuestra música preferida y recitar las poesías de amor y desamor que tanto nos gustaban. Nos sentábamos bajo los árboles, alumbradas por la luna y nos poníamos a cantar. A veces obligábamos a María Teresa a que lo hiciera para reírnos de ella. ¡Cuánto desentona! "En un beso la vida", "Perfidia" y "Paraíso soñado" eran



nuestras canciones favoritas, las que nunca faltaban en nuestras noches de concierto...

“Eres algo que soñé en mi vida, como una ilusión perdida, que ha nacido para mí. Sueño, sueño con tus lindos ojos que quiero ver a mi antojo para así poder vivir... Dame un poquito de tu amor, dame un pedacito de miel, déjame asirte con fervor para la gloria poseer... nunca, nunca dejaré de amarte, nunca, nunca de tenerte en mi corazón, mi bien...”

Pero eran las poesías, las que ocupaban mayor tiempo en las presentaciones cotidianas del teatro imaginario de nuestra casa. Recitábamos versos de los grandes de la época. Recitábamos siempre, con las amigas que nos visitaban, nosotras solas o en presencia de nuestros padres. No importaba con quién ni cuándo; lo cierto es que las largas noches en Ojo de Agua se hacían cortas mientras declamábamos nuestros poemas favoritos. Competíamos, apostábamos a ver cuál de nosotras los memorizaba mejor. Teníamos poetas preferidos ¿recuerdas? Aprender los poemas de Osvaldo Bazil, Rubén Darío, Amado Nervo, Pablo Neruda, José Asunción Silva... eran tareas obligatorias para nuestras noches. ¿Te acuerdas de Pequeño Nocturno de Bazil?

*Ella, la que yo hubiera amado tanto,
La que bechizó de músicas mi alma,
La que más blando susurrar de égloga
Derramó en el azul de mis mañanas,
Me dice con ternura que la olvide,*



*Que la olvide sin odios y sin lágrimas,
Ella, la que me ha dado más ensueños
Y más noches amargas,
Se aleja dulcemente,
Como una vela blanca,
Yo, que llevo enterrados tantos sueños
Que cuento tantas tumbas en el alma,
No sé por qué sollozo y por qué tiemblo
Al cavar una más en mis entrañas."*

Apostábamos a memorizar el Invernal de Rubén Darío. Largo y romántico poema que ponía en jaque nuestra capacidad de memoria. ¿Cómo decía? Creo que lo recuerdo. A fuerza de tanto repetirlo ha permanecido intacto en mi memoria:

*Noche. Este viento vagabundo lleva
las alas entumidas
y heladas... El gran Andes
yergue al inmenso azul su blanca cima.
La nieve cae en copos,
Sus rosas transparentes cristaliza;
En la ciudad, los delicados bombros
Y gargantas se abrigan...
Ella que, hermosa, tiene
Una carne ideal, grandes pupilas,
Algo de mármol, blanca luz de estrella;
Nerviosa, sensitiva...,
Muestra el cuello gentil y delicado...
Tersos brazos de ninfa...*



*¡Ah, por verla encarnada,
por gozar sus caricias,
por sentir en mis labios
los besos de su amor, diera la vida!
Entre tanto hace frío...”*

Amaba la poesía, de eso no cabe duda. ¡Como negar una parte de mi propia existencia! ¡Que bello es el romanticismo! Era una forma de soñar y jugar con el amor. Soñábamos con amar y ser amadas. El NOCTURNO de José Asunción Silva lo declamaba una y otra vez. Lo hice en Ojo de Agua, durante la adolescencia; en Montecristi, entonces adulta y ya conocedora del color del dolor y las pesadillas, frente a Ángela, la hermana de Manolo ¿Qué habrá sido de ella? Siempre recuerdo que este poema era uno de sus favoritos. Las dos lo recitábamos, en alta voz, casi gritando en las largas noches de tristeza y preocupación. Necesitábamos llenar la soledad, olvidar un poco el horror que se apoderaba de nuestras vidas. Era nuestra forma de ahogar penas y desilusiones.

*Una noche, una noche toda llena
De murmullos, de perfumes y de músicas de alas;
Una noche en que ardían en la sombra
Nupcial y húmeda las luciérnagas fantásticas;
A mi lado lentamente y contra mí ceñida toda muda
Y pálida como si un presentimiento de amarguras
Infinitas, hasta el más secreto fondo de las fibras
Te agitara por la senda florecida que atraviesa la
Llanura caminabas, y la luna llena por los cielos
Azulosos, infinitos y profundos esparcía la luz blanca...*



*Esta noche solo; el alma llena de las infinitas amarguras
 Y agonías de tu muerte, separado de ti misma por el
 Tiempo, por la tumba, la distancia, por el infinito negro dónde
 Nuestra voz no alcanza vuelo y sólo por la senda caminaba....
 Y mi sombra por los rayos de la luna proyectada,
 –Iba sola– iba sola, iba sola por la estepa solitaria;
 Y tu sombra esbelta y ágil, fina y lánguida como
 En esa noche tibia de la muerta primavera, –como
 En esa noche toda llena de murmullos, de perfumes
 Y de músicas, de alas, se acercó y marchó con ella,
 –Se acercó y marchó con ella, –Se acercó y marchó con ella...
 ¡OH, las sombras enlazadas!
 ¡OH las sombras de los cuerpos que se
 Juntan con las sombras de las almas!
 ¡OH las sombras que se buscan en las
 noches de tristezas y de lágrimas!*

Dedé, Dedé, hermana, hermana querida, siempre escuché que recordar es vivir. Ahora entiendo el significado de esas palabras. Hoy con esta nueva forma de existir, sin poder lograr que mi cuerpo haga sombra, he vuelto a tu tiempo, y al recordar aquellos momentos de felicidad plena, sin saberlo, he conocido de nuevo el sabor de la vida...

Te observo dormida, Dedé, y llegan a mi memoria los días de sana alegría que compartimos con las amigas. ¿Recuerdas cuando yo estaba interna en el Colegio Inmaculada y en las vacaciones invitaba a algunas amigas a pasarse unos días con nosotras? Debió ser por 1945. Mis amigas –cómplices– compinches de entonces, Emma Rodríguez y Violeta Martínez, la de San Francisco de Macorís, nos acompañaron



muchas veces y llenaron con sus voces y sus risas cada rincón de nuestra casa. Emma era diminuta, de abundante cabellera, tranquila y amorosa. Violeta era alta, altísima, blanca como la nieve, con el pelo negrísimo, activa, dominante, lectora voraz y muy amiga. ¡El trío que se paseaba constantemente por los pasillos venerados del colegio! Veo que conservas algunas de las fotos que eternizaron sus visitas.

Mamá me permitía también visitar algunas amigas. Fui varias veces a Santiago donde Thelma Benedicto, "La gran Thelma". ¿Qué habrá sido de ella? La conocí en Salcedo cuando iba de vacaciones a casa de la viuda Brache. La misión de la viuda era "engordar" a Thelma por lo delgadísima que era. Vino a casa muchas veces, yo fui otras tantas a la suya. Íbamos de tiendas. ¡Cuánto disfrutábamos de las compras! Visitábamos la Tienda El Gallo. Allí complacíamos la vanidad juvenil de vestirnos al último grito de la moda. No se quedaban los frascos de Perlina, para darle suavidad a mis codos. Íbamos a fiestas. Recuerdo como ahora la comparsa de rumberas para un baile de disfraces en el Centro de Recreo. Debió ser por 1948. Además de Thelma y yo, creo que Gilda Bonnelly y Adalgisa Nicolás formaban parte de nuestro grupo. Otro año me disfracé de Egipcia. ¡Qué traje tan original! Parecía una verdadera mujer de esos lares. Cuando me compraron el carro Ford en 1949, Thelma fue una de las primeras que se atrevió a montarse conmigo mientras guiaba. Al principio el carro saltaba más que un caballo. Thelma no hacía ningún gesto. Callada y tranquila esperaba que yo tomara de nuevo el control. La gente se burlaba ¡Una mujer al volante! ¡Qué locura! Como si fuera un delito hacerlo.



Algunas veces, en las vacaciones, visité a Violeta Martínez a San Francisco de Macorís. Allí conocí a su prima, la otra Violeta, nativa de Moca. Entonces la gente las diferenciaba diciéndole a una la blanca, y a la otra, la prieta. Yo les dije que esos moteos no me gustaban. Para diferenciarlas, modifiqué un poco sus nombres. A la de Moca, como era más pequeña, la bauticé como Violetica. A la otra le decía simplemente Violeta.

Creo que escogía las amigas porque compartían conmigo la pasión por el conocimiento y la lectura. Las dos Violetas eran grandes lectoras. La imponente Violeta de San Francisco de Macorís y yo hacíamos largas sesiones de discusión por algún libro. Con el tiempo nos fuimos alejando. A pesar de nuestros fuertes lazos de amistad, nacidos durante nuestro asilo escolar en La Vega, nos separamos. Nuestras vidas se bifurcaron cuando abandonamos el Colegio Inmaculada, y quizás por eso no pudimos seguir creciendo juntas en el arte de aprender.

Con su prima Violetica, sí pude desarrollar un largo peregrinaje por el mundo del conocimiento. ¡Qué cartas aquellas las que intercambiaba con mi amiga Violetica Martínez, la que se hizo maestra en Moca! Discutíamos constantemente. Yo amaba profundamente a Víctor Hugo, ella lo odiaba. ¡No hubo forma de convencerla! Disfrutaba de la filosofía y la historia tanto como yo. Leímos todo cuanto pudimos y llegó a nuestras manos: Tolstoi, Oscar Wilde, Rousseau, Stendhall.

Una tercera persona se unió a nosotras. Con Tobías Emilio Cabral, hicimos un trío inseparable. Violeta y yo queríamos bautizar de nuevo a Tobías, nuestro protegido. Ella había leído la novela “El rojo y el negro” de Stendhal, y quería ponerle



Julián Sorel, nombre del personaje central. Yo por mi parte, insistía en bautizarle como "Larry", que había tomado de la novela "Al Filo de la Navaja" de Somerset Maugham, y gané. Después de discutir, Tobías Emilio era nuestro Larry. Él también tuvo que irse al exilio. ¡Cuánto los extrañé! Me sentía sola en mi pequeño mundo, en el exilio dorado de mi Ojo de Agua amado. En los años 50, con dos de mis hermanas casadas, la lectura era mi único aliciente. Sin ellos no tenía con quien compartir ni mis nuevas ideas, ni mis nuevos hallazgos...

Mientras esperaba que mi vida se definiera, traté de llenar mis días con obras de la literatura universal, como Moliere, Anatole France, Cervantes y Dumas. Leí todo lo que pude de la literatura dominicana. Pedro Henríquez Ureña, hermosa prosa la suya. Devoré el Enriquillo de Galván, y por supuesto que me identifiqué con los indios en rebeldía. Vivir con la única preocupación de acumular un poco más de saber, era como estar en suspenso.

Soñaba también con otras cosas. Me interesaba conocer el mundo. Admiraba los hombres que trascendían, que hacían historia, aquellos que con sus acciones eran capaces de cambiar el curso de los acontecimientos, como el gran Ghandi. Recuerdo ahora uno de sus pensamientos escritos en Reflexiones sobre el amor incondicional: *"La que rige a la humanidad es la ley del amor. Si la violencia, o sea el odio, nos hubiere regido, nos habríamos extinguido hace muchísimo tiempo. Y sin embargo, la tragedia de ello es que en la llamada civilización, los hombres y las naciones se conducen como si la base de la sociedad fuese la violencia..."*

Dedé, ¿recuerdas los pleitos de papá porque sólo quería estar atrapada en el deleite de leer, mientras "olvidaba", según



él, mis obligaciones? Ay papá, le decía, ¿cómo quieres que deje mis lecturas y mis poesías, por la aburrida contabilidad de un negocio?

Estoy divagando Dedé, ya lo sé. Perdóname. Me dejé seducir por la luna, cuando todavía necesito saber muchas cosas y decirte otras tantas. Pero ya es tarde. Descansa. Te ves relajada y tranquila, atrapada en los brazos de Morfeo. Mañana seguirás de nuevo. Yo tendré la oportunidad de seguirte y observarte. De vivir contigo la agitada agenda que completas. No me importa escucharte repetir de nuevo nuestra historia. Parece que ese ha sido tu designio, hermana. Lo cumples como toda una verdadera heroína.



La familia

Mientras duermes Dedé, yo sigo recordando. En este estadio en que me encuentro no necesito el descanso ni el sueño. Evoco con dulzura, los juegos juveniles que compartimos, hasta las discusiones y los pleitos entre nosotras. ¿Recuerdas el día que discutimos y nos golpeamos? Me rompiste una uña y yo en revancha te arañé toda la cara. ¿Recuerdas la cara de papá cuando llegó y nos vio así? ¡Tremenda reprimenda nos llevamos!

Esta casa guarda también algunos episodios tristes, querida Dedé. Todavía conservo la imagen cuando en octubre de 1949, por orden del Sátrapa, vinieron a buscarme junto a papá para llevarnos presos. Era mi primera prisión. Trujillo no podía tolerar mi indiferencia hacia él. ¿Qué quería? ¿Qué desfalleciera ante su galantería? ¿Pero qué se creía ese hombre? ¿el mismo Dios? Dicen que se fijó en mí en la fiesta de Santiago en julio de ese año. Dicen que no pudo olvidarme, que estuve en su mente como una obsesión... Yo ni siquiera sentí su mirada ni le puse atención. Un mes después nos invitó a la Inauguración del Hotel Montaña. Mamá no quería que yo fuera. Pero, cosas de la vida, volví a acompañar a papá. Bailé con Ramfis y con Trujillo. No oculté nunca mis ideas, y creo



que no le di esperanza alguna a ese ser a quien despreciaba por su afán de poder y dominio. Pero fue realmente en ese mismo octubre del 1949 cuando mis diferencias con el Jefe Trujillo llegaron a su punto más álgido. Fuimos a otra fiesta en una de las mansiones campestres del dictador, en Villa Borinquen, a pocos kilómetros de San Cristóbal. Mamá insistía que no debía ir. Su intuición era verdaderamente poderosa. Sus ruegos no fueron escuchados. Tomamos el carro de la casa, manejado por Jaimito quien fue acompañado por Dedé. El resto del grupo estaba integrado por papá, Pedrito, Faúa y yo.

Pensábamos que era una fiesta para pasar el día, por eso salimos a las 4 de la mañana de Salcedo. ¿Te acuerdas? Cuando llegamos nos dijeron que era en la noche. El día lo pasamos comiendo y conversando, debíamos llenar muchas horas de ocio. Llegamos a la casa donde se realizaría. Estaba situada en lo alto de un cerro, descubrimos de inmediato la espectacular vista del lugar. Nos asignaron una mesa cerca de la puerta, ahora entiendo para qué. Buscaban que Trujillo nos viera de inmediato. El dictador hizo su entrada espectacular. Los adulones presentes se pararon y gritaron ¡El Jefe! ¡El Jefe! Su rostro denunciaba a los cuatro vientos la gruesa capa de polvo rosado y colorete. Era su forma de blanquecerse y disimular el negro que tenía al frente y detrás de la oreja y que se resistía a aceptar. Esa noche se pasó del límite tolerado y parecía un ¡Ja, Ja, Ja! un enorme espanta pájaros que hablaba.

Después de mucho insistir, bailé, a regañadientes, con Manuel De Moya. Era parte de un plan macabro. De repente cedió el baile al Jefe dictador. Tocaban la pieza "¡Ay Tana, la maricutana!", cuando De Moya me pasó a los brazos de este



hombre. Terminó la música, y tocaron dos merengues más. Dos piezas que me vi forzada a bailar con ese monstruo a quien tanto detestaba. Comenzamos a bailar y no perdió la oportunidad de hacerme sus galanteos. Me hice la indiferente y contestaba con evasivas. Le dije que sonaba casarme con mi príncipe azul. Como respuesta, me dijo con su afeminada, aflautada y sibilina vocecita: “Te mandare jóvenes para que te conquisten”. Le respondí simplemente “¿Y si yo los conquisto a ellos?”. Quiso seguir abundando, lo cortaba. Hasta que le dije que dejara tranquilo a mi amigo Pericles Franco. No olvidó la crispación de su rostro. La respuesta fue sencilla, pero directa: “¿Es usted comunista?”, me inquirió. Respondí simplemente. “Tan comunista como usted”. Esta respuesta fue mi entrada definitiva a los desafectos del régimen. Terminamos el baile, y me fui directo a la mesa. Conté lo sucedido. Todos palidecieron. Presos del pánico, decidieron abandonar la fiesta. Salimos apresuradamente. Dicen que Trujillo pasó la noche entera molesto. Los incidentes del baile trajeron inquietud a la familia. ¡Cuánto lo siento, Dedé!. Por recomendación de Juan Rojas, un connotado Trujillista, papá aceptó escribir un telegrama disculpándose de todo lo ocurrido.

Respetuosamente presento a su Excelencia en nombre de mi familia y en mi propio nombre nuestras mas formales y sentidas excusas, por haber tenido que abandonar por motivos de salud relativamente temprano la espléndida y honradora fiesta ... Al mismo tiempo bago provecho de la oportunidad para significarle, que para todos los míos sería una honra imponderable recibirle alguna vez en nuestro hogar...”



Parece que el telegrama no llegó a tiempo, o poco importó a Trujillo, pues nos vinieron a buscar. Recuerdo la cara de tristeza y preocupación de papá cuando montamos el vehículo. Mamá lloraba. El tirano no se conformó con apresarnos a papá y a mí. También apresaron e interrogaron a mis amigas: Violetica Martínez (la pequeña), Emma Rodríguez y Brunilda Soñé. Liberadas después, Violetica decidió irse al exilio y no volví a verla. Nos soltaron a todos unas semanas después. Supe que Pericles pudo salir del país. La primera prisión fue una dura prueba. Era muy joven y no conocía el dolor. Ahora que ha pasado tanto tiempo, pienso que debimos escuchar a Mamá. Pero esa es la vida y el destino y los hechos no se borran jamás.

Esta casa, Dedé, lo sabes, fue testigo silente de nuevos conflictos en nuestra familia. En 1951 Don Julio Brache, entonces fiscal de la Provincia Espaillat, recibió la orden de allanar nuestra casa porque yo había recibido correspondencia de Pericles. Buen hombre Don Julio, nos avisó primero. Cuando llegó, cumplió la orden de allanamiento. Pero ese amedrentamiento no fue suficiente.

Papá fue nuevamente apresado y llevado a la Fortaleza Ozama, a la llamada Torre del Homenaje, bajo el cargo de "anti-trujillista". Una pequeña discusión sin trascendencia se convirtió en un hecho político. Papá reclamaba a unos vendedores que le entregaran el libro de alabanzas trujillistas, que registraba la "gran obra que Trujillo había hecho al país", una vez entregara los 500 pesos que costaba; pero estos decían que debía pagar antes y que luego recibiría la mercancía. Esa simpleza fue la excusa para humillarlo. Lo apresaron y trasladaron a la capital. Al ver que no lo soltaban, Mamá y yo



fuimos, en julio de 1951, a Santo Domingo. Pensábamos que desde allí podíamos diligenciar su liberación. Pero en vez de liberarlo, nos detuvieron a nosotras. Nos llevaron al Hotel Presidente, ¿recuerdas Dedé, que era el que estaba frente al parque Independencia? Fue relativamente largo el encierro. Por lo menos podía ver el movimiento de las calles por sus ventanas. No tardaron muchos días para mostrarnos las verdaderas intenciones de Trujillo: volverme a cortejar. Me envió a Manuel De Moya como emisario, ese don nadie, ese esbirro de poca monta, para pedirme que fuera al Hotel Jaragua a tener un encuentro. ¡a solas!, con el Jefe. Mi respuesta, por supuesto, fue negativa. “¡No voy! ¡Mejor me suicido! ¡Me tiro de aquí arriba! ¡No voy! ¡No voy!” Grité desesperada.

En revancha, Trujillo nos mantuvo detenidas por otros largos días. Mamá y yo estábamos bien, encerradas en el Hotel, pero bien. Sin embargo, a papá le afectó mucho esa nueva prisión. Era la venganza del tirano, someternos por las malas, usando su poder. La familia estaba inquieta y a fuerza de muchas insistencias del entorno trujillista, el dictador nos dio una audiencia. Habló con mamá y a mi trató de ignorarme. Después, en tono burlón me preguntó qué quería. Respondí con tranquilidad *“Ser juzgada. Todo el que está preso tiene el derecho a ser juzgado, yo pido que se me juzgue por el delito que Usted me acusa de haber cometido.”* Trujillo no me respondió. Me miró con desdén. No nos liberó.

Estuvimos otros largos días encerradas. Permitieron que papá saliera de la cárcel. Estaba muy enfermo. Nos trasladaron a los tres al Hotel San Cristóbal. Esos días fueron muy tristes. La experiencia de la cárcel había cambiado a papá. Tiempo después nos dejaron ir. Llegamos aquí, a nuestra casa



de Ojo de Agua, totalmente transformados. Yo había decidido luchar duramente para derrocar ese régimen que pisoteaba tan cruelmente la dignidad humana. Cuando llegamos nada era igual. ¿Viste cómo el esplendor de nuestros negocios fue apagándose? El bienestar de antaño, se fue desvaneciendo. La vida aquí no era, no podía ser ya la misma. Nuestro padre, enfermo, triste, taciturno, se paseaba por las habitaciones sin rumbo fijo. Sus luchas cotidianas en los negocios, ya no le interesaban. Fue muriendo lentamente. Relativamente joven, fue transformándose y haciéndose viejo. Un hombre lleno de vida, se convirtió en un ser taciturno. Esta casa, Dedé, es un cofre de recuerdos, algunos desgarrantes. Aquí se fue apagando la vida de papá. Murió en 1954. Aquí lo lloramos, aquí lo enterramos y aquí lo añoramos.

Te observo tan segura de ti. ¡Imagino la dura vida que has llevado! Veo que estás sola, que ya no tienes la compañía de Jaimito. Tus tres hijos son hombres. Dejaron de ser los más pequeños que nos turnábamos para cuidar. Los tres Jaimes: Jaime Enrique, Jaime David y Jaime Rafael. ¡Tus tres hijos! ¡Si tienes nueve! ¡Nuestros hijos se convirtieron en tus hijos! ¡Que pesada carga has tenido querida hermana! Tú y mamá se convirtieron de repente en madres de una inmensa familia. Los tres tuyos, los tres de Patria, Nelson, Norys y Raulito; la pequeña Jacqueline de María Teresa; y los dos míos, Minou y Manolito. Nueve vidas, nueve problemas, nueve preocupaciones, nueve sueños, nueve desafíos, nueve pruebas que les impuso esta vida. Gracias hermana por haber vivido. ¡Que vida tan dura y difícil has tenido! ¡Qué valiente has sido! ¿Cómo has logrado mantener la sonrisa a pesar de martillar constantemente el pasado? ¿Cómo has podido recordar y perdonar al



mismo tiempo? ¿Qué elixir secreto has tomado para tanta resistencia?

Ahora que te veo a tus 78 años, de observarte admirada con la energía vital que todavía tienes y contagias a quienes te rodean, reflexiono y concluyo que te iniciaste muy joven a las responsabilidades de la adultez. Ustedes dos, tú y Patria se casaron muy jóvenes. Apenas pudieron disfrutar de sus años juveniles. Nuestra hermana mayor, formó familia siendo todavía una niña. Había cumplido apenas los 16 años cuando unió su vida a Pedrito. Una niña-mujer alumbró tres niños. Nelson y Norys eran adolescentes cuando nos obligaron a partir. La tristeza de sus ojos no se alejó de su rostro en los momentos difíciles. Sus escasas palabras, le provocaban ¿provocan? un sufrimiento más profundo. ¡Pobre Nelson, cuánto habrás sufrido! Norys, su hermana, por el contrario, era un cascabel. La sonrisa estaba siempre en sus labios.

Tú Dedé, la que ha vivido para recordar la historia, también te iniciaste joven en el matrimonio, te casaste con Jaimito Fernández, tuviste tus hijos y te llenaste de responsabilidades. María Teresa era tan joven como tú cuando decidió aceptar a Leandro como marido, tenía como 22 años. ¡Qué tierna y dulce era Jacqueline, cuando le arrebataron a su madre! Yo en cambio, por suerte o por azar, encontré el amor más tarde. Me casé con Manolo a los 29 años, habiendo vivido y conocido un poco más la vida que ustedes tres.

Duerme tranquila Dedé, la noche es joven aun. No sabes, no puedes saberlo, que Mamá Chea estuvo conmigo largo tiempo. Cuando se despidió de la tierra y partió a la eternidad, nos encontramos. Me contó todas las aventuras y desventuras de ustedes dos levantando una familia que se multiplicó con la



tragedia y el dolor. Me dijo que no permitió que nunca más abrieran la puerta del frente de la casa de Conuco, porque por ella habían salido los cadáveres de sus tres hijas. Me contó que cuando la gente le hablaba de nosotras tres respondía, que la vida compensaba, porque le arrebató sus tres hijas, pero le regaló nueve nietos. Me contó también de la soledad y el aislamiento que vivieron. No olvida a los verdaderos amigos y amigas. Aquellas personas que no sentían vergüenza ni miedo de acompañarlas. Mucha gente, me contó, no quiso reconocerlas. Llevar el apellido Mirabal era un estigma y una condena. Mamá Chea recuerda con cariño las visitas periódicas del Doctor Ángel Concepción. Un leal amigo que nunca las abandonó. Creo que es padrino de casi todos los muchachos. ¡Cuánto le debemos a este hombre que en las buenas y en las malas ha estado con nosotros!



Minerva llega a Conuco

La luz de la luna fue sustituida por tenues rayos de sol. Es un día cálido. No hay amenaza de lluvias. Te levantas temprano Dedé, imagino que quisieras que las 24 horas se multiplicaran. Desayunas algo apresurada. Parece que tienes algún compromiso. Veo que te arreglas para salir. Otro pantalón oscuro, otra blusa holgada de mangas largas es tu vestuario de hoy. El mechón blanco sigue jugando en tu frente. Cierras la casa. Das alguna orden y emprendes la marcha. Estoy a tu lado, no lo sabes.

Unos minutos después el auto se detiene. ¡Es la casa de Conuco! ¡Mi última morada! ¿Qué haces aquí? Me detengo ante todas las cosas. Necesito saber qué pasa aquí. Un letrado en la entrada llama mi atención: “Museo Hermanas Mirabal”. ¡Qué has hecho! ¡Que ingenio tienes! ¡Un museo de nosotras! ¡Quién hubiese podido imaginar algo así! ¡Tengo que ver qué has podido conservar!

Hay otra casa igual. Debe ser nueva. Es una pequeña biblioteca. Veo jóvenes sentados leyendo algo. En la galería hay una cafetería, una exhibición de libros. Están dedicados a nosotras. Venden camisetas, bolsos de tela. ¡Qué ingenio! Hermana ¿Cómo haces para mantener esta pequeña empresa?



Vinimos a vivir aquí en 1956. No puedo olvidar la fecha, porque llevaba a Minou en mi vientre, y tú, Dedé, creo que tenías a Jaime David en el tuyo. Me reconozco en casi todos los detalles de la casa. Veo nuestras pinturas colgadas en las paredes, las de Patria y las mías. No teníamos escuela artística, pero podíamos jugar con nuestra imaginación. Creo que a este cuadro mío le falta un poco de luz. Quizás con un poco más de pintura clara hubiese logrado reflejar mejor los rayos solares. Ya veo el Niño Descalzo, el óleo que hice en 1944. Insistí en que el niño tuviera, a pesar de su pobreza, una sonrisa en su rostro. Creo que la mayoría de esos cuadros los hice durante mis años en el Colegio Inmaculada ¡Una buena forma de matar el aburrimiento en el internado!

Aquí hay un librero en caoba. Lo reconozco bien. ¡Mis libros! Dedé has conservado los libros. Ahí veo los cuatro tomos del Derecho Procesal Penal, ¡Cuánta lata me dieron! Ya no recuerdo si el libro de Derecho Civil me disgustaba o no. Mira, ahí está la Biología Criminal, recuerdo perfectamente lo mucho que me apasionaba su lectura. Guardaste también algunas obras famosas de la literatura universal, veo que muy pocos fueron enviados al olvido. Encuentro bien conservados algunos libros de dominicanos: Franklin Mieses Burgos, Emiliano Tejera, Freddy Gatón Arce... No pensé Dedé, cuando leía estas obras, que años más tardes estarían en el estante de un Museo dedicado a nosotras. ¡Cuántas sorpresas en la vida y en la muerte!

Esta casa marcó el final de nuestro camino. Mira nuestra sala. Sentadas en sus sillas bordamos mucho para apagar la ansiedad. En esta sala reímos y lloramos juntas. Celebramos



la boda de María Teresa con Leandro, creo que fue en 1958. Todavía me parece estar viendo su cara de felicidad cuando pronunció el sí. Por esas puertas salían y entraban nuestros niños, jugando ajenos a todo. Sus risas y llantos nos llenaban y compensaban las duras pruebas que entonces nos impuso la vida.

¿Qué colocaste al final de la sala? ¿Qué veo, Dios mío? ¡No! ¡No! ¿Acaso puedo llorar? ¿Acaso pueden salir lágrimas de este rostro que ya no tiene existencia propia? En esta vitrina han colocado las piezas que pudieron conservar cuando los asesinos arrebataron nuestras vidas. Observo cada una de ellas y me asaltan los recuerdos: el bolso, la estampita, el vestido ensangrentado. Mi resguardo, aquella medallita que guardaba en mi pecho para protegerme. Si pudiera tomarla, si pudiera colocármela de nuevo. ¡Dedé, Dedé, dime, dime ¿cómo pudiste conservar estas cosas? Debo salir, debo salir. No quiero que lleguen a mi de nuevo los gritos, las risas burlonas de nuestros asesinos. ¡Asesinos! ¡Asesinos! ¡Asesinos! ¡Puedo ver sus caras, puedo ver sus caras de vulgares delincuentes! No puedo ahora, debo seguir viendo las otras cosas que conservas en la casa. Luego vuelvo, luego vuelvo... Necesito pensar, pensar sobre este suceso que nos arrancó la vida. Necesito pensar y pensar sobre mi propia muerte. No puedo ahora, ahora no...

¿Qué habrás guardado en nuestras habitaciones? A ver, vamos a ver... La máquina de coser, el espectacular vestido que usé en aquel famoso baile. Una bandera. ¿De qué será? ¡Una bandera de nuestro movimiento! 1J4, ¡14 de Junio de 1959! Fecha gloriosa esa. Fracasaron, los apresaron, pero, ¡Ja, Ja! ¡Se estremeció el tirano!:



*“Llegaron llenos de patriotismo,
 enamorados de un puro ideal.
 Y con su sangre noble encendieron
 La llama augusta de la libertad.
 Su sacrificio que Dios bendijo
 La Patria entera, glorificará.
 Como homenaje, a los valientes
 Que allí cayeron por la libertad...”.*

El 1960 significó la continuación firme de una lucha contra el tirano que nada detendría. Comenzamos el año, con la reunión más importante de mi vida política. El 10 de Enero, nos reunimos en la casa de Patria y Pedrito, en San José de Conuco. Había que definir el plan de acción. No pudimos terminar. Entonces decidimos seguir al otro día, pero en Mao, en la casa de Charles Bogaert. Allí nació el nombre de nuestra agrupación: 1J4, en memoria de los caídos. Comenzamos a conspirar. Decidimos ampliar el movimiento para poder enfrentar con fuerza al tirano-asesino. Alguien nos delató en las oficinas del SIM. Algunos dicen que fue Andrés Norman Montero, un estudiante de medicina que tenía mucha influencia entre los obreros y campesinos del Ingenio Porvenir. Comenzó la cacería. Uno a uno fuimos cayendo.

El 13 de enero de 1960, estando en nuestra casa de Montecristi, se llevaron preso a Manolo. Recuerdo que para solidarizarme con el Manolette, tiré el colchón de nuestra cama al suelo. ¿Cómo podía yo dormir cómoda, mientras él estaba tirado en el piso? Me apresaron 11 días después. Estaba tranquila, me dejé llevar por los gendarmes. La mamá de Manolo y su hermana Ángela me entraron mentas y chocolates en el



bolso, así como alguna ropa interior. Sólo pedí que cuidaran de mis hijos. Cuando salía, Minou, se aferró a mis piernas llorando, y diciendo “¡Mami no te vayas! ¡Mami no te vayas!”. Contuve las lágrimas, quité con dulzura sus bracitos y me subí al auto. Grité, grité de nuevo “¡Cuídenme a Minou! ¡Cuídenme a Manolito!” La escena no produjo ni un dejo de sensibilidad en los gorilas. Inmunes a nuestros llantos, a los gritos de la niña, siguieron con su tarea. Me llevaron primero a Santiago, a la Fortaleza San Luis, después me trasladaron al infierno de La 40. Esta tercera prisión fue más corta.

Meses más tarde, en mayo del 60, nos fueron a buscar presas a Conuco a María Teresa y a mí. Nos llevaron directo a la Victoria. Estuvimos tres meses sometidas a sus torturas y vejaciones. Los compañeros del movimiento, nuestros esposos entre ellos, siguieron en la cárcel, A las mujeres nos soltaron primero. Después de haber estado encerradas por largos días. Gracias a la OEA, pudimos salir. Nos soltaron sin juzgarnos. Los muchachos no tuvieron esa suerte. Fueron llevados a juicio, “juzgados” y “condenados” a 30 años de prisión. Eran muchos los presos. Además de Manolo y Leandro, estaban Cayeyo Grisanti, Freddy Bonnelly, Marcos Troncoso, “La Cuca” el chofer de Manolo, Pipe Faxas, Julio Escoto, Luis Gómez, Wenceslao Vega y Guido Cabral, entre otros tantos que no alcanzo a recordar. Me parece estar viendo el momento en que se llevó a cabo la comedia trágica del juicio. Traté de diluir un poco los estragos de los días de encierro, me vestí con un elegante conjunto de chaqueta azul y fui allá para acompañarlos. Los llevaron al Palacio de Justicia, los entraron por la parte de atrás, para que no se encontraran con la multitud que los esperaba. Estaban delgados hasta el espanto, con



huellas visibles de las torturas. Cuando eran conducidos a la sala, pudieron ver a sus familiares y sus amigos que les sonrían, los saludaban y daban palmaditas. Una forma de decirles “Estamos con ustedes”. Tuve tiempo de conversar, brevemente con Wences Vega, apreciado compañero de facultad, que estaba desconocido con esos largos días de encierro y maltrato. Pero todo se hacía con una solemnidad silenciosamente dolorosa. Necesitaba subirle los ánimos, hacerles vibrar, que sintieran la solidaridad y el regocijo que sentíamos por su valentía, y comencé dulce, pero firmemente a cantar el himno nacional:

“Quisquemos valientes alcemos, nuestro canto con viva emoción y del mundo a la faz ostentemos nuestro invitado glorioso pendón... Salve el pueblo que intrépido y fuerte a la guerra a morir se lanzó cuando en bélico reto de muerte, sus cadenas de esclavo rompió...”

Al principio mi voz se escuchaba como de ultra tumba, después otras voces se fueron uniendo, hasta que todos los presentes cantaron nuestro himno con bríos y emoción. ¿Cómo imaginarse que el canto a la patria puede ser un canto de protesta y censura? Después, ante la presión de la OEA, fueron llevados al tribunal, y por “falta” de prueba absolvió a algunos de ellos. Los dirigentes, entre ellos, Manolo y Leandro, no gozaron de este privilegio.

Basta de recuerdos por el momento. Debo seguir inspeccionando esta, mi casa. Vamos a ver qué otras cosas ha guardado Dedé. ¡Santo Cielo! ¡Es la trenza de María Teresa! ¿Dedé, cómo pudiste, hermana, cómo pudiste?. ¡Cuánto valor tuviste que tener para cortarla! ¿Lloraste al hacerlo? ¿Te temblaron las



manos? ¿Cómo se conservó tan bien? ¡Si María Teresa pudiera verla! ¡Si ella supiera que parte de su cuerpo ha pasado a la eternidad! ¡María Teresa, María Teresa! ¿Escuchas? ¿Puedes escucharme? No, no puedes, sólo yo fui enviada desde la nada.

*“Las trenzas de Maria Teresa
negrísimas y largas cordilleras
por ellas asciende el poema
hecho lluvia en noviembre...
largas trenzas que nos guían
que nos hablan que nos aman
por encima de la pobre muerte pasajera...”*

Debo salir de aquí, debo salir. Necesito ver la luz del día. Sentarme en el jardín a disfrutar de las flores que tanto amé. No puedo seguir viendo estas cosas. Saldré por detrás de la casa. La cocina la mantienen tan limpia como siempre. ¡Cuánto insistía Mamá Chea en la limpieza! ¡Todo debía quedar con nitidez extrema! Me parece estar viendo a Reyna, ocupada en sus quehaceres: limpiando el arroz, desvainando guandules, pelando plátanos, brillando los enseres... Puedo imaginarme, como ayer, el semblante de la siempre fiel Tonó, con su delgadez extrema paseándose por la casa, el patio y la cocina, cumpliendo sin protestar las órdenes de limpieza. Tonó, Tonó ¡Cuánto debemos agradecer tu honradez, entrega y fidelidad! Mamá me contó que estuviste todo el tiempo con ellas, ayudando a cuidar la manada de niños. Le faltaron palabras para elogiarte. ¿Cómo estás? ¿Qué ha sido de tu vida? ¿Te siguen amando los hombres y mujeres que ayudaste a crecer? ¿Te visitan? ¿Te protegen?



Hay un cuartito pegado a la casa. ¿Qué habrá allí? Recuerdos, recuerdos. Fotos familiares. Mira, aquí hay una foto de Rufino de la Cruz, el chofer que nos acompañó el fatal y final día. ¡Pobre hombre, buscó sin saber, su propia muerte! Creo que el destino está previamente marcado. Ahora que veo la foto de Rufino pienso en los reveses del día 25 de noviembre de 1960. El día anterior Nano Castillo, el chofer que nos acompañaría a Puerto Plata, fue a la casa en la mañana temprano para decirnos que no podía hacer el viaje. Recuerdo que simplemente le contesté: *“Usted se metió en miedo, ¿verdad?”* Lo despaché y le dije al Dr. Concepción, quien también iría con nosotras, pues no quería dejarnos ir solas: *“Váyase a su casa y dejamos el viaje”*. Algunas horas después, mientras conversaba yo con René Bournigal, llegó su chofer, Rufino De la Cruz, para traerle las llaves del jeep. Rufino era su empleado, que se encargaba de transportar pasajeros de un lugar a otro, pero ese día *“la cosa no andaba bien, pues no había pasajeros.”* Cuando escuché a Rufino decir esto a su Patrón, le dije, *“Le salvé el día, usted tiene ahora 3 pasajeras. Nos vamos a Puerto Plata. Tenga esos 20 pesos para echar gasolina y venga a buscarnos”*. Así lo hizo. El día 25 nos fuimos Patria, María Teresa y yo en el Jeep de Bournigal, manejado por Rufino. ¿Estaría escrito que había llegado el final de nosotros cuatro?

*¡Que bien están los muertos,
ya sin calor ni frío,
ya sin tedio ni hastío!
Por la tierra cubiertos,
En su caja extendidos,
Blandamente dormidos...*



Estoy de vuelta en los recuerdos acumulados en esta pequeña habitación. Junto a la foto de Rufino placas y diplomas cuelgan de las paredes. Ya veo Dedé que tu esfuerzo no ha sido en vano. El dolor y la tragedia familiar se ha visto recompensado por la gente. Voy a proseguir. Debo volver a la Casa. Necesito seguir escudriñando sus secretos. Esta casa es una verdadera caja de sorpresas. Por donde quiera que camino, encuentro trozos dispersos de mi vida, de nuestras vidas.

Entro por la puerta principal. Hay un mueble colocado en la entrada. ¡Mis esculturas! Las que hice con mis manos en la cárcel, pudiendo así calmar un poco de mis angustias. Mira a la pequeña Minou, mi querida, mi adorable Minou. ¿Dónde estarás? Esta es la cara de Sina, mi amiga Sina... Tomasina Cabral, la compañera de sueños por un mundo libre, la fiel y dulce compañía en el dolor y el apoyo imprescindible para María Teresa y para mi en esos largos días de encierro. ¡Cuánto discutimos amiga por esa tontería! Hoy sonrío y recuerdo nuestra discusión con profunda nostalgia. Este busto que te hice en La 40 no te gustó. Decías que no se parecía a ti. ¡Tremenda discusión tuvimos por eso! Ahora que lo veo, comprendo que tenías toda la razón para enfadarte. No se parecía mucho a ti. Sin embargo, el busto de Minou sí guarda un gran parecido. El gesto eterno de su boca cerrada, apretando los labios y mostrando una sonrisa que a veces uno no podía saber si era burla o complacencia, es un verdadero calco de la realidad. ¿Todavía haces ese gesto, Minou querida?

Ya ni recuerdo los días que estuvimos encerradas en el calabozo. Sina ¿Cuántos días habrán sido? ¡Qué largos se hacían! Creo que tenían 80 horas en vez de 24. ¿Recuerdas cuando María Teresa enfermó de una fuerte gripe, y permaneció



acostada con fiebre más de una semana? Cuando recuperó su salud, el pelo estaba tan enmarañado que duramos una semana desenredándolo. Casi estoy oyendo sus alaridos cuando halábamos mucho el peine. Sina, ¿recuerdas el día en que nos dimos cuenta que hacía semanas que no nos bañábamos? Llegamos a la triste conclusión de que ¡Hedíamos! ¡Debimos tener una peste terrible! Sin poder ducharnos ni cambiarnos la ropa, metidas en ese calabozo mugriento, necesariamenteapestábamos. Sina ¿recuerdas cuando los mosquitos nos atormentaban, y decidimos “fabricar” nuestros propios mosquiteros? ¡Nos colocábamos los medio fondos en las cabezas para cubrirnos el rostro de las picadas! ¡Esa ocurrencia era motivo de risa entre nosotras!

Recuerdo la noche que desveladas y sentadas en el piso nos preguntaste si habíamos pensado en la muerte. María Teresa te respondió que no, porque quizás éramos muy jóvenes. Me sorprendiste con tu pregunta. Me dejaste pensativa. Tal vez por joven, por tener una profunda convicción de que nuestro pueblo necesitaba la libertad, me lancé a la lucha contra Trujillo con arrojo, y por qué no, en ocasiones quizás actué con imprudencia, sin ver ni medir las verdaderas y graves consecuencias de mis acciones políticas. Recuerdo que te dije, María Teresa sólo escuchaba, que alguna gente nos había llamado “heroínas” y “mariposas”. En verdad yo creía que nosotras, más que heroínas, éramos mártires, pues lo único que habíamos hecho era sufrir, sufrir mucho.

Recuerdo la expresión de asombro en tu cara, Sina. Escuchabas con atención y seriedad. Sufrías tanto como nosotras. Atinaste a decir que las tres estábamos cerca de la muerte, y que si salíamos con vida de la cárcel, lo mejor que hacíamos



era asilarnos. María Teresa y yo nos negábamos. ¿Irnos y dejar abandonados a los maridos, a nuestros hijos, a nuestro hogar? ¿Y la lucha por la patria, la lucha por la libertad?. Respondiste con una afirmación muy categórica: *"Me voy a asilar. No tengo, ustedes tampoco, otra salida para salvar mi vida"*. Creo que solamente pude verte una vez antes del exilio. Ya no estoy segura ¡Ha pasado tanto tiempo! Recuerdo que alguien me dijo que pudiste irte a Buenos Aires. ¿Te trataron bien? ¿Conseguiste amigos por allí? ¿Me extrañaste tanto cómo yo a ti? Si pudiera verte de nuevo amiga. ¿Cómo te fue en el exilio? ¿Te hiciste ingeniera como soñabas? ¿Está también blanco tu pelo? ¿Te casaste? ¿Tuviste hijos? ¿Has visto a mis hijos? Quisiera verte y examinar tu vida junto a ti. Saber cómo empleas los días. ¡Ay amiga, parece que me enviaron aquí a sufrir de nuevo!

En el patio frontal vislumbro una especie de monumento. ¿Qué podrá ser? Hay unos bustos, debajo del laurel de mamá. ¡Qué inmenso y frondoso está!. Cruzo por debajo de un arco de madera rodeado de flores. Veo algo en el piso. Parecen tumbas. ¡Son las nuestras! ¡Mi cuerpo, mis huesos ...yacen aquí! Esta es la MIA, aquella es de Patria, esta es de María Teresa y hay una cuarta, ¡Ay! ¡Es de Manolo! ¿Cómo pudieron? ¿Cuándo nos trajeron aquí? Debo saber qué pasó. Necesito buscar una forma de averiguar esto. ¡AYUDA! ¡AYUDA! ¡NECESITO AYUDA!

Los gritos de unos niños interrumpieron mi ahogo. Llegaron en masa a Conuco porque querían conocer el Museo Hermanas Mirabal. Escucho decir que vienen de la capital. Dedé los está recibiendo. Veo a la maestra comprar taquillas. Se sentaron en el piso, desean antes de iniciar el recorrido



escuchar a Dedé. Tienen preguntas que hacerle. Decido presenciarse. Dejo mis angustias. Mi hermana cuenta de nuevo la historia, que se hace interesante y entretenida por las interrupciones de los pequeños:

¿Por qué Trujillo no quería saber de las Mirabal? ¿Usted estuvo presa? ¿Se enamoró Trujillo de Minerva? ¿Qué era el 1j4? ¿Cómo fue el accidente? ¿Por qué usted está viva? ¿Usted fue a buscar los cadáveres? ¿Los enterraron aquí? ¿Cuándo los trajeron aquí? ¿De que murió su papá? ¿Y su mamá? ¿Balaguer no quería saber de ellas? ¿Qué hicieron ustedes durante los 12 años de Balaguer? ¿Tuvo miedo? ¿Podían hacer las misas cuando había mucha represión? ¿Quién cuidó de los hijos de las muchachas? ¿Qué pasó con los amigos? Usted ahora es famosa, ¿Y antes? ¿Cómo se mantenía? ¿De que vivían? ¿Ustedes eran ricos? ¿Usted es la mamá de Jaime David, el que fue Vicepresidente de la República? ¿Quiénes eran los hijos de Minerva? ¿Qué hacen ahora?

Respondiste con ternura y paciencia esa avalancha de preguntas que te hicieron los chiquillos. Al escucharte entendí muchas cosas. Pude atar cabos sueltos. Ya sé qué ha sido de mis pequeños. Han podido hacer sus vidas a pesar de nuestra ausencia. Minou es diputada, ¡diputada! Y Manolito es empresario. Están casados. Tienen hijos. ¡Yo, tengo nietos, hermana! ¡Los hijos de mis hijos!. ¡Si pudiera verlos! Conocer sus hogares. Ver mis nietos, saber qué piensan de su abuela. Qué sueñan o qué les preocupa....

Tengo que buscarlos, saber qué hacen, verlos, simplemente verlos... Me marchó hermana, pero volveré, volveré, de eso estoy segura. Ahora debo marcharme, debo ver otras caras.



Minerva-ayer y hoy—mujer enamorada y madre

Regresé de mi periplo por esta tierra. Visité a mucha gente. Conocí muchas cosas. He aprendido otras. Estoy cansada, a sabiendas de que no existen razones para estarlo. ¿Cómo es posible agotarse si no tengo existencia material? Ha sido extenuante esta jornada. Aquí, sentada en este banco en el patio, frente a mi propia tumba, me asaltan muchos pensamientos, sentimientos de culpas y disculpas acerca de mi propia vida. Siento que he llegado al tramo final de este regreso repentino.

Fui una mujer feliz en mis 34 años de existencia. Conocí todas y cada una de las dimensiones de la vida: la alegría, el dolor, la desesperación, la risa, la esperanza, la pasión, los sueños... Me enamoré del amor siendo adolescente, pero lo encontré finalmente ya adulta. Conocí la pasión, la alegría de amar y de ser correspondida, al amor de mis amores a los 28 años. Un día cualquiera de enero del 54 me encontré a Manuel Aurelio Tavárez Justo descansando en Jarabacoa. Yo visitaba a mi tío Fello Mirabal. Necesitaba descanso y consuelo después de la muerte de mi padre en diciembre del 53. Nos encontramos y el amor tocó, sin preguntarnos, nuestros corazones. Manolo, mi bien amado Manolette, estaba comprometido con Ana Matilde Cuesta, la hija de Don Pelayo. Nos encontramos,



nos enamoramos, y ante la realidad nueva que vivía, rompió su compromiso. El amor llega de repente y te embriaga. Así nos ocurrió a nosotros dos.

Nos amamos sin condiciones, y de esta misma manera unimos nuestras vidas en noviembre del 55. Yo no era una niña. Había cumplido mis 29 años. Manolo, más joven que yo, tampoco era un imberbe, pues sobrepasaba los 26. El matrimonio no impidió que siguiera con mis estudios. ¡En eso no cedía! Manolo en Montecristi, yo en la capital, vivimos de cartas y encuentros furtivos. Al poco tiempo llegaron nuestro hijos, frutos del amor y la pasión. Minou abrió sus ojos al mundo un caluroso día de agosto del 57. Al año siguiente, llegó Manolito.

Mis hijos completaron mi vida, pero llegaron en el calor del compromiso político. El verdadero activismo nuestro comenzó en 1959. Trabajamos intensamente por transformar la historia que heredamos. Queríamos libertad, y eso era sólo posible si Trujillo desaparecía. Algunas de nuestras actividades no eran más que tejidos de meras ilusiones y sueños, como la propuesta de creación de un grupo político-militar antitrujillista nacida en la casa de Yuyo D'Alessandro. Pero ya en 1960, después de las reuniones en Conuco y Mao, cuando formamos el IJ4, y después del encarcelamiento de casi todos, nuestras acciones se hicieron más firmes y comprometidas. Durante esos duros años de reuniones clandestinas y de acciones arriesgadas, mis pobres pequeños se quedaban al cuidado de amigos y familiares. ¡Cuánto agradezco a Doña Conchita, a Ángela, a Mamá Chea, a Patria y a Dedé sus desvelos por mis hijos!

Creo que Manolo y yo no tuvimos tiempo de ser buenos padres. La política rivalizaba con el rol de madre. Sufría



tremendamente cuando abandonábamos a nuestros hijos. Recuerdo como ahora una carta que me escribió Manolo desde la cárcel. La separación era difícil para todos:

“El corazón es algo insaciable, pues a pesar de que hace unos cuantos días que dejamos de estar juntos, todas las cosas de tu vida y de mi hija que me dices, me resultan novedosas... No creo que exista un momento de mi vida en que no tenga mi pensamiento en ti y mi hija del alma. Llevo grabada la imagen de nuestra hija y su boquita ensayando una sonrisa, esa sonrisa que tú conoces y hace feliz a papi. ¡Qué falta me hacen!”

No pude ser buena madre, no tuve tiempo. Lloré lágrimas de sangre en la cárcel pensando en mis dos retoños. En las largas noches de encierro me obligaba a soñar con ellos. El dolor de las torturas se aminoraba si pensaba en sus sonrisas y sus abrazos. Durante un largo tiempo me debatí internamente. ¿Cuál camino escoger? ¿El de madre y esposa o el de mujer comprometida? Con profundo dolor, y asumiendo las consecuencias de mi decisión, opté por la segunda. Quería que mis hijos crecieran en libertad. Preferí que supieran que su madre asumió la vida con responsabilidad. Me consolaba diciéndome que muchos niños del mundo habían podido crecer sin sus madres. Espero que Minou y Manolito hayan podido perdonar y aceptar a su madre tal cual fue. Los amé y los amo ahora en la eternidad. Me hice presente en algunos de sus sueños, quizás los asusté. Sólo quería abrazarlos y decirles que los amaba y cuidaba desde el infinito. Gracias hijos míos, por haber crecido en el amor, por haber hecho de sus



vidas algo constructivo. Gracias por haber amado a Mamá Chea y a Dedé. Gracias también por haber guardado la memoria de su padre, quien, a sabiendas de que era una batalla perdida, decidió, cumpliendo con sus convicciones, inmolar-se en el levantamiento armado. ¿Saben que estamos de nuevo juntos y vivimos la eternidad con alegría? ¿Saben que le he perdonado sus andanzas? Gracias por crecer y creer en el amor incondicional, por no haber abrigado el odio ni el rencor en sus corazones. Gracias por amar a sus primos como a verdaderos hermanos. Gracias por creer en el valor de la familia. Gracias mis hijos por amar tanto a sus propios hijos, por eternizar en ellos la memoria de sus abuelos y de sus tías.

En mi recorrido por el mundo de hoy, puede escuchar, sentir y pensar muchas cosas. Algunos idealizan mi vida con Manolo, como si nuestras cotidianidades no estuviesen teñidas de la sociedad misma que formamos parte. Como si Manolo y yo no hubiésemos sido mujer y hombre, envueltos en nuestras propias inseguridades y fortalezas. Fuimos pareja, nos amamos, nos comprometimos, nos enfrentamos, y, por qué no, hasta por momentos nos detestamos ¿qué pareja no ha sentido así? Sonríe pensando que a veces los pueblos necesitan tejer sus propias fantasías. Olvidan que los seres humanos que luchan y asumen compromiso con su tiempo, están plagados de virtudes, también de defectos. Que en su recorrido por el mundo aciertan muchas veces y yerran otras tantas. ¿Sería la violencia de nuestras muertes lo que nos hizo especiales?



Minerva-ayer-realidad. El encuentro con la muerte

Preparada estoy ya para pensar en mi propia muerte. Mamá Chea tenía razón, cuando me decía una y otra vez “¡Minerva, ten cuidado, te van a matar!” Nunca le hice caso. La juventud me impedía vislumbrar la muerte, aunque sabía que era una posibilidad real. Decía siempre “¡Si Trujillo me arrebatara la vida, me levantaría entonces de mi tumba para llevarlo al infierno!”

La sentencia estaba dictada. Para el dictador Trujillo, el hombre que se sentía grande, a pesar de su afeminada vocecita, nosotras, las “Mirabal” representábamos su gran preocupación. “Yo sólo tengo dos problemas: los curas y las Mirabal”, dijo el dictador-asesino en Villa Tapia durante una visita a la casa del Ex Gobernador Rafael Quezada. Y nosotras, las Mirabal también teníamos un grave problema: Trujillo. La falta de libertad, los atropellos a los derechos ciudadanos, las injusticias, los asesinatos abiertos y encubiertos perpetrados por el sátrapa, representaban serios problemas que tenían un solo culpable: el hombre que ocultaba el mulataje de su rostro con perlina y polvo rosado, el dictador de afeminada, aflautada y sibilina vocecita. El hombre que se hacía temer por el sarcasmo de sus palabras y la violencia de sus hechos. ¿Qué otra



salida podía existir para él, si no era nuestra muerte? ¿Qué otra salida había para nosotras, si no era su muerte?

Aquel día 25 de noviembre de 1960, Patria, Maria Teresa y yo fuimos a Puerto Plata. Llegamos a la cárcel. Patria nos acompañó por solidaridad, pues Pedrito, su esposo, estaba en otra cárcel. Después de haber pasado un buen tiempo junto a Manolo y Leandro, una visita sospechosamente más larga de lo permitido, una señal inequívoca, que sin embargo no nos llamó la atención, tomamos el camino del regreso. Mientras cruzábamos el puente de Marapica, nos obstruyeron el paso y nos obligaron a subir al de los asesinos. No tengo precisión de la hora, pero estoy segura que era el atardecer. Debían ser como las 5:30 de la tarde. Cuando subíamos al carro, pasó un camión de la Caja Dominicana de Seguros Sociales, nos percatamos de su presencia y comenzamos a gritar, a gritar como locas: *“Somos las Hermanas Mirabal, dígame a nuestra familia que nos hicieron presas y que nos van a matar. Que nos llevan para matarnos”*. Teníamos la esperanza de que podrían quizás avisar a Mamá Chea y a Dedé. No lo hicieron. Quizás no nos escucharon. Quizás tenían miedo. Patria logró escapar. Corriendo llegó hasta la casa donde estaba la factoría de café de un italiano. Al verla, la ayudó como pudo. Pero los verdugos corrieron tras ella y la atraparon de nuevo.

Vi la cara de los asesinos. Uno era el chofer de un tal Néstor Pérez Terrero y los otros eran Cruz Valerio y Rojas Lora. El jeep nuestro escoltaba al vehículo de los verdugos, formaba parte de la macabra caravana silente. Estaba guiado por Ciriaco de la Rosa. Rufino estaba a su lado. Nos llevaron a la casa que Trujillo tenía en la Cumbre. Nos entraron por una puerta lateral que da hacia el norte, ubicada después del



portón principal. En el garaje del lugar los verdugos comenzaron la fiesta con nuestros cuerpos. Allí nos torturaron hasta que se agotaron. Yo traté de defenderme. Intenté soltarme, me aferré a la pared con mis manos ensangrentadas. No pude hacer nada más. Nos entraron de nuevo al jeep. Mientras nos llevaban, yo tenía todavía un hálito de vida. Los asesinos se dieron cuenta, entonces me ahorcaron. Cuando llegamos de nuevo al Puente de Marapica. Lanzaron el jeep por el precipicio. Una vuelta otra vuelta y nuestros cuerpos masacrados y sin vida salían disparados sin piedad. Esos minutos en que todavía respiraba, me permitieron retratar mi propia vida. Pensé mucho en mis hijos. Vi sus caritas inocentes. Vi el rostro de Mamá y Dedé. Observé también cómo María Teresa y Patria tenían sus cuerpos maltratados y sin vida. Llegó a mi la alta figura de Manolo y me pregunté cómo estaría en la cárcel. Lloré por mi, por mis hijos y por el país. Después no recordé nada. Me pregunto ahora ¿Qué pasaría por las mentes de Patria y María Teresa? Imagino que habrán pensado y llorado por sus hijos y sus esposos. ¿Quién y cómo los cuidaran?

Ese día fue el fin de nuestra existencia en la tierra. No sufrimos, lo juro. Hubo dolor, mucho dolor, profundo dolor al principio que nos torturaban y nos defendíamos. Pero llegó el momento, sin darnos cuenta, en que nuestras almas se desprendieron de nuestros cuerpos. Salieron volando del capullo. No tuvimos dolor ni miedo, ansiedad ni pena; al contrario sentimos el agrado de transformarnos en mariposas.

En ese proceso, los cuatro, convertidos en esencia y energía, pudimos presenciar, como espectadores, todo cuanto ocurría. Éramos el centro de aquella escena de horror. Al salir de nuestros cuerpos nos encontramos en el estadio extraño



de ser espíritu. Aprovechamos el momento para despedirnos de los nuestros. Como pudimos, con sonidos, voces desde lejos, pisadas, desgarramientos de puertas y ventanas, gritos y llantos... dijimos adiós, reiteramos nuestro amor y pedimos que cuidaran de nuestros hijos.

Antes de encontrarnos con la Energía Universal, presenciábamos el proceso siguiente a nuestras muertes. La llegada de Ambiorix Díaz Estrella, Juez de Instrucción de la Segunda Circunscripción de Santiago y de Marco Tulio García, ayudante del Fiscal, quienes fueron al puente de Marapica para recoger nuestros cuerpos. Cuando nos entraron en la ambulancia mandaron a avisar a la familia del accidente fatal que habíamos sufrido. ¡Qué ironía! ¡Un accidente!. Esa noche fuimos testigos de la desesperación de Tonó. Su presentimiento acertado cuando vió que era tarde y no llegábamos, entonces le dijo a Reyna que debían limpiar la casa porque habían matado a las muchachas. La llegada de Nelson a Ojo de Agua, en la madrugada del 26, para avisar a Dedé y Jaimito de nuestra ausencia. La entrada del emisario que avisó a Mamá que nos habíamos accidentado. La partida de Mamá acompañada de Nelson, Jaimito y Dedé a Salcedo. Allí se enteraron de nuestra muerte. El grito desesperado y sin consuelo de Dedé: *“Las asesinaron! ¡Las asesinaron!”* El regreso de Mamá a Conuco para preparar el velatorio, mientras Jaimito y Dedé iban a Santiago a recoger nuestros cuerpos. ¡Qué valor tuvieron! La espera angustiada en el hospital. Los pocos amigos que se atrevieron a acompañarlos. El regreso de Dedé con nuestros cuerpos para ser velados en Conuco. El encuentro de Dedé y Mamá *“¿Qué ha pasado, Dedé? Dime, dime...”* preguntaba llorando desesperada. *“Mamá, respondió Dedé, las tres, han asesinado*



a tus tres hijas. Tus hijas, las han asesinado... " Observamos el velatorio, los que lloraron con sentimientos y los que no se atrevieron a acercarse a la casa por terror a la ira del Jefe. Los buitres del tirano asesino acechaban en silencio, anotando todo cuanto acontecía para calumniar ¡Malditos sean! ¡Malditos sean!. Vimos cuando sacaron nuestros cuerpos de la casa por la puerta principal. Mamá cerró para siempre esa puerta. Juró entonces que no iría al cementerio hasta su muerte. Despidió a sus hijas y musitó "*Enrique, abí van tus hijas, que han muerto como tú, luchando por tu pueblo...*" Observamos el silencio de nuestro cortejo fúnebre. Nuestros cuerpos fueron colocados en los vehículos que pudieron encontrar, un carro fúnebre y dos camionetas. Luego se celebró la misa en la Iglesia Parroquial San Juan Evangelista de Salcedo. Entonces nos llevaron al cementerio municipal y nos depositaron en el nicho familiar junto a nuestro padre. Escuchamos las palabras de Dedé "*Salcedo, ven a ver a tus hijas que han muerto luchando por la libertad y la justicia.*"

Después que nos acercamos a los nuestros, que vimos nuestro propio enterramiento, pudimos sentir lo que es el amor infinito y total. Entonces todo fue paz. Entramos al túnel agarrados de la mano. Una luz brillante, la Fuente de la Energía que mueve al universo, nos esperaba tranquilamente. En paz y alegría fuimos hacia Ella.

*Alma, yo estoy unido con mis muertos,
Con mis muertos tranquilos e inmutables,
Con mis pálidos muertos
Que desdeñan hablar y defenderse,
Que mataron el mal de la palabra,*



*Que solamente miran,
Que solamente escuchan,
Con su oído invisible y con sus ojos
Cada vez más abiertos, más abiertos
En la inmóvil blancura de los cráneos;
Que en posición horizontal, contemplan
El callado misterio de la noche
Y oyen el ritmo de las diamantinas
Constelaciones en el negro espacio*



Minerva-hoy-energía, en Conuco. Pensando en el pasado, presente y futuro de la humanidad

Sentada aquí, bajo el laurel de Mamá, junto a nuestros bustos, presiento que se ha acercado un nuevo final. Creo que la luz de la eternidad volverá pronto a buscarme. Tengo ganas de reencontrarme con Manolo, María Teresa, Patria, Mamá, Papá, Rufino, Larry, Hortensia y tantos otros a quienes anhelo abrazar y contarles de esta aventura nueva e inesperada que he tenido en la tierra.

Supe que después de nuestras muertes muchas cosas han cambiado. He aprendido, he reflexionado, y, por qué no, he llorado también. El Gobierno del Profesor Bosch fue derrocado por la derecha. Manolo y el IJ+ se esfumaron rápidamente, cuando se lanzaron a las montañas luchando contra el Triunvirato, un gobierno de facto. Después se produjo la Revolución de Abril que intentó reponer al Profesor Bosch. La Ocupación Militar Norteamericana, negociaciones y traiciones, y luego el gobierno de transición del Héctor García Godoy. Elecciones en 1966, resultando ganador el Dr. Joaquín Balaguer, el mismo que era presidente a la hora que nos asesinaron. El hombre que inició su carrera política bajo el manto protector del sátrapa-asesino, el que vendió su inteligencia para hacer discursos de loas; el que intentó, por la fuerza,



permanecer en el poder momentos después del ajusticiamiento del dictador. En 1996, me enteré llena de horror de un acto llamado "patriótico", en el que él y otros cercanos suyos, responsables de apresamientos, torturas y asesinatos, cantaban junto a muchos de los míos "somos amantes de la paz". Malhechores de ayer, se han convertido en héroes a imitar y emular en el hoy. O tal vez, las fronteras de las diferencias ideológicas y políticas se esfumaron, y lo único que queda es el batallar político por ganar la simpatía y el favor de los votantes, sin importar qué se ofrece o deja de ofrecer.

Me enteré que antes de su muerte, en julio del 2002, en el umbral del siglo XXI (Dios, ¡Casi un siglo de vida política!) el Dr. Balaguer se convirtió en el sumo pontífice de los políticos dominicanos. Todos visitaban su casa, para solicitar su apoyo. Los que ayer lo combatían con vehemencia, se retractaron. Los que estuvieron encarcelados, lo justificaron y perdonaron. Convertido hoy en el padre amado de todos, el Doctor Balaguer, el mismo que ignoró o permitió el complot contra nosotras, pudo irse tranquilo al mundo de los muertos. Fue, sin duda alguna, el hombre de mayor influencia política del siglo XX. Es hoy el vencedor, el triunfador, el gran liberado de culpas, el único exculpado de la historia.

Las ilusiones, las perezas de nuestras luchas políticas han sido olvidadas y enviadas al destierro. Un pragmatismo salvajemente innoble y vulgar se ha adueñado del corazón de los que se dicen luchar por las causas justas. El sacrificio y la entrega parece que hoy son palabras huecas, vacías... El honor es un recuerdo de ayer, de los ilusos que ofrendaron sus vidas por sus ideas. ¿Dónde están los hombres y mujeres de ayer que soñaban con la libertad? Parece que hoy día, lo importante es



llegar, a cualquier precio, no importa a quien se pisotée o lastime. ¡Qué tristeza tan honda me ha provocado! ¿Dónde han quedado las luchas por una sociedad mejor? ¿A dónde fueron a parar las ilusiones por un mundo de justicia? ¿Es que la juventud ya no sueña? ¿Es que los adultos ya no enseñan a soñar? ¿Acaso la vida se puede quedar en el simple bienestar material? ¿Ya no tiene sentido defender la ética como parte esencial del comportamiento político y social?

Aterrada me siento con lo que está pasando en el mundo. He visto con horror la nueva faz de la guerra. La humanidad ha demostrado, ¡una vez más!, que se ampara de la guerra para imponer sus posiciones. Los conflictos bélicos han sido constantes en nuestro paso por la vida. Desde siempre y para siempre la guerra. Tengo la esperanza de que la humanidad aproveche este momento para pensar profundamente sobre su propio destino. Las desigualdades sociales y la pobreza siguen siendo los dos grandes males humanos que no han encontrado solución. Me asaltan las preguntas ¿Cómo mantener el principio de la libertad en una sociedad con culturas no sólo disímiles sino también diametralmente contradictorias? ¿Por qué no somos capaces de desarrollar una cultura de paz? ¿Por qué no hemos sido capaces de anteponer el amor al odio? Me siento triste e impotente ante este mundo tan ciego, intolerante y violento. Sigo amando la esperanza.





El adiós, el balance final

Debo apresurarme. Esperan por mi. He escuchado por doquier gente que dijo conocerme, y no recuerdo haber tenido el gusto de intercambiar con ellas ni siquiera un saludo. He leído en artículos de prensa que muchas personas se vanaglorian de haber ayudado a nuestra causa, y a decir verdad, nunca las había visto, ni nunca había escuchado sus nombres. ¡Cuánto han florecido las personas que luchaban por la libertad! ¡Qué tonta fui de no haber sido testigo de ese compromiso! ¿O tal vez acaso se mantenían callados por temor, y ahora que las Mirabal dejaron sus capullos, se ponen de frente para sobresalir?. ¿Esta gente diría lo mismo si la situación se revirtiera, y la libertad fuera secuestrada? ¿Abrirían sus labios para protestar y luchar o para complacer a los nuevos dueños de la situación?

Dicen que soy una heroína. Otros afirman que mis hermanas Patria y María Teresa, lo hicieron para acompañarme. ¡Que injusticia tan grande! Ellas fueron valientes, tan valientes como yo. Como ha sido una digna heroína Dedé, mi hermana, la que ha vivido para contar nuestra historia. He escuchado tanto que soy un símbolo de la patria amada, que soy una mujermito que ha trascendido en el tiempo y en el espacio. Acepto



ser mito si con ello ayudo a la juventud a forjar sus utopías. Asumo la responsabilidad de que mi nombre permanezca en la memoria colectiva si con esto volvemos a la búsqueda del bienestar social, de la verdadera libertad y de la pureza de los sueños. Acepto el reto de ser una eterna mariposa, si de esta forma podemos volar con nuevos bríos por caminos de una verdadera transformación social y de una verdadera democracia. Recibo con humildad y con orgullo todos esos calificativos, olvidando la mujer que fui, llena de virtudes, defectos, angustias, dudas, certezas y temores, si sirve de emblema, símbolo e inspiración para seguir luchando. La vida debe seguir, las luchas también.



El regreso a la nada

Se acerca el resplandor que viene a buscarme. Es inminente el regreso. Se abrió la compuerta que me indica que debo regresar. Necesito encontrar algunas respuestas. Todavía me pregunto ¿A qué volví? ¿Para preguntarme si todo valió la pena?

¿Valió la pena el sacrificio de que nuestros hijos no disfrutaran de sus madres? ¿Valió la pena el dolor de nuestras ausencias para esas nueve vidas que dejamos al amparo de Mamá y Dedé? ¿Valió la pena el desconsuelo y la desesperación de nuestra familia? ¿Valió la pena sustituir una vida tranquila, sin problemas, acomodadas a nuestra condición de mujeres-madres, mujeres-hijas, mujeres-esposas por la cárcel, las torturas, las ausencias y las dudas,? ¿Valió la pena soportar la condena y la indiferencia de la gente cuando supo que las Mirabal conspiraban contra el sátrapa-asesino? ¿Valió la pena tanta angustia, tanto sacrificio? ¿Valió la pena no disfrutar de la vida, de la ancianidad, de la alegría de los nietos, del simple placer de vivir? ¿Valió la pena que Patria muriera cuando hizo este viaje por solidaridad? ¿Valió la pena haber pasado todo cuanto pasamos cuando existen personas que gozan con lanzar mentiras y lodos sobre nuestra memoria? Que si nuestro



padre hizo o no hizo; que si abandonamos o descuidamos a las hermanas fuera del matrimonio; que si con Rufino debimos hacer esto o aquello; que si nuestros hijos debieron ser de otra manera... que si Mamá debió hacer esto o aquello; que si Dedé es o no es... Esos críticos, a veces desalmados, olvidan que la vida se te presenta de forma inesperada, y que sus pruebas se reciben y se responden con lo que tenemos a mano. Sé que nuestras vidas desbordaron el marco de lo privado para convertirse en patrimonio colectivo. Por eso mucha gente se siente con el derecho de juzgar. ¡Es muy fácil escribir la historia desde la tranquilidad de un escritorio! ¡Qué bueno resulta juzgar los hechos desde la tranquilidad de un hogar sin poner en riesgo su propia vida! ¡Cuan sencillo resulta evaluar así, cuan sencillo!

Ya no puedo volver a la vida. Mi lugar está en la eternidad, junto a la otra parte de los míos que esperan ansiosos mi llegada. Pienso que a pesar de las lágrimas que he vertido de nuevo, de mi impotencia por no poder abrazar, besar, conversar, disfrutar de la gente que amo y amaré siempre en la eternidad, todo, absolutamente todo ha valido la pena.

Valió la pena morir, hemos ganado libertad.

Valió la pena el sacrificio, a pesar de los tropiezos, el mundo sigue su curso, se ha transformado, necesita sin embargo de nuevos cambios, y de justicia, mucha justicia.

Valió la pena llorar, muchos encontraron la alegría. Pero las lágrimas no se han detenido en el mundo.

Creo que si, que valió la pena. Tal vez debieron dejarnos más tiempo para luchar.

¿Valió la pena? ¿Valió la pena morir para convertirnos en mito? ¿Valió la pena? ¿Valió la pena?



*Bibliografía, documentos, videos
y fuentes de información*



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Bibliografía, documentos, videos y fuentes de información

Bibliografía

- ALVAREZ, Julia, *En el tiempo de las mariposas (novela)*, Buenos Aires, Editorial Atlántida, 1995.
- AQUINO GARCIA, Miguel, *Tres heroínas y un tirano*, Santo Domingo, Ediciones Universidad Interamericana (UNICA), 1996.
- BESANT, Annie, *El hombre y sus cuerpos*, Barcelona, Editorial Humanitas, Segunda edición, 1997.
- CRUZ GONZALEZ, Alcibiades, *Las heroínas de Salcedo en un Ojo de Agua*, Santo Domingo, Impresos COBE, 1997.
- FERRERAS, Ramón Alberto, *Las Miralbal. Media isla (3)*, Santo Domingo, Editora Cosmos, 1976.
- GALVAN, William, *Minerva Mirabal. Historia de una heroína*, Santo Domingo, Editora Taller, Tercera Edición, 1997.
- GIBSON, Ian, *Yo, Rubén Darío. Memorias póstumas de un Rey de la Poesía*, Bogotá, Colombia, Ediciones Santillana, 2002.
- GOMEZ SÁNCHEZ, Fuime, *Minerva, Patria y María Teresa. Heroínas y Mártires*, Santo Domingo, Ediciones CONES, 1999.
- GRULLON, Francisco Livio, *Los colores de la vida*, Santo Domingo, Editora Alfa y Omega, 1996.
- GUZMÁN, Leandro, *114 De Espigas y Fuegos*, Santo Domingo, Editora de Colores, 1998.
- KUBLER- ROSS, Elizabeth, *La rueda de la vida*, Barcelona, Ediciones B., SA, 2000.
- MIRABAL, Minerva, *El principio de la irretroactividad de las leyes y la jurisprudencia dominicana (tesis doctora, 1959l)*, Santo Domingo, Ediciones del Comisionado de Apoyo a la Reforma y Modernización de la Justicia, Impreso en Editora Búho, 2000.
- MARTINEZ, Violeta, *Homenaje a las Hermanas Mirabal*, Santo Domingo, s/r, Quinta Edición, 2001.



Documentos

- Correspondencia entre Minerva Mirabal y Manuel Aurelio Tavárez Justo
- Correspondencia entre Minerva Mirabal y Violeta Martínez Bosch-López
- Auto de envío al Tribunal Criminal del Doctor Ambiorix Díaz Estrella, 1962.
- Entrevista a Ambiorix Díaz Estrella, "Yo levanté los cadáveres de las Mirabal", Revista Ahora No. 711 del 27 de junio de 1977.

Videos

- "De regreso a casa", traslado de los restos de las Hermanas Mirabal, noviembre del 2000.
- "En el tiempo de las mariposas", película producida y actuada por Salma Hayek en versión en español y en inglés.
- Programa SER HUMANO Especial sobre las Hermanas Mirabal en noviembre de 1994.
- Entrevistas en el Programa "Contacto" a Minou Tavárez Mirabal, noviembre del 2000.
- Programa Especial del Programa "Contacto" en homenaje a Dedé Mirabal, 2001.

Fuentes de información

ENTREVISTAS

- Dedé Mirabal. 5 de enero de 2002
- Minou Tavárez Mirabal. 20 de febrero de 2002
- Tomasina Cabral. 17 de abril de 2002
- Ambiorix Díaz Estrella. 25 de abril de 2002
- Violeta Martínez. 25 de abril y 25 de mayo de 2002
- Ángela Tavárez. 6 de mayo de 2002
- Antonia Rosario Rodríguez. 25 de mayo de 2002
- Norys y Nelson González. 22 de junio de 2002
- Mercedes Conde, Doña Chelito. 22 de septiembre de 2002
- Violeta Martínez Bosch López. 24 de septiembre de 2002
- Manuel Tavárez Mirabal. 5 de octubre de 2002
- Dr. Ángel Concepción. 5 de octubre de 2002
- Binelly Ramirez. 23 de octubre de 2002
- Luisa Jorge. 23 de octubre de 2002
- Wenceslao Vega. 23 de octubre de 2002
- Thelma Benedicto. 4 de noviembre de 2002.



Apéndices.

Discursos





Discurso doctor Ángel Concepción

Pueblo dominicano, aunque sin materializarse, espiritualmente, aquí sentimos vibrar la presencia de Doña Chea, la valiente, abnegada y sufrida madre, con un ramo de orquídeas en las manos, con una oración en los trémulos labios. Sangrante el corazón por las heridas del pasado, desde la eternidad participa en la solemnidad de este acto, en que las hijas de su alma retornan a la casa. Es que señores, aquí están Patria, Minerva y María Teresa junto a Manolo. Vuelven al hogar que las vio partir un 25 de noviembre aciago. Hechos jirones sus frágiles cuerpos tras su cruelto martirologio. Desde la cumbre, desde Manaclas, de cumbre en cumbre, dejaron encendidas las brillantes luces de la entrega, del amor a la patria, y el sublime sentimiento de la solidaridad humana. Aquí están en sus sepulcros venerables. Aquí vuelven a encontrar la paz con que tanto soñaron. Larga fue la espera por la llegada de este día, pero en la historia de la humanidad hay otras tan prolongadas y angustiosas como estas. Como ejemplo la de Jesús, cuando aferrado al madero de la crucifixión aguardó estoico los clavos y las lanzas que taladraron sus manos, sus pies y sus costados. O como las de tantos pobres, tantos desposeídos, víctimas de las injusticias que sufren, trabaja, aman



y esperan la llegada de su redención definitiva. Hoy regresan a la casa, que no es solo eso, una casa, es un centro, una luz, un imán que une los fragmentos dispersos, una cantidad hechizada. Sus paredes, sus ventanas, además de la madera o el metal como están hechos por el amor y la ternura, por la alegría o la tristeza de quiénes la habitaran. Los Indios Mayas lo sabían y por eso en días de fiestas dejaban junto a las ventanas chichas, limonadas, pan de maíz y hojaldres para aquellos seres queridos que regresaban. Lo sabían los Incas y sus candiles encendidos para que alumbraran los caminos de aquellos que se habían perdido. Lo sabían los taínos y sus redondas tortas de casabe. Lunas llenas iluminando los que vivían en las sombras. Lo sabían los poetas, los Neruda, los Vallejo, los Bisemburgo y los...

Saben que una casa es un punto de partida y un punto de llegada. Saben que hay muchos mundos, pero están en este y que el cielo y la tierra se unen cuando se abre la puerta. Que en el centro de una casa crece un árbol en la oscuridad del raposo con el poder del reverdecer y del germinar propio de la muerte. Que a toda casa señores vuelven aquellos que alguna vez partieron.

Hace 40 años partieron a encontrarse con el asesinato como bestia incendiada por la cola y como escribió Pedro MIR: "comprendimos entonces que el crimen no se detendría ante ninguna puerta de concordia, ante ninguna ventana de ternura, ante ningún..."

Ni ante paredes, ni ante rendijas, ni ante el paroxismo de los progenitores iniciales. Porque a partir de entonces el plomo perdió su rumbo, y el sentido su rango y solo quedaba en pie la humanidad emplazada a augurar sobre este punto es-



candaloso de la inmensidad del universo. Supimos entonces que el asesinato ocupaba el lugar del pensamiento, que la luz de la casa comenzaba a aclimatarse el puerco cimarrón y la araña peluda.

Hace 40 años repito regresan convertidos en mariposas y mirad como huyen el puerto cimarrón y la araña peluda. Señores es día de reflexión y de júbilo, porque ellos, Patria, Minerva, María Teresa, junto a Manolo regresan a su hogar querido.

Ojalá que alguna vez la justicia, la dignidad y el decoro frenen esta tierra, para que las hermanas Mirabal pueden volver a la casa grande que es la patria nimbada por los gloriosos sueños de Simón Bolívar, de José Martí, de Juan Pablo Duarte, de Manolo Taváres Justo... (se corta un poco el video).

Y gloriosos hijos y de este nuestro amado pueblo y de tantos pueblos de nuestra América Latina todavía irredensa.

Finalmente, Rufino de la Cruz, tú también comprendiste que el crimen y la iniquidad no se detenían nunca, ni ante tu inocencia, ni ante tu pureza, ni ante tu valor, ni ante nada.

Por eso las acompañaste sin miedo, hasta el final del último viaje sin retorno que hicieron.





Discurso de Minou Tavárez Miraval

Doctora Milagros Ortiz Bosch, Vicepresidenta de la República Dominicana, Señora Dedé Mirabal, hermanos míos, queridos todos, familiares, amigos, compañeros y compañeros de los hermanas Mirabal y de Manolo Tavárez que nos acompañan en este día. Recordar viene del latín recordis y significa en su acepción original “volver a pasar por el corazón”. En este nuevo 25 de noviembre crecido, extendido hasta parajes ubicados quién sabe en cuál rincón del otro lado del globo, venimos como lo hemos hecho infaliblemente durante 40 años a dejar constancia de que recordamos.

Los hijos e hijas de las muchachas y de Manolo, nos hicimos adultos viendo como consecuentemente numerosos amigos y compañeros de lucha del movimiento revolucionario 14 de junio han hecho fiel y perseverante acto de presencia para mantener viva esta memoria.

Cada año esta conmemoración fue cambiando de tamaño y de forma, aunque no de esencias y a ella se fueron incorporando muchas que por fortuna no vivieron en el oprobio, a todos gracias, en especial a muchísimos de los rostros que puedo observar entre los presentes que han estado en este lugar desde aquella primera misa de 1961, y que han acompañado año



tras año en cada recorrido al cementerio desde el cual regresan hoy a Patria, Minerva, María Teresa y Manolo.

Los verdaderos héroes, dice la periodista española Rosa Montero, son seres normales que en circunstancias excepcionales son capaces de crecerse hasta dar el máximo. Luego pasados los momentos críticos y los años del frío, los verdaderos héroes se sumergen de nuevo en el anonimato, en esa cotidianidad sensata y sustancial de la que son paladines. Con este acto debemos hacer reverencia a muchos otros héroes, luchadores por la libertad que durante más de tres décadas se involucraron en la resistencia, poniendo con ello en peligro no sólo sus propias vidas sino de todos los miembros de sus familias.

Cuando comencé a redactar estas palabras pensé, como pienso cada vez que debo asistir a un acto de recordación de cualquiera de mis padres o de mis tías, pensé en esos héroes que se han sumergido en el anonimato de la vida y de la muerte y pensé especialmente en dos hombres, cuyos nombres estarán por siempre ligados a los de las heroínas hermanas Mirabal y de Manolo. Me refiero por supuesto a Rufino de la Cruz que cuando más escaso era el coraje y más amplio era el miedo tuvo el valor de acompañarlos dando muestras de valentía, de lealtad y de solidaridad.

Y me refiero a Jaime Ricardo Socías, compañero de alegrías y de ideas de Manolo, cuyo sentido del deber y del compromiso lo llevaron a inmolarse junto a su cuñado en las montañas de Manacles. Sus restos reposaron durante 37 años al lado de los de Manolo y serán trasladados a Montecristi este próximo 21 de diciembre. Veneración y agradecimiento eterno les debemos.

Aquí en su jardín, reposarán para siempre, Patria, Minerva, María Teresa y Manolo. En la casa que diseñaron y construyeron



con tanto amor y con tanto gusto por la vida. Aquí podremos pensar los vivos, recordarlos entre sus libros y pertenencias, conocer de sus cualidades, de su arrojo en defensa de la justicia y de los derechos civiles, de sus sueños de liberación y de sus ideas de democracia, de igualdad, y de dignidad humanas.

Aquí podremos compartir su amor hasta el sacrificio por la libertad, aquí vendremos a testimoniar nuestra admiración por su valentía y por su decidido coraje en la lucha por construir un futuro mejor para el país que nos acoge. Pero también, nuestro agradecimiento por el conjunto de valores y de principios que nos legan y por su ejemplo de vida útil, fructífera, coherente y digna.

Aquí podremos, en fin, imaginar que no se han ido para siempre porque vuelven a pasar por el corazón de un pueblo que los venera y que visita este monumento sintiendo que es un santuario contra el crimen, contra la impunidad, contra la venganza y el servilismo, que no deben jamás degradar, desde el poder del Estado a ningún ser humano.

¡Muchas Gracias!





Mu-Kien Adriana Sang-Ben

Nació en Santiago de los Caballeros, el 8 de septiembre de 1955. Hija de Miguel Sang y Ana de Sang, ambos fallecidos. Realizó sus estudios primarios en el colegio Salvador Cucurullo y la secundaria en el Colegio Sagrado Corazón de Jesús. Se graduó de Licenciatura en Educación (Summa Cum Laude) en la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra (1978). Con Postgrado en Educación de Adultos en el CREFAL, México (1978) y doctorado en historia en la escuela de Altos Estudios de Ciencias Sociales de París, Francia (1985). Ha sido profesora invitada y conferenciante en universidades nacionales y extranjeras. Autora de artículos de opinión en medios informativos y revistas científicas nacionales. Investigadora histórica en el contexto de la historia política. Tradujo a solicitud de la Comisión Oficial del Sesquicentenario de la Independencia Nacional, la obra Correspondencias del Cónsul de Francia en Santo Domingo (Tomo I 1844-1846 y Tomo II 1846-1850). Asimismo, hizo el estudio preliminar del libro "La República Dominicana y sus relaciones exteriores (1844-1882)" de Charles Hauch, publicada en el 1996 por la Sociedad Dominicana de Bibliófilos. Fue Directora Ejecutiva de la Oficina de Desarrollo del Instituto Tecnológico de Santo Domingo y Oficial de Comunicación e Información del Programa de Naciones para el (PNUD) en República Dominicana. Fue Directora Ejecutiva del Proyecto para el Apoyo a Iniciativas Democráticas, financiado por la Agencia Internacional para el Desarrollo (USAID), con el



respaldo y la orientación de la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra, donde actualmente labora como funcionaria y profesora. Autora de las obras: *Ulises Heureaux: biografía de un dictador* (INTEC, 1987); *Buenaventura Báez: el caudillo del sur (1844-1879)*, INTEC-1992; *una Utopía Inconclusa. Espaillat y el liberalismo dominicano del siglo XIX* (INTEC, 1997), e *Historia Dominicana Ayer y Hoy* (Susaeta, 1999). Es coautora, junto a Juan Daniel Balcácer, Frank Moya Pons y Soledad Álvarez de la obra "El Siglo XX dominicano" (auspiciada por CODETEL, 1999). En junio del 2000 salió a la luz pública su obra "La Política Exterior Dominicana" (1844-1961), tres tomos, Tomo I-Caminos transitados. Un panorama histórico, tomo II-La política exterior del dictador Trujillo (1930-1961), tomo III-Disposiciones legales en política exterior (1900-1930), publicación auspiciada por la Secretaría de Estado de Relaciones Exteriores, en la cual colaboraron los señores Neici Zeller y Walter Cordero. En mayo del 2002 salió a la luz la segunda parte de esta investigación, la cual fue también titulada "La Política Exterior Dominicana (1961-1974), Tomo 1 "13 Años de Política Exterior. Apuntes para un nuevo enfoque." Y el Tomo II "La política exterior dominicana: Del caos al abandono (1961- 1974)". Todos estos textos han servido de base a la amplia discusión histórica, política y de análisis sobre diversos tópicos de la historia dominicana. Ha obtenido tres premios de la Secretaría de Estado de Educación y Cultura: en 1998 el Premio Anual de Literatura en el área de Historia, con la obra "Una Utopía Inconclusa", el Premio Nacional de Didáctica, con el libro "Historia Dominicana Ayer y Hoy" y en el 2000 obtuvo de nuevo el Premio Anual de Historia por su libro sobre relaciones exteriores. Por su trabajo de investigación histórica ha sido galardonada por la Cámara de Comercio y Cultura Dominico-China; por la Organización Jaycees 72 y por el Club Rotario Internacional, entidad que le otorgó la Medalla Paul Harris. Desde el mes de agosto del 2000 es Miembro de Número de la Academia Dominicana de la Historia.



**Esta tercera edición del libro
Yo soy Minerva, confesiones más allá de la vida y la muerte,
monólogo de Mu-Kien Adriana Sang,
terminó de imprimirse en el mes de julio del 2004,
en la imprenta Amigo del Hogar,
en Santo Domingo, República Dominicana.**



